

F. LUIS PARREÑO

# LA HEROÍNA ZEGRÍ



**La Novela de Ahora**

**PUBLICACIÓN SEMANAL**

3.<sup>a</sup> época.    ○○○    Año IV.

**Número 88.**

LA HEROÏNE AEGRI

1-7-602/38

R. 43.140



# LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

---

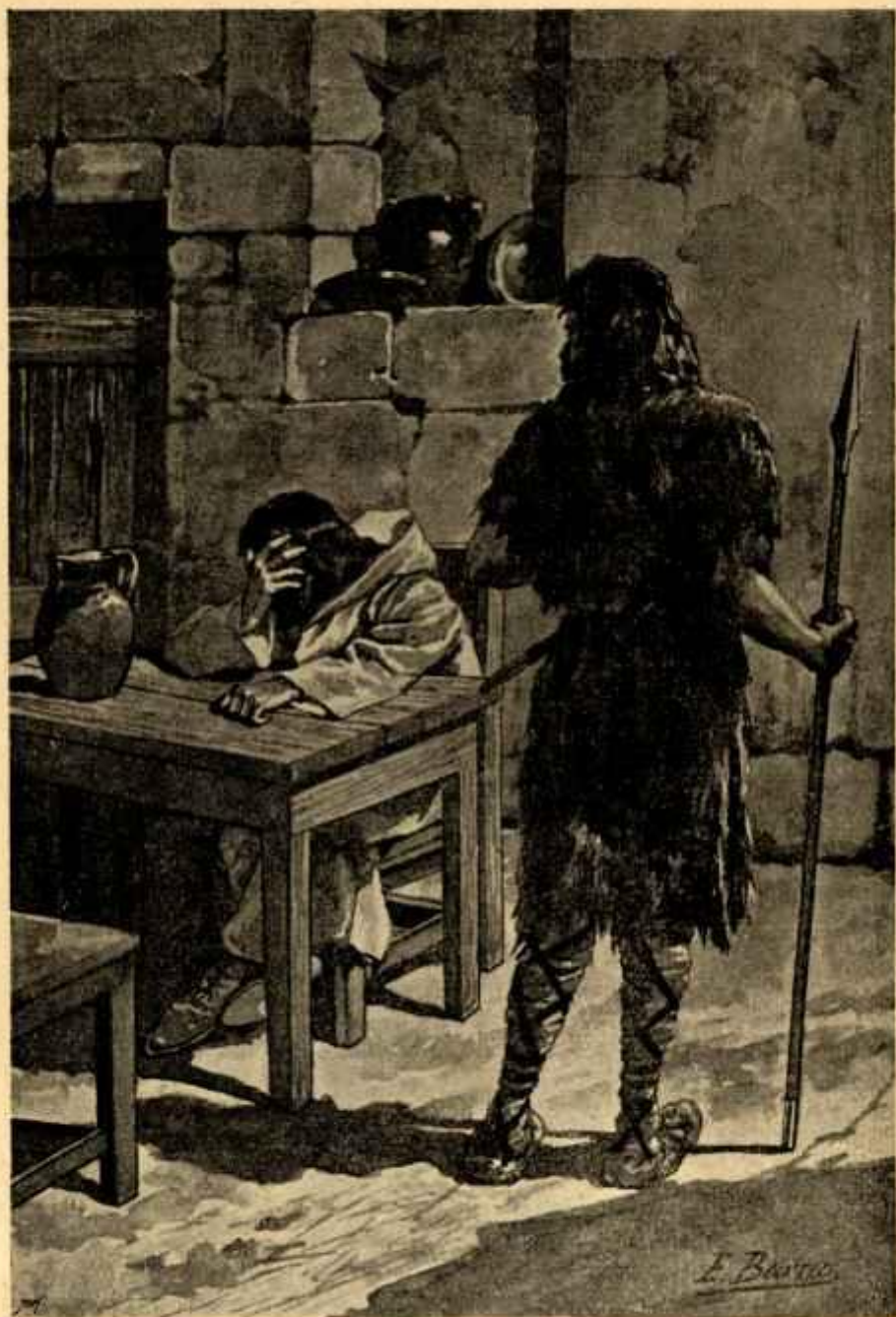
TERCERA ÉPOCA

---

88

---





Juan cogió el bastón-lanza...



FLORENCIO LUIS PARREÑO

---

# LA HEROINA ZEGRI

(SEGUNDA PARTE DE «PEDRO EL TEMERARIO»)

---

TOMO I

---

Ilustraciones de E. Barrio



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

---

SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN EL AÑO 1876

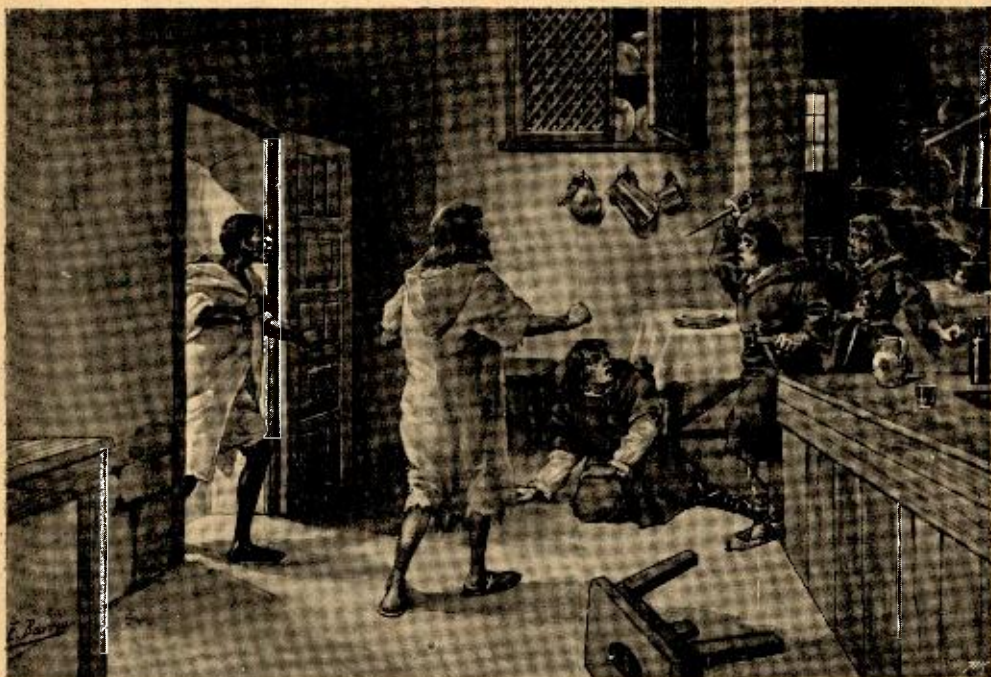
---

Calle de Valencia, núm. 28



**Reservados los derechos  
de propiedad artística.**





# LA HEROÍNA ZEGRÍ

## CAPÍTULO PRIMERO

La Edad Media.—Sancho IV, el Bravo.—El punto de vista más delicado de Europa. Los naufragos.—La muerte.—La mano de Dios.—La galizabra marroquí.—El liberto y su compañero.—Hambre, sed, tristeza, cansancio y congoja.—Sorpresa, juramento y temeridad.—Osuna.—El Saucejo.—Invocación.—Pensamiento atrevido.—Los selvícolas y los montañeses.—Mágico silencio.—Pedro el Temerario.

Hay en la historia de nuestro país períodos tan sombríos, terribles y sangrientos, que al fijar la vista en su lectura se comprime el corazón, tiembla la mano y se conmueve el espíritu. La Edad Media tiene páginas brillantes, que admiran y deleitan sin embargo de las rudas costumbres y atraso en que vivían entonces los hombres; mas también presenta á menudo esos cuadros de espanto,

desolación y luto que hacen época en la vida de las naciones.

La novela histórica á que estamos dando principio se funda en uno de esos períodos en que la intriga, las terribles maquinaciones, la traición, el puñal y el veneno ejercían su más cruel y mortífero influjo; si bien se dejaba ver de continuo, formando extraño contraste con el vicio y la maldad, el heroísmo incomparable de muchos hombres, la virtud y fortaleza de algunas damas y la galantería, brío y gentileza de aquellos gigantes, cuyos hechos asombran todavía al mundo. Reinaba á la sazón en León y Castilla, Sancho IV, llamado el Bravo, rey valiente, astuto y más entendido en asuntos de Estado que su padre, á pesar de que al uno se le apellidaba Sabio y al otro Fuerte; pero el atrevido monarca se veía obligado á luchar día y noche con la nobleza más turbulenta y maquinadora que existió; con su sobrino el



pretendiente D. Alonso la Cerda; con los reyes de Francia y de Aragón, que apoyaban los derechos de aquél; con el califa de Granada, dispuesto siempre á morde á los cristianos; con el rey de Marruecos, su eterno enemigo; con el tristemente célebre su hermano D. Juan, primer traidor del Universo, y hasta con un pueblo sùmisó é ignorante, pero que á veces se cansaba de dar sangre y dinero sin encontrar recompensa alguna. Pedro el Temerario, aquel héroe tan valiente, generoso y entendido, aquel ariete contra los enemigos de D. Sancho el Bravo, aquella poderosa lanza que imponía y domeñaba formando el incontrastable dique del rey de Castilla, había desaparecido y nadie daba razón de él. Pedro el Temerario, ó sea el conde de Lara, jefe por derecho propio de su poderosa familia, marchó á la Meca y luego á Jerusalén, en compañía de esposa Fátima Zegrí, de su suegro y de su padre; transcurrió un año, y ni él ni los emisarios que partieron en su busca por orden del soberano regresaban. Era lo probable que el fiero Jacob, rey de Marruecos, hubiera dado fin de todos al cruzar por sus Estados, vengando de este modo la humillación que Lara y Sancho le hicieron sufrir ante las murallas de Córdoba, donde le vencieron y derrotaron. Enfermo el Monarca, y sin el poderoso brazo del Temerario, figúrense nuestros lectores qué sería de él con tantos enemigos como dentro y fuera de sus tierras acechaban la ocasión de arrebatarle trono y vida; pero no adelantemos el discurso.

Corría el año 1285 de la Era cristiana y 634 de la hégira musulmana. En tan lejana época ya se elevaba en la serranía de Ronda el célebre Gaucín, villa perteneciente á la comarca de Málaga, en la cual existe, á nuestro juicio, el primer punto de vista que tiene Europa. En prueba de que es así, daremos á conocer á aquellos de nuestros lectores que lo ignoren la posición topográfica de tan privilegiada villa.

Gaucín se alza cual hércúlea matrona al descenso de la mencionada serranía. Forman sus robustos brazos la sierra

Crestellina y el monte Hacho, que se apoyan en la ladera oriental de la serrata, ó mejor dicho, en la cordillera de montañas que le sirven de pedestal. Á su espalda se extiende la bella Andalucía, y en frente y dominando á una y á otros están Gibraltar, Algeciras, San Roque, Tarifa, parte del Mediterráneo, el Estrecho, algo del Océano y gran trecho de la costa de África. Desde sus torres se distinguen perfectamente los puntos indicados, el terrible precipicio que gime bajo las plantas de Ronda, y un radio de veinte leguas donde todo es mar, pueblos árabes, montes, ó un suelo que bendijo Dios y la Naturaleza le dió su fuerza, vigor, poderío y grandeza. Árboles de todas clases, plantas, flores, aromas, azahares, rugientes olas, sorprendentes montañas, ciudades musulmanas, torres, castillos y murallas; todo se ve clara y distintamente desde la elevada villa. La pura brisa que allí se respira llega embalsamada por los tallos odoríferos del monte y las innumerables y variadas rosas de los campos. Los ecos del proceloso Océano suelen hacer coro con el chirrido de las aves, el sonido de las campanas y el dulce trino del ruiseñor, formando un conjunto aterrador, plañidero, áspero, y á la vez tierno y agradable cual la melodía; como si aquel sitio tuviese el privilegio de armonizar lo imponente, duro, monótono y sublime.

Gaucín es la atalaya de los cristianos: cuantas ciudades, pueblos, fuertes y castillos tiene delante, son árabes: en todos ondea el estandarte de Mahoma. Y, no obstante el horrible enjambre de moros que hormigean bajo sus plantas en Tarifa, Algeciras, San Roque, África, etc., la deliciosa villa sostiene incólume la cruz del Redentor, apoyada en el castillo y el león del escudo cristiano. Hay al pie de sus murallas y en sus góticas torres 600 serranos y 50 caballeros que aman á su Dios y á su patria, y en cada uno de estos atletas hallan la cruz, el castillo y el león un pecho de bronce, un brazo de hierro, un corazón de roca y un escudo incontrastable.

Son las cuatro de la mañana del día 1.º de Mayo. Todavía extiende la noche su



128  
7907

fúnebre manto, mas comienza ya á rasgarlo insensiblemente el crepúsculo matutino, vengando la humillación que sufrió ocho horas ha el vespertino al quedar envuelto y vencido entre los pliegues del negro crespón nocturno. La aurora comienza á presentar sus tintes de púrpura abriendo paso al monarca de los planetas, cuyos rayos inundarán en breve parte de la Tierra. Reina un silencio pavoroso; la Naturaleza animal y vegetal, el aire y las ondas del Mediterráneo aguardan ansiosas la llegada del luminoso astro con la admiración y respeto que merece su benéfico influjo. La aurora principia á desaparecer, y el Sol, empañado aún por los restos de la fatal tormenta que nubló su ocaso hace diez horas, asoma su majestuosa faz. Á su aparición le saludan las olas, los pájaros, la brisa y las hojas de los árboles, de las plantas y de las flores; la superficie del mar y de la tierra se doran, la Naturaleza se conmueve, y la mirada del hombre puede fijarse y distinguir. Detengámonos en Gaucín. Mirad hacia el Estrecho: ¿qué veis? Un peñón y las olas. ¿Nada más? Sí; á cuatro leguas mar adentro se distingue la cabeza de dos seres humanos: el rostro de la una es negro, y el de la otra está lívido. Parecen dos náufragos que, rendidos de tanto luchar con el fuerte oleaje, van á sumergirse. ¡Infelices! ¡Cómo flaquean sus fuerzas! ¡Antes de cinco minutos habrán dejado de existir! No os equivocáis: son, efectivamente, dos hombres, únicos que pudieron salvarse á nado, pertenecientes á la tripulación ó pasaje de un buque genovés estrellado la tarde anterior. Se embarcaron en África, y al llegar al Estrecho naufragaron. Llevan once horas de agonía en medio de aquel rugiente mar, y ya apenas pueden sostenerse sobre el agua. Cesó el oleaje, mas se agotaron sus fuerzas. No obstante, el negro alarga una mano al blanco, y éste la coge, queriendo ayudarse el uno al otro, cuando ninguno puede por sí solo sostenerse. ¡Ya sucumbieron!... No; vuelven á reaparecer sus rostros, á los cuales se agolpa la sangre estallando sus sienes.

—¡Señor—exclama el negro,—morimos, y lejos de ella! ¡Ay!

—¡Valor, africano!—le responde el otro.—¡Dios es grande, y su misericordia infinita!

—¡Ah; sólo nos resta morir! ¡El nos reciba en su Gloria! ¡Señor, yo!...

—¡Cógete á mí y no tiembles! ¡Maldición! ¡Me hundes contigo! ¡Por María y la Cruz! ¡Sal..., nada!...

—¡No puedo! ¡Déjame morir y sálvate tú, que eres de bronce! ¡Ah!

—¡Morir! ¡No; lucharé con el mar, con la tierra y con el mundo entero, y he de poder más que todos! ¡Negro, déjate conducir por mí! ¡Así!

Y el blanco, nadando con una mano y llevando con la otra á su compañero, siguió avanzando; pero ¿de qué modo! Ya no eran las sienes, sino toda la piel, la que iba estallando, y aún les faltaban cerca de cuatro leguas para llegar á la orilla, cuando sólo podían continuar haciendo aquellos desesperados esfuerzos unos cuantos minutos. ¡La muerte se posaba, segura de arrebatarse su presa, sobre las cabezas de los infelices! ¿Sucumbirían? No. En el momento de expirar les alargó el Señor su bondadosa diestra. De pronto, y como salida de entre las olas, apareció una pequeña embarcación de vela latina que se dirigió á ellos viento en popa. Era una galizabra árabe que cruzaba desde África á Algeciras. ¿Llegaría á tiempo? Sí; parecía surcar el agua empujada por un poder superior á los conocidos. Vuela, se acerca, se detiene, gritan, echan una gavia y exclaman:

—¡Ah del náufrago! ¡Á la cuerda!

—¡No!—les contestó el nadador.

Y haciendo un esfuerzo que sorprendió á los tripulantes, lanzó al negro en medio del buque, en dos brazadas llegó él, y saltando les dijo en árabe:

—¡Gracias, moros! ¡El Dios único os premie esa acción!

Poco después volvió á la vida el africano, abrazó á su señor, y provistos ambos de un jaique marroquí, preguntó el blanco al patrón de la galizabra.

—¿Vas á Tarifa, ó á Algeciras?

—Á Algeciras.

—¿Y luego?



—¿Á Sevilla.

—¿Quieres dejarme en la costa?

—Sí.

—¡Pues juro que en Sevilla he de pegar fuego á tu barco!

—¿Por qué?

—Porque es pequeño é incómodo.

—¡Ay de mí si tal hicieras!

—Te daré uno más grande que llevará oro en su cámara.

—¿Tan rico eres?

—Pronto lo sabrás.

—Estamos en la costa.

—Moro, Dios te proteja, y hasta que te halle en la capital.

—¡Alá te guarde, cristiano, y te conserve las fuerzas y el valor!

Los náufragos no dieron tiempo al pequeño bote que los conducía para que se detuviera, pues antes de llegar á la orilla saltaron y en dos brincos ganaron la costa. La lancha partió, y unida á su barco fué alejándose como blanca paloma que agita las alas, ensancha los pulmones, inclina la cabeza como para concentrar más sus fuerzas, y cruza el éter imitando su vuelo á la ráfaga eléctrica que desaparece en el mismo instante en que se presentó á nuestra vista.

Los náufragos quedaron frente al Sur mirando el surco que dejaba atrás la galizabra, y luego el punto blanco que ésta formaba entre las hondas, perdida en la inmensidad del espacio. El valeroso cristiano contemplaba arrobado aquella mancha movable que por instantes desaparecía ante sus ojos y á la cual indudablemente, debía la vida. El traje de aquel hombre extraordinario era, como igualmente el de su africano compañero, un jaique raído, sucio y roto que le dieron para cubrir sus carnes los marineros del buque que los salvó. Ambos quedaron desnudos en la terrible lucha que sostuvieron con las olas por espacio de once horas. Cubrían sus pies con miserables galochas, y su cabeza y larga melena estaban al aire. No obstante su harapiento traje, imponía la esbelta y arrogante figura del nazareno. Tenía la frente ancha, rasgados y negros los ojos, de los cuales parecía salir un fuego irresistible. Su estatura gi-

gantesca y su rígida musculatura le daban el aspecto de un Alcides; pero bello, sorprendente, varonil. Sus elevados pensamientos, atrevida imaginación, modales, fuerza de león é indomable brío, unidos á su arrogancia, le constituían en un ejemplar maravilloso de la especie humana. Luego que perdió de vista la galizabra, tendió su mirada de águila hacia Oriente, Norte y Occidente, y exclamó:

—¡Patria mía, yo te saludo! ¡Bendito el Dios que te colmó de tantos dones! ¡Bendita su poderosa mano, que me conduce otra vez á tu seno.

Después se fijó en los castillos, torres y murallas que se presentaban á su vista, y con voz de trueno, continuó:

—¡Doquier el estandarte de Mahoma, el turbante blanco y los signos arábigos! ¡Maldición sobre vosotros, piratas marroquíes! ¡Ya estamos otra vez frente á frente, y por María y la Cruz que os he de hacer pasar el Estrecho como yo acabo de cruzarlo! ¡Negro, á Osuna, si es que conservas aquel ardimiento que un día te valió estrechar mi mano! ¡Sígueme, y no intentes otra cosa que llegar lo más pronto posible!

—Señor—le contestó el africano,—te seguiré hasta el mismo Infierno; mas hace veinticuatro horas que nada has comido; permíteme que te traiga otro traje y algún alimento.

—¿Vas á mendigarlo de mis contrarios, de esos miserables bandidos? Tu antiguo señor te hizo liberto; mas yo te esclavizaré nuevamente si concibe tu pobre imaginación otra idea como ésa.

El negro inclinó la frente, besó el jaique del cristiano y le contestó:

—Tú y tu incomparable esposa, sois dueños de mí; os amo más que al ser que me dió la vida; perdoname, señor, si te ofendí. Corre á Osuna, que el africano, fuerte como las rocas de su patria, como los huracanes del desierto, te seguirá, y ¡ay! del hombre que pretenda detener tu paso.

El nazareno le tendió una mano que él besó con entusiasmo delirante, lo miró después con ternura y añadió:

—Por ese camino de la derecha dista



Osuna veintidós leguas; por entre esos montes, cerros, cortados y valles, dieciséis. Hijo del desierto, ve delante y cual la reina del éter vuela por encima de esas montañas, rocas y precipicios; el nuevo sol lo he de ver desde Osuna.

Sin vacilar miró el negro á su señor como el noble y agradecido lebrele á su amo, sonrió de un modo extraño y terrible, arrojó sus galochas y comenzó á correr por la playa, luego á trepar por la estribación de una cordillera, después á saltar sobre las empinadas sierras, y parecido al corzo, continuó así valeroso, atrevido y temerario, sin que le detuviese el peligro, la fatiga ni el cansancio. Su arrogante jefe le seguía impávido, sereno, despreciando la muerte que á cada paso les saludaba, sin dignarse volver la vista atrás, ni pensar en otra cosa que en continuar adelante, venciendo con osadía pasmosa, los insuperables estorbos que á cada paso les presentaba el áspero, desigual y sinuoso terreno porque caminaban.

De este modo anduvieron ocho horas. Imposible parecía que hubiese dos seres humanos capaces de sufrir sin caer exánimes aquella fatiga, cansancio y golpes, que ambos despreciaban y apenas sentían. Sus morunos jaiques se hallaban hechos jirones, las plantas del negro vertían sangre, sus manos estaban arañadas; no obstante lo cual, aún marchaban aceleradamente, si bien iba amenorando la velocidad con que empezaron su carrera.

Dos horas después descendían por una pendiente larga y difícil; el negro exhaló un ¡ay! y cayó en tierra. Su amo le cogió en sus brazos, lo levantó del suelo, y mirándole con cariño, exclamó:

—¡Infeliz! Tu sangre es tan ardiente como el sol de tu país, y tus carnes tan duras como la piedra que asentó allí la naturaleza; pero tanta fatiga ya es superior á las fuerzas humanas. ¡También yo, que me creía incontrastable á todo, siento hambre, sed, tristeza, cansancio y hasta congoja! Descanso y agua hallaremos á la orilla de ese arroyo que serpentea á nuestros pies; y Dios median-te, también mitigaremos el hambre.

Poco después volvió en sí el africano ambos apagaron la sed, comieron dátiles y reposaron dos horas.

Luego se dirigieron á la izquierda, fueron dejando á la derecha el monte, entraron en el arrecife que conducía á Osuna, continuando por él toda la noche sin incidente alguno que detuviera ó estorbara su arrogante paso. Debía serles muy conocido el terreno, pues lo mismo antes que luego, caminaban sin vacilar ni ofrecérseles duda alguna. Ahora seguían sobre una superficie cómoda, alumbrada por la luna, cuya pálida luz se extendía sobre los verdes campos de la poética tierra que pisaban. Habían encontrado varias partidas de moros granadinos; mas reparando éstos en los andrajos con que se cubrían aquéllos, los dejaron pasar sin dignarse saludarlos, creyendo sin duda que serían pordioseros ó míseros montañeses.

Pasó la noche, asomó la aurora, y nuestros viajeros distinguieron en lontananza las sombras de la ciudad de Osuna. El caballero respiró fuertemente, se ensanchó su corazón y asomó á sus labios una imperceptible sonrisa. Estaban á media legua, y allí les esperaba, según creían, el premio á tantas fatigas y peligros. Comenzaron á descender una empinada cuesta, la ciudad desapareció nuevamente, y sólo vieron montes y campos.

La aurora fué poco á poco siguiendo á la noche, reemplazando á ambas los dorados y brillantes rayos de un sol que había de humedecer con lágrimas el naufrago cristiano. Este y su negro acompañante, concluyeron de descender la pendiente, y á buen paso subieron una colina, distante de Osuna mil varas, y desde la cual se dominaba á ésta.

Era ya completamente de día; el atleta castellano con el corazón palpitante de alegría y la sonrisa en los labios, fijó su mirada con avidez en la arrogante ciudad que tan cerca veía, y la cual se le presentó blanca, imponente, severa, con sus góticos palacios, altas torres, almenas, templos, alcázares, y un conjunto, en fin, majestuoso. De pronto, se contrajo el rostro del valeroso nadador; sus



ojos comenzaron á despedir chispeantes ráfagas; se estremeció, anduvo dos pasos atrás, se detuvo, apretó sus puños y encrespada su melena, exclamó:

—¡Dios de Israel, qué tengo ante mi vista! ¡Osuna en poder de los Castros! ¡En el palacio del conde de Lara los estandartes del pretendiente Cerda!

¡En todas partes los colores de los Castros!

¡Los Estados de Pedro el Temerario, sus tesoros, sus alcázarrespresa de una raza maldita!

¡Su escudo roto y pisoteado; sus vasallos muertos ó vencidos!

¡Es un sueño horrible! ¡Por

fuerza duermo ó veo ilusiones engañosas!

Y se frotaba los ojos intentando vanamente mirar otra cosa diferente de lo que en realidad tenía delante. Convencido de esta verdad, penetró en Osuna y comenzó á recorrer sus calles y plazas con delirante afán, miradas y acción.

—¡Todo se ha perdido!—prosiguió.—Pero, ¡ay de los Castros y de los Cerdas si el gigante del Saucejo reaparece entre sus montañeses!

Era poco después de la madrugada, por cuya razón se hallaban casi desiertas las calles de la ciudad; no obstante esta circunstancia, el náufrago llamó tanto la atención entre los pocos que transitaban por aquéllas, efecto del contraste que formaba su arrogante y esbelta figura con el pobre y rasgado jaique que le cubría, que se vió obligado á emprender la retirada, intentando salir lo antes posible de un pueblo, donde

unos creyéndole loco le silbaban, y algunos le seguían, expiando sus pasos. Entró, pues, en una calle estrecha y tortuosa, luego en otras más angostas aún, corrió, viéndose al poco tiempo libre de los curiosos que le acosaban. Un minuto después dió frente á la salida de Osuna; pero á la vez se presentó á su vista un



...se detuvo, apretó los puños...

caballero armado de punta en blanco, y en pos de él una escolta de cien jinetes. El náufrago se estremeció de ira, volvió á enrojecerse su piel, y se detuvo, exclamando para sí:

—¡Un Castro! ¡El jefe acaso de esa maldita raza que debí

exterminar por completo! ¡Paciencia; no lo perdamos todo, que Dios me mira, el rey me espera y ella... ella tiene su vida en la mía!

Dirigió la vista en torno, y reparando en un mal figón que había á su izquierda, entró en él, y recatándose en lo posible, dejó que pasara la comitiva que le salió al encuentro, si bien contempló con avidez al jefe, que suponía con razón ser un Castro. Cuando llegó cerca de él se contrajo más su rostro, despidiendo sus ojos más fuego que nunca. A la vez, le cogió el figonero por la espalda y le tiró fuertemente del jaique, diciéndole:

—Moro ó judío, desde mi casa no se observa á nadie; fuera de aquí, á la calle.

Al mismo tiempo le empujó; pero al sentirse el valiente náufrago acometido de aquel modo, se volvió, y cogiéndolo de un brazo, lo levantó, lanzándolo al



suelo, donde cayó sin sentido. Daga en mano, y como tigres, se arrojaron sobre él dos hijos del figonero que estaban en el mostrador; el atleta clavó en ellos su ardiente mirada y les hizo retroceder. En este instante reconocieron los dos hermanos á aquel hombre extraordinario, pues tiraron los aceros, inclinaron la rodilla y con el mayor ahínco gritaron:

—¡Piedad, gran señor! ¡Nuestras vidas, hacienda y cuanto tenemos os pertenece: todo, señor, todo! ¡Perdón!... ¡Perdón!...

—¡Cobardes!—exclamó el padre levantándose.—¡Matad al osado!

También el figonero hubo de conocer al que acababa de magullarlo, pues cayó en tierra, añadiendo:

—¡Miserable de mí!... ¡Perdón, señor, perdón!... ¡Ved que os amo más que á mis hijos! Matadme si queréis, mas perdonad á la impía mano que tocó vuestra ropa. ¿Queréis que me la corte?

—Alzad, nobles hijos de Osuna—les dijo el caballero,—nada temed, mas sellad los labios. ¿Dónde se halla Pedro el Temerario?—les preguntó con intención.

El figonero le contestó sin vacilar:

—¡El señor conde de Lara ha muerto en la Meca!

—Eso es, murió en la Meca. Hasta mañana, valientes de Osuna.

—Hasta mañana, poderoso señor. ¡Hijos, vuestras hachas y la mía; ¡Viva!...

El incógnito fijó el dedo índice en su boca y se ahogaron las frases del figonero. Aquél salió, éstos se abrazaron tiernamente, demostrando una alegría febril. Casi unidos sus rostros, exclamaron á media voz los hijos y el padre:

—¡Silencio! ¡Silencio, que así lo quiere nuestro señor! Pero mañana... mañana...

Y una carcajada tan febril como el placer que sentían cerró el cuadro; los ecos de esta risa intentaban decir: ¡sangre! ¡sangre!...

El náufrágó salió de la ciudad, se le unió el negro y ambos corrieron hasta llegar á los montes del Saucejo. Internados en un pequeño bosque que había

á la entrada, detuvieron su paso, miró el gigante atrás, adelante y á los costados, y no viendo á nadie, exclamó con acento solemne:

—Hijos de la montaña, leones de Castilla, ¿dónde estáis? Vosotros los fuertes, leales y varoniles ¿os dejasteis vencer? ¿Desconocéis mi voz? ¿Temblasteis ante el tirano y os halláis escondidos en las entrañas de las rocas? Salid, selvícolas, montaraces, y admire otra vez el Universo el bronce de vuestros pechos, el mármol de vuestros corazones; si os ocultáis por falta de un brazo que os guíe al combate, hélo aquí incontrastable á todos vuestros enemigos.

El cristiano alzó su mano derecha, inclinó la frente y calló. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas tan ardientes como la lava del volcán. Cruzó luego los brazos y continuó:

—¡Todos abandonasteis á Pedro de Lara! Murió, os dijeron, y no le quedó un amigo, un hijo, un vasallo, un hombre, en fin, que defendiera su casa, sus estados, su escudo, su honra. ¡Villanos! Si un día fuisteis valientes se lo debisteis á él que os prestó su aliento y brío; sólo el cobarde se olvida de su padre, de su amigo y de su señor. No importa, yo sólo lo defenderé, triunfando de sus contrarios, de vuestra perfidia y del mundo entero.

—Y yo, señor, que tengo el corazón tan negro como mi cara para vuestros enemigos, y tan leal como el vuestro para el conde de Lara.

—¡Alí, fiel amigo mío, estrecha mi mano! Con nosotros dos sobra.

—Gracias, generoso señor.

Y el africano en vez de estrecharla besó la potente diestra del incógnito. Luego continuaron avanzando, salieron del bosque y entraron en la aspereza del monte; el negro se detuvo y exclamó:

—Señor, esa hilera de piedras quiere decir algo; ved cómo sigue todo el monte á derecha é izquierda. ¿Son letras eso que forman de trecho en trecho?

El caballero leyó «atrás», cuyos signos estaban hechos efectivamente con piedras. Después observó y poco á poco se fué animando su semblante, hasta aso-



mar á sus labios una sonrisa llena de esperanza.

— ¡Adelante! — dijo, — sepamos que quiere decir esto. — Y anduvo.

— ¡Atrás! — le contestó un acento parecido al rugido del león.

— ¡Adelante! — repitió sin dejar de avanzar.

Luego se oyó un silbido prolongado, más tarde varias voces, que no se comprendieron, y un segundo después se hallaron rodeados de dos mil hachas, manejadas por hombres tan negros como sus madres las montañas que tenían en derredor.

— ¡Mueran! — articularon, y cayeron sobre ellos.

El incógnito los recibió con los brazos abiertos, la risa en los labios, una alegría desconocida en él y una ternura paternal.

— ¡Hijos! — exclamó, — con tal de veros valientes y defendiendo estos montes donde yo nací, heridme, no temáis. ¡He aquí mi pecho!

Las dos mil hachas rodaron por el suelo; los ojos de aquellos fieros montañeses se cubrieron de lágrimas, cayeron de rodillas, y como un solo hombre exclamaron:

— ¡Gracias, Dios mío!

Seguidamente se fueron levantando, y con acento aterrador prorrumpieron:

— ¡Castilla y León por D. Sancho el Bravo! Osuna y su comarca por...

— Silencio — gritó con imperio el incógnito, y bajando la voz, repitieron los otros:

— ¡Silencio!... ¡Silencio!...

— ¡Silencio! — contestaron sus compañeros de las montañas vecinas; y en las tres leguas restantes de monte fué corriendo la voz de:

— ¡Silencio!... ¡Silencio!... ¡Silencio!...

Los montes del Saucejo, donde tiene lugar la presente escena, se extienden al Sur de la ciudad de Osuna, ocupando un radio vastísimo que presenta á cada paso terribles precipicios, escarpadas rocas, negras montañas, arbustos, charcas y abundantes manantiales de agua salada. En la parte Norte y en la estribación de la cordillera hay varios pue-

blecitos, algunas aldeas, chozas, barracas y casas sin comodidades, pero donde no falta nada de lo indispensable á un matrimonio. Entre las rocas y en el centro del monte se alza un castillo feudal extenso, rodeado de muros y tan fuerte por fuera como suntuoso y espléndido por dentro. Tiene todas las grandezas del más rico palacio y las defensas de la torre más inexpugnable. Quinientos hombres trabajaron día y noche con celo incansable hasta que, en cumplimiento de la orden que les dió su poderoso dueño, concluyeron aquel primer castillo de Europa.

Tan majestuosa morada fué mandada construir por Pedro el Temerario, conde de Lara, con ánimo de que le sirviese á él y á su varonil esposa, la heroína Zegrí, de agradable y seguro retiro donde ambos pensaban habitar la mayor parte del tiempo ó al menos el que les dejase libre la guerra y los asuntos de Estado, á los que Pedro se veía obligado á dedicar muchos días á ruegos de su amigo el bravo rey de Castilla y de León.

En estos momentos se halla la fortaleza defendida por mil guerreros dignos de servir á las órdenes del sin igual caudillo que los manda; mas todos están tristes y cabizbajos; pasean, hablan poco, y apenas comen; no obstante ese terrible estado, no hay uno que no se halle dispuesto á dar su vida, la de su esposa é hijos por su señor el conde de Lara, el cual, ausente ha más de un año, temen que haya perecido, única causa que motiva el malestar que sufren.

Los montañeses participan del desasosiego que atormenta á los habitantes de la torre, y escondidos entre sus agrestes breñas, sufren el hambre y los rigores del tiempo, suspirando por su amado señor, rogando al Cielo que lo traiga con bien y jurando defender aquel terreno dedo á dedo hasta confundir á cuantos intenten penetrar en él.

Los enemigos de Lara sorprendieron á Osuna, degollaron á los vasallos del Conde y se apoderaron de la ciudad sin dar cuartel á ninguno de sus defensores; mas tres ó cuatro veces que intentaron pasar el *atrás* hecho con piedras



en los montes del Saucejo, pagaron bien cara su osadía. Los montañeses, escondidos á todas horas entre la maleza y sus formidables rocas, y tan valientes como el famoso jefe á quien defendían, ni se dejaron sorprender como los de Osuna, ni perdonaron tampoco á los temerarios que cruzaron el *atrás*. Fija la muerte en las terribles piedras que componían el fatal letrero, perecieron cuantos lo pisaron.

Sepamos ahora qué poderosa causa hizo que los montañeses no sólo respetasen al incógnito náufrago, sí que también cayesen á sus plantas como inocentes ovejas, cuando en ellos era todo leonino.

A las ahogadas voces de ¡silencio! ¡silencio! que fueron corriendo de boca en boca, de monte en monte y de selva en selva, siguió un instante de calma, durante la cual contempló el harapiento náufrago á los montañeses y selvícolas con alegría y un placer indecibles. Aquéllos le miraban con los ojos húmedos y ternura impropia de sus feroces rostros; á la vez dirigían la diestra hacia Osuna en actitud amenazante.

—Leales montañeses,—gritó por último el náufrago—llegó vuestro padre, vuestro señor...

—¿Y vuestra esposa, la heroína Zegrí, nuestra madre y señora?—le preguntaron varios con gran interés.

—Vive, y en breve la veréis.

—¡Vive! ¡Dios sea loado! ¡Ay de vuestros enemigos! ¡Ay de Osuna y su comarca con Pedro el Temerario...

—¡Silencio!

—¡Silencio, que lo manda nuestro señor.

Mas al repetir los montes el eco, al arrebatarse el viento aquellos sonidos, se oyó una exclamación unánime, sublime, que corrió por todo el Saucejo como una chispa eléctrica.

—¡Pedro el Temerario! ¡Bendito sea Dios!—decían con voz apagada los hombres, clara las mujeres, y tierna y dulce los niños. No había un solo ser entre aquellos ásperos cerros que no amara al Conde, que no se estremeciera de alegría al escuchar su nombre, en el cual

hallaba una égida. El caballero feudal, el amo de vidas y haciendas, el señor de horca y cuchillo, el Temerario aristócrata no tenía verdugos, tiranía, ni era otra cosa para sus valientes vasallos que un padre digno de aquel amor y respeto.

—Callad, hijos—exclamó—que nuestros enemigos están cerca y es preciso que todos caigan en nuestro poder.

—¡Todos!—le contestaron los de la montaña con actitud amenazante.—¡Todos bajo las plantas de nuestro señor!

—Montañeses, selvícolas, á vuestros puestos. Pedro de Lara murió y no resucita hasta mañana.

—¡Mañana!... ¡Mañana!...

Y fueron desapareciendo todos, mirando con placer al conde y á la vez blandiendo sus hachas, mazas, etc.

Quedaron solos el Temerario y el negro Alí. Luego se dirigieron á la derecha, entraron en un angosto sendero y por él caminaron en busca del castillo.

—¡Pedro! ¡Señor!

Oían pronunciar á cada momento, cuyas voces salían de entre las rocas, los árboles, las matas, las cuevas, las hondonadas, las alturas, las cavernas, las chozas, las cabañas y las barracas. Por todas partes se veían mortíferos aceros que se humillaban ante el náufrago, mujeres que le saludaban con llanto y niños que bendecían su nombre. Viejos, jóvenes, párvulos, enfermos, sanos, á media voz, pero con el más tierno interés nombraban al harapiento y salían á contemplarlo y á dar gracias á Dios que, bondadoso para con ellos, les devolvía á aquel reyezuelo, cuya conducta debieran imitar los grandes de la tierra, si es que quieren ser grandes, queridos y respetados de los que llaman pequeños; de esos desgraciados que no siempre hallan un Pedro de Lara que los gobierne y mande.

El Conde, después de caminar media hora, vió por fin su hermoso é inexpugnable castillo. Parecía el César de los montes que salía de las entrañas de las rocas, majestuoso, colosal, sublime.



Lara sonrió al contemplar las torres, los muros, los puentes, las férreas puertas y la inmensidad de aquel gigante que guardaba parte de sus tesoros y á mil valientes que veía en aquel instante pasear tranquilos, silenciosos y tristes.

—Adelántate, Alí, y avisa mi llegada —dijo, y el leal africano partió y llegando cerca del primer puente exclamó:

—¡Abajo esos rastrillos! Paso á mi amo y señor el poderoso conde de Lara.

La voz del negro penetró hasta en las habitaciones más recónditas de la fortaleza, y hombres, mujeres y niños quedaron en el primer instante como anonadados; luego asomó el placer á sus rostros, exclamando por fin:

—¡El señor Conde!... ¡Nuestro padre!... ¡Bendito sea Dios!

Y en confuso tropel corrieron todos hacia el último puente. Los centinelas arrojaron las armas, y revueltos los caballeros con los pajes, criados, arqueros, mayordomos, doncellas y hacheros salieron á recibir á su amo de un modo que honraba tanto la fama del Temerario como la nobleza de alma de sus asalariados.

—¡Hijos!—exclamó el Conde, y les alargó las manos que ellos besaban bañándolas con llanto de alegría.

El cuadro era magnífico; recibían como á rey idolatrado á un hombre molestado por el hambre, el insomnio y la fatiga; que iba envuelto en un asqueroso jaique moruno, y al que en Osuna acababan de confundir con los dementes. El castillo, cuyas puertas no hubieran conseguido abrir las primeras potestades de la tierra, se humillaba ante el mísero andrajoso que acababa de salvar la reducida tripulación de una mezquina y ruin galizabra rifeña. Cuando salió de su país era el más rico, el más poderoso del reino; vuelve al año y sólo le queda aquel castillo oculto entre los montes, los árboles, la maleza y la sal. Sus cobardes enemigos no se atrevieron con él; pero sí con sus ciudades, tesoros y riquezas; mas ha regresado, el despecho aumentó su incomparable valor, destreza y fuerzas hercúleas, y es lo probable que amar-

gue á sus contrarios la infamia que no ha mucho cometieron.

—La Condesa, señor; ¿y la Condesa?

Le preguntaron sus vasallos en coro.

—Quedó en Jerusalén buena. Gracias, hijos; creo que pronto la veremos tan hermosa como los ángeles, tan pura como las vírgenes, tan varonil como vosotros, invencibles soldados.

Después miró en torno y alargando su diestra á un caballero que estaba á su derecha, le dijo:

—Don Ricardo, pasada una hora me daréis cuenta de vuestra conducta como jefe supremo del castillo, durante mi ausencia; luego recibiré al consejo de ancianos y acto continuo sitiare á nuestros enemigos. Procurad que cada uno ocupe su puesto, y soldados, montañeses y selvícolas estén preparados para el combate. Hijos, gracias por vuestra alegría; nada temed, que vuestro padre se halla entre vosotros y Dios no nos abandonará. Encended las lámparas y blandones de la capilla, preparadme el baño y un traje de corte.

Pajes, caballeros, soldados y sirvientes le abrieron calle y corrieron después á sus sitios.

La animación, alegría y movimiento reemplazaban ahora á la tristeza, monótonos paseos de la gente de armas y malestar de todos. Canciones guerreras, órdenes terminantes y precisas, rostros amenazantes, actitud hostil, se escuchaba y veía do quier; y á pesar del contento que reinaba, sombreaba el cuadro un tinte guerrero que auguraba el estallido del horripilante volcán que debía en breve sembrar la tierra con su mortífera lava.

Pedro el Temerario, seguido de su fiel negro, penetró en el castillo y se detuvo en una preciosa galería de pinturas delante de un cuadro en el cual se destacaba una bellísima hurí que parecía alargarle sus blancos y torneados brazos. Lara la miró con amor vehemente, exclamando:

—Fátima Zegrí, heroína musulmana, Blanca de Molina, cristiana ya, esposa, único ser con quien he partido mi lecho, ¿te acuerdas de tu Pedro? ¿Condesa ado-



rada, piensas en mí? ¡Vanas preguntas! Tu corazón de bronce sólo se mueve con el aliento de Lara; tu espíritu de ángel sólo es de Dios; tu blanca epidermis, tu esbelto talle, tu hermosura de querube, sólo pueden ser de tu marido; tu voz, tus pensamientos, tu mirada sólo pueden dirigirse á mí; Dios nos hizo al uno para el otro, y lo que Dios hace no puede des-hacerlo ningún hombre. Por eso el cielo te dió tanto valor y destreza como hermosura, para que defendieras tu honra y la mía; que la época es terrible, los hombres muy malos y todo es necesario para que una casta virgen como tú pueda estar al abrigo de las villanas asechanzas de tanto malvado. ¡Ay, Blanca! ¡cuánto sufro lejos de ti!... es preciso, sí; si estuvieses á mi lado querrías seguirme á la guerra, y aun cuando no conozco hombre que te iguale en valor y destreza, me asusta la idea de que pudieras hallarte entre mis enemigos. Sigue, sigue en Jerusalén, bellísima Blanca, que yo daré fin de todos. ¡Por María y la Cruz, que pronto he de acabar con ellos!

En este instante vinieron á distraer al Temerario los sollozos del negro, el cual arrodillado ante el retrato de Fátima alzaba los brazos en actitud tan tierna que hubo de decirle su señor.

—Alí, de ese modo sólo á Dios se le adora y bendice.

El africano se levantó, miró á Lara con cariño y le contestó:

—Señor, es mi ama, mi madre, el ser á quien más amo en el mundo; la dejé porque ella me lo mandó y no sé contradecirla. Ya que no puedo estar á su lado déjame que bendiga su efígie.

—¡Pobre Alí, cómo ha de ser! Nos ha separado de ella el destino y fuerza es resignarse: pidamos á Dios que nos la traiga con bien. Sígueme.

Y ambos llegaron á la capilla que era muy grande y tan suntuosa como la del real alcázar de Sevilla.

Pedro oyó misa, y quedándose solo con el negro oró largo rato. Cuando se levantó tenía húmedos los ojos y encendido el rostro. Este hombre extraordinario á quien nada imponía y cuya for-

taleza de alma era superior á cuanto pudiéramos decir, se prosternaba ante Dios, tierno, sumiso y tan humilde que jamás salía de la iglesia con los ojos secos. Esto hacía el Temerario, joven que apenas contaba veintinueve años de existencia y cuyo irresistible brazo desbarataba ejércitos, confundía escuadrones y arrollaba á cuantos intentaban estorbar su paso. Su ardiente amor á Dios era la preciosa égida que le alargaba la victoria y lo hacía superior á los demás seres.

Luego que salió de la capilla le rodearon cuatro pajes, le desnudaron y le dieron un baño oriental que arrancó lo tostado de su rostro, suavizando y perfumándole el cutis.

Un cuarto de hora después se hallaba sentado en un gótico sillón condal; vestía un traje recamado de oro, y era, en fin, en su acción, movimientos, casa y ropas, el poderoso caballero, primer grande del reino. Poco ha no comió por no tener alimento ni con qué comprarlo, y si cubría sus carnes se lo debió á la caridad de unos pobres marineros que le prestaron un jaique; ahora de todo le sobra, y muchos miles de hombres esperaban oír su voz para obedecerle. Estos contrastes de la vida debían estudiarlo un poco más los soberbios de la tierra, y sacar de ellos la sana moral que suelen desconocer por completo.

El conde de Lara, rodeado de una semiregia comitiva, gritó:

—Que pase D. Ricardo.

Este entró, saludó á su jefe y señor, y quedó esperando.

El otro le preguntó:

—¿Por qué habéis tolerado que el prentendiente Cerda se apoderase de Osuna y su comarca; y los Castros y sus parciales de mi palacio y posesiones?

—El señor Conde me ordenó que defendiera su castillo y montañas que le rodean, y el que pisó éstas con intento malévolo pereció. Ni un solo día, ni un instante se halló abandonado el monte por vuestros vasallos. Solo unas veces, acompañado otras, á pie, á caballo y á todas horas he recorrido la selva, los caminos, las emboscadas, y siempre



hallé á esos valerosos montaraces y selvícolas en sus puestos, oprimiendo el hacha ó la maza, dispuestos á perecer por vos. Cuatro veces intentó el enemigo pisar estas tierras, y el que no murió, emprendió la huída más vergonzosa.

—¿Han perecido alguno de mis hijos del monte?—preguntó Lara con interés.

—¿Quién resiste á esos leones batiéndose entre sus montañas y por Pedro de Lara?

—Es verdad. ¿Por qué no fuisteis con ellos en auxilio de vuestros compañeros de Osuna?

—Señor, Cerda y los Castros tomaron la ciudad del modo más traidor que puede imaginarse. Esperaron á que todos durmiesen, y cayendo entonces sobre ellos de sorpresa, los degollaron sin piedad. Cuando llegó aquí la noticia, ya no quedaba uno, y se hallaban los contrarios perfectamente encastillados. No me hubiera sido imposible vencerlos; mas sin previa orden vuestra no me atreví á abandonar la fortaleza y montes que dejasteis á mi cuidado.

—¿Cuánto tiempo hace que tomaron á Osuna?

—Un mes; los miserables no se atrevieron hasta que corrió la voz de que os habían asesinado en los desiertos de la Arabia.

—Bien, Ricardo; habéis obrado como cumple á vuestra lealtad, valor é inteligencia; os estoy agradecido, y en breve encontraréis la recompensa; ínterin, he aquí mi mano.

El caballero oprimió la diestra de Pedro, contestándole:

—Señor, ¡qué mayor recompensa que esta!

El Conde volvió á exclamar:

—Que pase el Consejo de ancianos.

Y un segundo después penetraron doce hombres, que el más joven habría cumplido ya setenta años, y el mayor noventa y tres. Sus blancas y ralas melenas, sus arrugas, gravedad y trajes montañeses, daba á estos caducos jueces un aspecto imponente y algo de majestad.

Lara, al verlos, se puso de pie; pero ellos se adelantaron, y con voz ahogada por el llanto y el hielo de la vejez, exclamaron cogiéndose á sus vestiduras y besándolas:

—Pedro, hijo mío, ¿por qué has tardado tanto?

—Abrazadme, amigos míos; vosotros sois la justicia, la verdad de mis estados.

—¡Cuánto hemos sufrido por ti, por tus padres y por nuestra señora la Condesa! ¡Válganos Dios, cuántas lágrimas y oraciones nos cuestas!

—Gracias, ancianos, ya sé que me amáis mucho.

—Por supuesto; tú no eres el amo, sino el padre de nuestros hijos y nietos; el hombre más valiente y generoso que existe. A los diez años de edad repartías ya tu hacienda entre los cristianos, y tus mortales botes de lanza entre los moros. ¡Qué niño, qué corazón y qué brazo! ¡Cómo huían de ti los adoradines y hasta los abencerrajes!

Luego se sentó nuevamente el Conde y le rodearon los ancianos, á los cuales preguntó:

—¿Qué han hecho mis montañeses durante mi ausencia?

El mayor de todos anduvo dos pasos, y frente á frente de Lara le contestó.

—Defender tus estados, pedir á Dios por ti, por tus padres y esposa, y suspirar día y noche por su amado señor.

—¿Qué castigos habéis impuesto?

—Ninguno; se han cometido algunas faltas; pero tan leves, que ha bastado con reprenderlas en público.

—¿Os ha dejado de obedecer alguno de mis vasallos?

—¡Ay de él, si se atreviera contra el poder que el conde de Lara puso en nuestras manos!

—Muy bien. ¿Hay algún mal que corregir, algo que enmendar, algunos que estén descontentos de mí, que algo quieran, pretendan ó soliciten?

—Sólo anhelaba verte.

—¿Se hallan dispuestos á seguirme á la guerra?

—Todos; manda, señor, que tuyos somos.

—Don Ricardo, al anochecer que to-



men mis montañeses todas las avenidas de Osuna; ni dejarán entrar ni salir á nadie de la ciudad. Los restantes dormirán hasta las dos, en cuyo momento vendrán seis mil al castillo, quedando los demás en la montaña. Con ellos y ochocientos de vosotros atacaremos al ser de día. Procurar que el enemigo no comprenda nada hasta que amanezca. Soy el jefe superior del ejército de S. A. el rey D. Sancho IV, y en nombre del monarca os lo mando; aquí tenéis la orden por escrito. Que no quede camino, sendero ni vereda por tomar; y puesto que sobra gente, no economizadla y que quede bien aislado el traidor. Que usen mis hijos del monte sus armaduras de baqueta, y velad por ellos, Ricardo; ya sabéis cuánto los amo. Ancianos, señores todos, hace cuarenta y ocho horas que no como ni duermo; permitid que me retire.

Lara se sentó á la mesa, y luego buscó el lecho, encargando que lo despertasen á la una de la noche. Su africano lebel se recostó en un sillón de la alcoba de su amo, y allí descansó las mismas horas que aquí. Fátima le encargó que no se separase del lado de Pedro, y era preciso matarlo para que él dejara de obedecer tal orden.

## CAPÍTULO II

**Preparativos.** — El figonero. — Los habitantes de Osuna. — Sorpresa. — Asalto. — Lucha terrible. — Exterminio. — Victoria y perdón.

El famoso conde de Lara durmió tranquilamente hasta la una de la noche. Dos pajes le ciñeron después una tupida cota de malla, encima una marlota morada, un precioso casco de acero con pluma negra y el manto blanco con la roja cruz de Santiago.

En este instante se presentó un caballero de los que estaban á su servicio, y le dijo que un figonero de Osuna había llegado al monte, y sorprendido por varios selvícolas, manifestó que intentaba hablar con el Conde sobre un asunto del mayor interés.

—¿Dónde está ese hombre?—preguntó Lara.

—Los que le detuvieron añaden—respondió el caballero—que es adicto á vuestra causa; lo han traído y esperan con él cerca de aquí.

—Que pase, y dejadlo solo conmigo.

Poco después penetró el figonero que en Osuna empujó al noble náufrago, saludó á éste y quedó parado contemplándole.

—¿Qué ha sido del conde de Lara?—volvió á preguntarle el Temerario con la misma intención que lo hizo la mañana del día anterior.

El figonero, con entereza y bastante resolución, contestó:

—Todos creen en Osuna que murió en la Meca, mas yo opino que va á resucitar.

—Entonces, ¿qué pretendes de mí?

—Daros, gran señor, muchas noticias.

—¿A quién se refieren?

—A los parciales del pretendiente, á los Castros, á la ciudad de Osuna y al muerto.

Pedro fijó su penetrante mirada en el figonero, mas halló á éste tranquilo, sereno y muy seguro de lo que expresaba.

—Habla—le dijo,—que te oiré con gusto, pero abrevia en lo posible.

—Señor, esta mañana, cuando salisteis de mi casa me encerré con mis dos hijos con ánimo de trazar algún plan que pudiera... ¡vamos! que pudiera darnos el desquite de las heridas que recibimos en defensa del señor conde de Lara el día que entraron los Cerdas y los Castros en nuestra querida ciudad.

—¿Y qué pensasteis?

—Discurrimos, señor, un gran proyecto.

—Escuchémosle.

—Empezamos por extender la voz de que el señor de Osuna había muerto en la Meca, pero añadíamos que era preciso armarse y estar dispuestos para la presente madrugada.

—Mucho os duelen, figonero, las heridas que os hicieron los Castros.

—Tanto como los tributos que nos han hecho pagar en el mes que llevan en Osuna, pero mucho menos, gran señor,



que la villanía practicada contra los parciales, amigos y deudos de Pedro el Temerario.

—¿Qué gente hay dispuesta dentro de la ciudad?

—¡Mucha!...

—¿Serán valientes?

—Probadlos.

—¿A qué número ascienden?

—No os lo puedo decir con exactitud, mas son todos los jóvenes y viejos de Osuna; los ricos y los pobres; los nobles y los pecheros.

—Figonero, por lo visto no desperdicias el tiempo.

—Me duelen mucho las heridas, señor.

—Por María y la Cruz que vas á vengarte.

—Hace un mes que lo estoy deseando.

—¿Quieres algo más?

—Me falta lo principal.

—Habla.

—En Osuna hay cerrajeros, vecinos que tienen puerta á la parte adentro de la ciudad, otra de la parte de afuera y hombres que os acompañarán cuando gustéis.

—También hay medios que no puede nunca emplearlos un caballero.

—También hay hombres, señor, con quien no se puede ser hidalgo ni noble.

—Mucho sabes, figonero, para la profesión que ejerces.

—Voy siendo ya viejo y la experiencia es una gran maestra.

—Abrevia, pues: á las dos en punto resucita Pedro el Temerario.

—Bendito sea él y la hora en que vuelva al mundo. Tengo, gran señor, una puerta por donde entraréis conmigo en la ciudad y la gente además que os deba seguir; y hay un postigo por el cual se penetra en el palacio de Castro y se puede llegar hasta su misma alcoba.

Al escuchar estas últimas frases, Pedro de Lara dió un salto, y cogiendo por el hombro al figonero, le preguntó con ansiedad:

—¿Es cierto cuanto acabas de decir?

—Exacto, gran señor, seguidme y lo veréis.

—Buen hombre, Dios te envía á mi presencia.

—O el demonio; á bien que la noticia va á producir un río de sangre.

—Sí, pero indispensable, necesaria al bien del país.

—¿Quién lo duda!

—¿Has venido solo?

—Me acompaña uno de mis hijos.

—¿Está en el secreto?

—Sí, señor.

—Partamos, figonero.

—¿Con ese traje?...

—Sí; resucitó ya el conde de Lara y le basta con el acero de su espada para vencer á todos sus enemigos.

—No han dado las dos todavía.

—No importa, se adelantó la resurrección, la cual acaba de tener efecto.

—Pues, ¡viva el conde de Lara y mueran los Castros!

—¡Corramos á Osuna!

—¡Salvemos á nuestros hermanos!

—¡Vengamos á Pedro el Temerario!

Y este último, Alí y el figonero bajaron aceleradamente la escalera principal del castillo, cruzaron tres puentes y salieron al monte.

La noche estaba alumbrada por la luna, á cuya amarillenta luz pudo distinguir el Conde ochocientos guerreros y seis mil montañeses que, unos á caballo y otros á pie, descansaban tranquilamente y en el mayor silencio; aquella calma era positivamente precursora de una horrible tormenta. Sin embargo, de no ser aún las dos, todas las órdenes del Conde estaban cumplidas, y esperando sus vasallos: ninguno quiso dormir, comprendiendo por el mandato de aquél la importancia del servicio que iban á prestarle.

El Temerario llamó aparte á D. Ricardo, y le preguntó:

—¿Están tomadas las avenidas de Osuna?

—Todas, señor conde.

—¿No podrá escapar ninguno de esos traidores?

—No, señor.

—Pues bien; partid inmediatamente á la ciudad, situados cerca, y en cuanto oigáis tocar á arrebato, penetrad por la puerta que os enseñe el hijo de ese figonero, y matad al que se defienda; per-



donad al que se rinda. Os advierto, que los habitantes de la ciudad os secundan admirablemente. Cuando cesen de tocar las campanas, suspended el combate. Evitad sospechas, y hasta el momento de la lucha sed cauto.

Luego eligió cuarenta montañeses de los seis mil que esperaban sus órdenes, y con éstos, Alí y el figonero se dirigió á Osuna.

El conde de Lara abrigaba un corazón noble y generoso hasta lo infinito; mas connaturalizado desde la infancia con la guerra, la muerte y el exterminio, era para él el combate una necesidad imperiosa, de la que no podía prescindir. La época, la perversidad de sus enemigos su temperamento y lo atrevido de sus ideas, le conducían continuamente á la pelea, sin violencia alguna por su parte. Por eso en la presente noche caminaba hacia el sitio de la catástrofe con paso tranquilo, y como si se tratara únicamente de un acontecimiento de poca significación. Su mente se hallaba fija

ahora en la idea de encontrarse solo y frente á frente con el jefe de los Castros, y poderlo matar en buena lid, sin la ayuda de otro ni la presencia de nadie. De este modo llegaron cerca de los muros de la ciudad. Entonces caminaron el Conde, Alí y el figonero delante y los montañeses detrás, divididos en varios grupos. Ninguno hablaba, hacían el menor ruido

posible, llegando así al pie de una casa, cuya pared maestra servía de muro á Osuna. El figonero estornudó tres veces consecutivas, se abrió una ventana que había encima de aquella muralla-pared, echaron una escala, y una voz dijo:



...y cogiendo por un hombro al figonero...

—Subid sin cuidado.

El dueño del figón fué el primero que se abalanzó á las cuerdas y trepó hasta arriba con la mayor facilidad; á éste siguió el Conde, después Alí, y últimamente lo fueron verificando á intervalos los cuarenta montañeses. Esperaban á los recién llegados el segundo hijo del figo-



nero, los vecinos de aquella casa y varios caballeros de la ciudad, uno de los cuales preguntó con ansiedad al primero:

—¿Quién os acompaña?

—Vedlo, el invicto conde de Lara, que ha resucitado, y algunos de sus vasallos.

Una exclamación entusiasta saludó al Temerario, disputándose todos el estrechar la potente diestra que aquél les alargó.

—Silencio, señores—exclamó Pedro; —no alarmemos al enemigo, pues conviene sorprenderlo, evitando así que corra mucha sangre.

Reunidos después los hijos de la montaña y los de Osuna, dispuso Lara lo que tuvo por conveniente, perdiéndose poco después entre las estrechas y tortuosas calles de la población, la cual hallaron triste y solitaria como las tumbas. Marcharon por diferentes sitios, de cuatro en cuatro, viniendo á reunirse en un punto dado.

Los Castros, jefes ahora de la guarnición de la plaza, creían por lo visto, que hubiese muerto el conde de Lara y adormecidos entre sus laureles de ha un mes, daban lugar á que sus contrarios de dentro y fuera minasen sin peligro alguno el edificio que ellos creían estable y seguro. Su inícuu traición iba á recibir el castigo que merecía.

El figonero, seguido del Conde, de Alí y de otro caballero, llegó á una calle excusada, observó los alrededores, y satisfecho de su reconocimiento, buscó la puerta pequeña de un edificio que ocupaba la acera de la derecha, y sacando una llave abrió la mencionada puerta ó postigo sin dificultad alguna. En el mismo instante se quitó el embozo el caballero de Osuna que los acompañaba, presentó una linterna encendida y dijo al figonero:

—Tú, con los montañeses, cumples las órdenes del Conde; vos señor—añadió á Lara—seguidme si gustáis, que este palacio es mío y os conduciré á la estancia de D. Alonso de Castro.

Sin detención alguna subieron el Temerario y su guía acompañados única-

mente de Alí, por una escalera de caracol que terminaba en el piso principal del edificio. A la vez, y yendo al frente de ellos el figonero, entraron en el alcázar provistos de hachas, mazas y picas, el hijo de aquél, varios naturales de Osuna y los cuarenta montañeses; los que sin hacer ruido, sorprendieron á los vasallos y criados de Castro, extendiéndose después por todo el edificio.

Mientras ocurría esto en la parte interior, se iban llenando los alrededores del palacio de embozados que hablaban muy bajo y con el mayor misterio. Entre ellos había nobles y plebeyos, todos estaban armados y algunos escondían hachas de viento que debían encender muy pronto. En las demás calles y plazas comenzaron también á circular hombres recatados hasta los ojos; en los campanarios había una luz y gente dentro, y entre todos estos, conspiradores al parecer, corría la voz de «Lara ha resucitado; el Temerario está en Osuna».

La Luna se escondió, las tinieblas de la noche llenaban el espacio y sólo interrumpían el silencio y calma de aquellas tristes horas las cautelosas pisadas y prudentes cuchicheos de los conjurados.

Eran las tres de la madrugada; Lara y Alí, precedidos de su guía, penetraron en una estancia donde dormían varios pajes de D. Alonso de Castro. El caballero los fué despertando con las siguientes frases:

—¡Arriba, bergantes! Vestíos y decid á vuestro amo que le espera el jefe supremo del ejército de S. A.

Los pajes le obedecieron aturdidos y embotados aún sus sentidos por el sueño que intentaba todavía dominarlos. Encendieron luces, despertaron á su señor, el cual oyendo á la vez las pisadas de los montañeses y el movimiento que había en su casa, se tiró de la cama é hizo que lo vistieran inmediatamente. Verificado esto corrió al salón contiguo; pero en el mismo instante se cerraron las puertas de éste y se halló frente á frente de un caballero que presentaba su rostro perfectamente cubierto con la celada del casco. Castro intentó vanamen-



te reconocerlo, se echó dos pasos atrás, y le preguntó:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

—Soy el jefe supremo del ejército de S. A. el rey D. Sancho IV; y quiero haceros el honor de que midáis vuestro acero conmigo en lucha igual. De este modo verá el mundo la diferencia que existe entre los nobles y valerosos amigos y vasallos del conde de Lara y sus cobardes asesinos, los Castros y parciales de éstos.

—¿Quién sois? ¿Cuál es vuestro nombre? Esa honrosa cruz de Santiago sienta muy mal en el hombre. que cual vos, sorprende é insulta de ese modo.

El incógnito lanzó una mirada llena de desprecio sobre Castro, contestándole:

—¡Miserable asesino! Cuando sorprendiste á los vasallos del conde de Lara y hallándolos dormidos los mandastes degollar, ¿dejaste á alguno de aquellos bizarros caballeros en actitud de defenderse como yo te dejo á ti?

—¿Eres Lara?

—Ahora lo sabrás.

—¿Piensas herirme?

—Sí.

—¿Y si no quiero medir mi acero con el tuyo?

—Te mandaré ahorcar de una almena de este palacio.

—¿Tanto poder tienes?

—Inmenso.

—¿Y no podrá abrirse la tierra y tragarte?

—No, porque si Lucifer viene en tu ayuda, yo tengo de mi parte la Providencia.

—¿No es una farsa esa cruz, la actitud y hasta la entonación de tus palabras?

—No.

—Yo aseguro que sí.

—Necio, escucha.

El incógnito abrió un balcón y gritó:

—¡Castilla y León por D. Sancho IV!

¡Luces, campanas y atacad al enemigo!

Una exclamación unánime y tan terrible que heló la sangre de Castro, contestó á las frases del encubierto.

—¡Viva el conde de Lara!—dijeron—  
¡Castilla y León por D. Sancho IV!

¡Mueran sus enemigos! ¡Gloria y honor al poderoso y noble Pedro de Lara!

Estas voces fueron repetidas de calle en calle y de plaza en plaza. La ciudad comenzó á iluminarse, las campanas á tocar, y estalló por fin la revolución con todo el furor consiguiente á tales luchas civiles.

Lara alzó entonces la celada de su casco y dijo á D. Alonso:

—Llegó el momento de la expiación: ó batíos conmigo ó entrego vuestra cabeza al verdugo: elegid.

Castro no era cobarde; mas la sorpresa, el entusiasmo popular, que tan cerca oía, y cuanto le rodeaba, le hicieron temblar de ira y hasta de miedo. Su perversa índole y dañinas intenciones le aconsejaban buscar un medio infame para salir de tan grave peligro; pero en la terrible alternativa en que le colocó el Temerario, no halló ninguna. Así es que dudó, retrocedió dos pasos, exclamando por fin:

—Asesíname si quieres; mi espada no se desnudará nunca contra el montaraz del Saucejo.

—Me agrada tal resolución, pues es más propio del verdugo que de un caballero arrancar la vida de tan miserable gusano. Si estuviesen reunidos al menos los Castros y los Cerdas, entonces puede que os obligara á batiros conmigo todos juntos.

—Si yo os hiciese el honor de desnudar mi espada, puede que os bastase conmigo.

—¿Por qué no probáis?

—Era preciso descender tanto, que no me hallo con fuerzas suficientes.

—¿Tan malo soy?

—El hombre más vil que conozco.

El rostro de Pedro el Temerario se contrajo extraordinariamente, sus ojos despidieron fuego, mas hizo un esfuerzo sobre sí, contuvo el justo enojo, y acercándose á Castro cuanto pudo, le contestó:

—Todas las puertas de esta habitación están cerradas; nadie entrará aquí sin mi permiso, y si tan valiente sois, probadlo.

Y estampó la mano sobre la cara de



su contrario, haciéndole dar media vuelta; pero Castro se cruzó de brazos, bajó la vista y nada contestó. Lara lo miró con desprecio, soltó una carcajada y se dirigió al balcón, contemplando desde allí la espantosa lucha que tenía lugar en las calles de Osuna.

Las campanas seguían tocando á arrebató; el choque de aceros se aumentaba considerablemente; la ciudad estaba alumbrada por todas partes, y la muerte se hallaba doquier, ostentando su horripilante guadaña. Los montañeses y los ochocientos soldados del Temerario, unidos á los hijos de Osuna, herían y mataban sin compasión á los parciales de D. Alonso de Castro. Con una agilidad y fuerza pasmosas escalaban los fuertes, rompían las puertas, y sin temor al número ni reparar en las seguras posiciones de sus contrarios, caían sobre ellos, vengando la muerte que tan traidoramente dieron á sus compañeros.

El Temerario veía y escuchaba aquel sangriento combate con fría tranquilidad, sin demostrar placer ni sentimiento alguno. Castro lanzó sobre él su mirada de tigre, sonrió de un modo siniestro, y sin hacer el menor ruido sacó el acero y le tiró por la espalda una estocada mortal; pero antes de llegar la punta de su espada al sitio que iba dirigida, le cogieron los dos brazos y lo arrojaron al suelo, chocando su cabeza fuertemente con el pavimento de la estancia. Pedro volvió la cabeza, y pudo contemplar á Castro tendido en tierra y á su leal africano sujetándole por la garganta.

—Alí—exclamó el Temerario con enojo,—¿dónde estabas?

—Detrás de esas cortinas—le contestó el negro.

—¿Quién te ha mandado penetrar aquí?

—Mi señora que quiere permanezca siempre á tu lado; y ya ves que tiene razón, pues la estocada que te dirigía por la espalda este miserable, te hubiera atravesado el corazón si yo no lo evito.

—Es verdad, Alí; y era porque ese noble y poderoso señor tiene á mengua el batirse frente á frente con los pobres montañeses como yo. Toma mi espada,

liberto, levántalo del suelo, y Pruébale que el antiguo esclavo de Mahomad Zegrí, sirviente hoy del montaraz del Saucájo, es más hábil, valiente y noble que él.

Alí cogió el acero de su amo, se dirigió á Castro, que ya estaba de pie, y le tocó en el rostro con la punta.

Atontado D. Alonso por el golpe que acababa de recibir, ciego por la ira y el despecho, y comprendiendo, por último, que no tenía más remedio que matar á aquellos dos hombres ó morir, acometió al africano inclinándose á la derecha con ánimo de herir al Conde, el cual se hallaba indefenso. Éste se cruzó de brazos, y con una innata sangre fría, miraba el fiero combate que tenía delante.

El negro, tan ligero como la pantera del desierto donde él nació, saltaba, se corría á derecha é izquierda, defendía á su amo, é infinitamente más fuerte y diestro que Castro, le iba agujereando la piel sin que el otro le pudiera tocar á la ropa. Éste usaba las reglas del arte, mientras aquél saltaba, corría adelante y atrás, giraba á los costados, sin detenerse un momento, mas teniendo siempre encima de Castro el extremo inferior de su mortífera espada.

Lara seguía sin movimiento alguno mirando al valeroso africano batirse con un consumado profesor de esgrima. De pronto llegó á sus oídos un rumor angustioso y triste de cien ayes exhalados á la vez por las víctimas de sus parciales. Estos acababan de asaltar su antiguo palacio, convertido ahora en cuartel, y herían y mataban sin compasión. El noble Conde vió á la rojiza luz de las hachas de viento correr la sangre de sus contrarios, y caer éstos á docenas al terrible golpe de las férreas mazas de los montañeses; notó que sus enemigos apenas se defendían, y compadecido de la suerte de aquellos desgraciados, volvió el rostro á la estancia donde tenía lugar el duelo, exclamando:

—¡Alí, concluye de una vez!

El negro se echó atrás, torció á la derecha, dió un salto hacia la izquierda, clavando su acero en el pecho de Castro. La sangre comenzó á salir por la boca



de éste, se le cayó la espada de la mano, flaquearon sus piernas, inclinó la cabeza y dando en tierra su cuerpo, exhaló el último suspiro.

Lara gritó al mismo tiempo:

—¡Hijos de Osuna, montañeses, cese el ruido de esas campanas y el combate!

Nadie le escuchó; unos y otros cebados en sus víctimas no oían otra cosa que la voz de la ira y de la venganza.

Entonces Pedro se arrancó la bocina que llevaba pendiente de un cordón y comenzó á tocarla fuertemente. Sus mágicos sonidos llegaron á los oídos de los montañeses, y como un solo hombre exclamaron:

—¡Alto! Pedro nos llama. ¡Corramos en su busca!

Un cuarto de hora después había cesado la lucha, el ruido de las campanas, é imperó en la ciudad el silencio interrumpido á intervalos por los quejidos del moribundo. Delante del palacio de los Castros y esperando las órdenes de Lara se hallaban todos los montañeses y la mayor parte de los naturales de Osuna, mientras la aurora comenzaba á extender su manto de azucena sobre la superficie de la tierra.

Poco más de una hora necesitaron los vecinos de la ciudad unidos á los moradores del Saucejo para domeñar con su potente garra al tirano que pretendía esclavizarlos. El nombre del Temerario, su sola presencia, su poderoso aliento, habían bastado para alentar á aquellos hombres y encaminarlos hacia un enemigo que se juzgaba invencible detrás de sus murallas. El atrevido guerrero no quiso tomar parte en una lucha desigual, cuya gloria cedió por completo á la nobleza de Osuna. En cambio se reservó imposibles que pretendía realizar, como veremos más adelante.

### CAPÍTULO III

*La maga.—La rebelión.—A Sevilla.*

El conde de Lara elogió, como merecía el valor, destreza, agilidad y extraordinarias fuerzas de su negro, y unido al caballero, dueño de aquel pa-

lacio, y seguido siempre de Alí, pasó al salón principal donde ya le esperaba D. Ricardo, al cual preguntó:

—¿Han perecido algunos de mis vasallos ó parciales?

—Hay varios heridos; mas no tengo noticia de la muerte de ninguno.

—¿Y de los contrarios?

—Se aproximará á ciento el número de los muertos y al doble el de los heridos.

—Resisten algunos todavía.

—Sí, señor: pero se entregarán si se les ofrece la vida.

—Basta ya de sangre; que entierren los cadáveres; que se curen y traten con el mayor cuidado á los heridos, y en mi nombre, perdonadlos á todos. Aumentad las fuerzas que rodean á Osuna; que no entre ni salga nadie, y que quede ignorada para los de fuera de aquí mi llegada. Tomad posesión de todos los estados que me habían usurpado los Castros; que se habilite mi palacio lo mismo que estaba antes de partir; tratad á los prisioneros con la mayor consideración; hospedad en mi propio alcázar, á los montañeses heridos y dad las gracias al pueblo de Osuna, añadiendo, que, el conde de Lara, pagará por ellos el tributo de este año; basta con lo mucho que les han robado los Cerdas en el mes que permanecieron aquí. En esta comarca concluyó la miseria; abrid mis arcas para todos los necesitados y que se dé pan á los pobres, ropa á los andrajosos, mi cariño y mi dinero á la gente y que á la vez, levanten una horca para los malvados.

—Todo se hará así, gran señor.

—¿Queríais algo más?

—Deciros únicamente, que la nobleza de Osuna se está reuniendo para venir á visitaros, si le permitís esa honra.

—Que entren cuando gusten.

—El abad y los monjes de San Pablo, imploran vuestra piedad en favor de nuestros enemigos y desean felicitaros.

—¡Y me olvidé de esos santos varones! Ricardo, id en persona y decidles que he perdonado ya á los desgraciados instrumentos de los Cerdas; y que á las diez pasaré al monasterio y almorzaré



con ellos. Estrechad al anciano abad en mi nombre. Esperad, en esa estancia contigua hallaréis el cadaver de D. Alonso de Castro, disponed que sea enterrado en el panteón de mi palacio, que al fin llevaba el apellido y sangre de mi madre. Los restantes cadáveres serán depositados en el cementerio de Osuna. Partid.

Lentos, amarillos y como presintiendo las desgracias que acababan de tener lugar en Osuna, comenzaron á salir de Oriente los rayos de un Sol empañado aún por la bruma de la madrugada.

El Temerario refería al caballero que le acompañaba el duelo habido entre Castro y su negro, y éste contestaba á los elogios de su amo con una sonrisa que recogía sus labios, enseñando dos hileras de dientes tan blancos, iguales y perfectos como negra y fina era su epidermis. Lara estaba sentado en un sillón, el caballero en otro y Alí recostado á los pies del primero, lo miraba besando de vez en cuando la mano que el atleta le alargaba.

En este instante vino á llamar la atención de los tres una voz de contralto, aguda, sonora y vibrante como el tañido de la campana. Alí dió un salto parecido al de la pantera, Pedro se lanzó á un balcón y el de Osuna escuchaba con temor el lejano acento que llegaba hasta allí.

— ¡La maga! — exclamaron el Conde y el africano, desapareciendo éste y quedando pendiente de los labios de aquella misteriosa mujer el primero. Los hijos de Osuna y los montañeses oyeron también la voz, reconocieron á la hechicera y se agruparon con cierto pavor supersticioso.

El conde de Lara distinguió hácia el Sur y en la parte más elevada de una colina á una mujer desgredada, cubierta con un tosco sayal, que alzaba la mano derecha señalando á Oriente. Con pausa y dando á su acento una entonación extraña, lúgubre, terrorífica, cantó en árabe la siguiente estrofa:

Entre huracanes que al orbe  
columpian con feroz saña;

sin que la nube le estorbe  
ni la orgullosa montaña,

Corre segura,  
cruza ligera  
la desventura  
con la hechicera.

Pavor á todos infunde  
mi rostro, harapos y greñas,  
la tierra á mi voz se hunde  
y me abren paso las peñas.

Mágica daga  
mi mano hiende  
¡ay! si á la maga  
alguno atiende.

Corre tú por quien yo vengo  
que así lo quiere la Huri;  
corre, vuela, cerca tengo  
la bella sultana, Alí.

Pedro el Temerario no pudo comprender bien las frases que expresó la maga, pero supuso con razón que la traía cerca de él algún acontecimiento grave. Por eso se fijó en ella con el mayor interés, intentando no perder uno solo de sus movimientos.

Los montañeses y los de Osuna seguían apiñados y como temerosos; eran valientes hasta lo infinito, no obstante lo cual, les impuso extraordinariamente la débil voz de aquella africana, hechicera, maga ó lo que fuese. Tal era el estado de superstición en que se hallaban entonces los castellanos y aun los moros.

Los ardientes rayos del sol destruyen por fin la neblina de la mañana, y Pedro el Temerario pudo distinguir perfectamente, y sin temor alguno, el tostado rostro de la maga, sus ensangrentados pies, sus ásperas manos, y aun el fuego de sus negros ojos. Después que concluyó de cantar, se sentó sobre la colina, apoyó la frente en la palma de sus manos, quedando como entregada á tristes pensamientos. Algo más tarde, corría en dirección del sitio donde ella estaba, el negro Alí, el cual trepaba por el monte con la agilidad de un corzo. Lara vió llegar á su africano, la maga le echó los brazos al cuello, le miró con interés, y cogidos de las manos desaparecieron, impelidos, al parecer, por un poder sobrenatural. Nada más se vió; los montañeses comentaron el hecho sin



darse razón cierta de nada, y el Conde se encogió de hombros, y retirándose del balcón, aguardó el regreso de su leal servidor. Un cuarto de hora más tarde, le avisaron que la nobleza de Osuna deseaba felicitarle, á lo que él accedió gustoso. Según iban entrando, los estrechaba á todos, tratándolos como de igual á igual; luego se sentaron y comenzaron á referirle la manera que tuvieron los Castros y Cerdas de sorprender la ciudad y las vejaciones cometidas con los grandes y los chicos, seguros como estaban los contrarios del cariño que todos tenían al señor de aquel pueblo. Lara lamentó el hecho y les ofreció evitar que en lo sucesivo fuesen víctimas de acontecimientos como aquél. Seguidamente les preguntó por el estado del país; y supo con el mayor sentimiento que se hallaba en completa rebelión: la autoridad del monarca no la respetaban cual debían; éste se encontraba enfermo, y la traición, las conjuraciones y el puñal ejercían en todo el reino su fatal influjo. En la misma corte, añadían, se presentan los traidores, minan el trono y hasta amenazan á Sancho IV y á su entendida esposa Doña María Alfonsa de Molina.

Nada de esto le extrañaba al noble Conde: conocía perfectamente la época, las bastardas pasiones que dominaban á la mayor parte de los grandes y la inmoralidad y corrupción de muchos que se tenían por nobles y eran en verdad la escoria del país. Después que los oyó con calma y se enteró de cuanto acontecía, meditó, y alzando por último su hermosa y varonil frente, les dijo:

—Bien sabe el Cielo, señores, que deseaba á mi regreso encerrarme entre vosotros y mis montañeses, pasando de este modo el resto de mi vida; mas Dios ha dispuesto otra cosa, y cumpliré, pese á esos miserables asesinos, la voluntad divina. Sumiso, tranquilo y en envidiable calma dejé á los nobles, al pueblo y al reino todo: ya veis en el estado que lo hallo; y pues que se ha empeñado en triunfar la maldad y la infamia, yo penetraré en su alcázar, destruiré los cimientos y pulverizaré á los malvados.

Ellos me han enseñado á conspirar, á conocer sus intrigas, manejos y arteros planes, y ni me asustan los hombres, ni temo las conjuraciones, ni me hallarán jamás desprevenido.

Todos aplaudieron las nobles intenciones del guerrero, le ofrecieron seguirle doquier y ayudarle en empresa tan difícil y arriesgada, si bien grande y digna del elevado infanzón que intentaba llevarla á cabo.

El Conde les encargó que ocultasen cuidadosamente su regreso, y después de recibir otra nueva ovación, despidió cortesmente á aquellos hidalgos. Esta larga entrevista duró cuatro horas, y á pesar del tiempo transcurrido, no parecía Alí, lo cual tenía impaciente á su amo. Pasó una hora más, y el negro no asomaba; Pedro se disponía á marchar al monasterio de San Pablo, cuando distinguió por último á su valiente negro que llegaba sudando, fatigado de tanto correr, pero muy satisfecho y al parecer alegre. Lara se sentó de nuevo y esperó á que se le acercase el africano; entró éste, se cruzó de brazos delante de su señor, le miró con semblante placentero y nada le dijo.

—¿No te ha encargado tu señora—le preguntó el impaciente Conde—que permanecieses á mi lado día y noche?

—Sí, amo mío, mas...

—Habla, Alí. ¿Por qué has salido de Osuna?

—Me llamó la maga...

—¿Conoces tú á esa hechicera?

—Mucho, señor Conde. Doña Blanca la ha protegido siempre.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, señor.

—¿Qué dice esa mujer?

—Que vuestra esposa se halla buena.

—¿Cómo lo sabe?

—Esos seres no ignoran nada.

—¿Te ha dicho algo para mí?

—Sí; que ames mucho á la antigua sultana, cristiana hoy como yo, y digna de llamarse esposa tuya.

—Es inútil el consejo, Alí. ¿Qué más te dijo?

—Añade que no seas temerario y que te guardes de los cortesanos.



—Si la vuelves á ver dila que deseo hablarla.

—Será en vano, gran señor; esa mujer no obedece más que al poder sobrenatural que la inspira y á Fátima Zegrí, como llama á la Condesa.

—¿Nada más tienes que decirme?

—No, señor.

—Pues sígueme.

Y Lara, acompañado únicamente del negro, se encaminó al monasterio de San Pablo, mandado construir por él muy cerca de las murallas de Osuna, y en cuya portería le esperaba la comunidad. Aquellos monjes, y muy particularmente el abad, había salvado la vida al Temerario, lo amaban y lo recibieron, en consecuencia, con un afecto que el Conde les devolvió estrechándolos uno por uno, y especialmente al anciano superior. Después les rogó que le acompañasen á la iglesia, oró con el fervor que tenía de costumbre, almorzó en el refectorio, y despidiéndose de todos, se retiró á la ciudad, donde fué reconociendo los hospitales y cuantos heridos encebrraban éstos.

Instalado luego en su propio palacio, pues al efecto le habían habilitado varias habitaciones, mandó correos al príncipe Muza, su amigo íntimo, y á varios grandes, individuos de su familia.

El resto del día lo pasó dictando órdenes, que eran obedecidas en el mismo instante; y en cuanto anocheció, se cubrió con una pesada armadura, montó á caballo, y seguido únicamente de Alí, partió á Sevilla por senderos ocultos y estrechas vederas, conocidas de muy pocos. El terreno que pisaban era bastante malo, en cambio tenía la ventaja de ocultarlos cuanto era posible de las muchas partidas que pululaban por todas partes, compuestas de enemigos de D. Sancho, de salteadores, moros y hasta cristianos. Lara iba bien armado, no temía á nadie y jamás le impuso ni contó el número de sus contrarios; pero en esta ocasión deseaba permanecer ignorado para poder sorprender mejor el núcleo de la conspiración enemiga. Por esa razón no dió su nombre desde luego, ni presentó en ciudades, pueblos y ca-

minos su rostro varonil. De este modo anduvieron toda la noche, internándose á la mañana siguiente en un espeso bosque que juzgaron á propósito para entretener el día, dando descanso y alimento á los caballos y seguridad á los jinetes.

Sujetaron, pues, á aquéllos, y partió el negro en busca de lo necesario para unos y otros.

Tres horas después regresó con provisión de cuanto deseaban, lo que le facilitaron en una aislada casa de campo que halló bastante lejos de allí. Comieron los corceles y seguidamente sirvió Alí á su amo algunos fiambres.

Luego que Pedro hubo concluido se hizo quitar el casco, se sentó en un sitio ameno y frondoso, y comenzó á discutir sobre los medios que debía emplear para asegurar el trono de D. Sancho, tranquilizar el país y acallar las bastardas pasiones que con tal furor se habían desarrollado. El valiente y entendido joven trazó planes, sujetó sus cálculos á una sabia prudencia, y cuando hubo concluido, apoyó su brazo izquierdo en el duro suelo, la frente en su mano y se quedó sumido en sueño tranquilo, propio de su edad y del sosiego de su conciencia.

Una hora después le despertó el ruido de muchas pisadas de caballos; llamó á Alí, pero éste no se hallaba cerca de allí; entonces se puso el casco, soltó su caballo y montó empuñando á la vez su terrible lanza.

El ruido que antes sintió se fué aproximando cada vez más hasta distinguir una inmensa multitud de moros mandados al parecer por dos guerreros castellanos. Volvió á llamar nuevamente á su criado, pero Alí no le escuchaba ó había desaparecido de aquel sitio. Notó luego que los escuadrones musulmanes se detuvieron, dirigiéndose hacia él los dos caballeros que parecían cristianos. Lara bajó su celada, se dispuso á la defensa y esperó tranquilo. No tardó mucho en llegar á treinta varas de él un brioso caballero, el cual ostentaba en su pecho las armas de la casa de Molina, ó sean la de la esposa del rey D. Sancho. A éste acompañaba un escudero, cubiertos am-



bos de acero desde los pies á la cabeza.

El Conde los saludó con un cortés movimiento de cabeza, se acercó á ellos, y les dijo:

—El escudo de armas que ostentáis, garantiza vuestras personas. ¿Queréis algo de mí?

—No—le contestó secamente y fingiendo la voz el que hacía de escudero.

—¿Podré saber quiénes sois?

—No, conde de Lara—replicó el mismo.

—¿Qué pretendéis entonces?

—Daros un consejo.

—Hablad.

—No esperéis la noche para continuar vuestro camino; seguid á Sevilla y llegad lo antes posible, que nadie os estorbará el paso y hacéis mucha falta en la corte.

Pedro se alzó la celada y enseñando su rostro, respondió:

—El que á nadie teme á nadie se oculta.

Los incógnitos callaron, pero el jefe

lanzó una mirada al Temerario, cuyo fuego llegó hasta el corazón de éste; por las hendiduras de su casco parecía salir una fuerza magnética que atraía á Pedro y lo dominaba de un modo desconocido para él.

—¿Quién sois?—le preguntó Lara.

Tampoco esta vez le contestaron; pero el que miraba de aquel modo al Conde, hizo una seña á su escudero y éste exclamó, fingiendo siempre la voz:

—Adiós, Pedro; seguid mi consejo, que en Sevilla nos conoceréis.

Y sin más explicaciones picaron sus caballos y partieron de allí como dos exhalaciones. Lara quiso seguirlos, atraído siempre por el fuego de aquella

mirada, pero fué inútil; cristianos y moros salieron del bosque y atravesando cerros, saltando precipicios y volando, en fin, desaparecieron de su vista dejándole asombrado con aquella atrevida y sin igual carrera.

—Van quinientos zegríes—exclamó—y por María y la Cruz que no he visto en mi vida mejores jinetes ni tan briosos caballos. ¿Quién podrá ser ese caba-



...se sentó en un sitio ameno y frondoso.

llero?... ¡Oh! me pierdo en conjeturas sin conseguir absolutamente nada!... ¡Aquella mirada era tan noble como ardiente, y las palabras del escudero no son hipócritas!... ¡Por primera vez de mi vida siento un deseo vehemente, un malestar que no me explico!... ¡Parece que esos hombres se han llevado un pedazo de mi alma!... ¡Corren hacia Sevilla!... ¡Pues yo también iré á la corte!... ¡Pero este Alí!...

—Estoy aquí, señor Conde—le contestó el negro que se hallaba á caballo muy cerca de Pedro.

—¿Qué ha sido de ti? ¿Por qué me has dejado?

—¡La maga, señor, la maga!



—¿Has vuelto á ver nuevamente á esa misteriosa mujer?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¿En dónde?

—Entre aquellos cerros.

—¿Te llamó?

—No, señor.

—Explicate, africano.

—Lo haré. Dormías tranquilamente apoyado en el duro suelo, mientras mi atrevida mano separaba de tus ojos los ensortijados extremos de tus largos, negros, sedosos y rizados cabellos. Despejé tu frente y la miré con tal entusiasmo, que no pude por menos de exclamar:—He aquí el espejo de la más bella de las hijas de Oriente, de la incomparable Fátima Zegrí, de mi señora la hurí cristiana, la sultana de ayer, reina hoy de la hermosura castellana.

—La maga, Alí, la maga.

—Perdona, amo mío, y déjame proseguir. He aquí, añadía, el terror de los valientes, el asombro de los cobardes, el tema de los poetas, el blanco adonde se dirigen los suspiros de las bellas; la frente, en fin, inspirada por el genio, coronada por la gloria, orlada por el amor y hermosada por el choque de unos labios más finos que el brillante, más suaves que la pluma del cisne, más agradables que la rosa y mucho más admirados que los tuyos.

—¿Te enseñé todo eso la maga, Alí?

—¡La maga, señor, la maga!

—¿Acabarás?

—Al momento. —Ved—exclamé—al león de Castilla, al poderoso infanzón de esta hégira dormido sobre el duro suelo y á merced del hijo del desierto, de un africano que para arrebatarse la existencia le bastaba decir quiero. «Mientes» me contestó una voz que parecía salir de entre las rocas. «Mientes, añadió, ese nazareno tiene ya un ángel que vela día y noche por su preciosa existencia.» Al oír aquel acento me estremecí, miré en torno y vi á la maga á tres pasos de mí. —¿Dónde está ese ángel?—le pregunté. —¡Insensato!—replicó—¿dudas de mis palabras, pues sígueme! Y cogiéndome

de una mano me arrastró en pos de sí y de este modo cruzamos el bosque, la sierra y el espacio. Mis plantas apenas chocaban con la tierra, no volábamos; pero aquello no era tampoco una carrera, se parecía más al rápido movimiento del aire, al escape de una exhalación. Aturdido, confuso, delirante, vi á mis pies el mundo, con sus montes, valles, ríos, mares, inmensidad de árboles, variedad de aguas, multitud de gentes y un conjunto deslumbrador que imponía y arrobaba presentando la obra maestra del sublime autor de la tierra.

—Negro, ¿quién te ha enseñado todo eso?

—¡La maga, señor, la maga!

—Prosigue, que me interesa el cuento.

—Continúo, señor, la historia. De pronto comenzamos á descender hasta chocar con la superficie del globo. «Aquí, torpe africano—me dijo la hechicera—detente y mira.» Un ruido lejano fué lo primero que sentí; luego muchas pisadas de aquellos poderosos corceles que yo montaba un día entre los movibles montes de arena del suelo que me vió nacer, y pasado un instante más llegaron frente á mí quinientos caballeros zegries, jóvenes, apuestos y valerosos como tú. Delante iba un guerrero más joven aún que ellos, más hermoso que todos juntos y tan elevado como el conde de Lara. A su lado le contemplaba un viejo escudero lleno de cicatrices y con tanto fuego en sus ojos como el león de mi país. El caballero cristiano paró su carrera al ver á la maga; los hijos de Mahoma se cubrieron el rostro, mientras la hechicera se acercó al nazareno, le besó la mano, contempló su faz con entusiasmo creciente, y fijando su diestra en su roja cruz, igual á esa que tú llevas, exclamó: «Mira el ángel de Pedro el Temerario, Alí! ¡Ay de los que intenten detener el paso del hombre á quien defienda el brazo de este ser!»—Esto dijo, y maga, caballero, escudero y zegries desaparecieron. Me volví y nada más he visto.

—Alí, ¿quién era ese caballero de la cruz encarnada?

—La maga no me lo dijo, señor.



—¿Le viste el rostro?  
 —Sí.  
 —¿Y no lo has conocido?  
 —No.  
 —¿A quién se le parece, africano?  
 —Cuando mira con amor, á los ángeles; cuando se fija con ira, á la muerte. El fuego de sus ojos abrasa; su voz estremece y su frente domina.

—Pero ¿á quién se parece, Alí?  
 —No conozco á nadie tan afortunado que tenga parecido con él.

—¿Estás cierto de lo que dices?  
 —Seguro.  
 —¿No dormías?  
 —No.  
 —Eso es un sueño ó un delirio que llegó á tu mente.

—Vi, escuché y tan despierto como ahora contemplé á un caudillo que vale más que tú.

—¿En qué te fundas?  
 —En que se humilló la maga ante él y me hirió además con su irresistible mirada.

—Me has hecho perder un tiempo precioso.

—Es verdad, pero convenía así, amor mío.

—¿Á quién? ¡Miseró negro!  
 —A la maga, señor, á la maga.  
 —¿Te lo dijo?  
 —Sí.  
 —¿Tú no has mentido nunca, Alí?  
 —Ni ahora tampoco, señor.  
 —Pronto lo sabré.  
 —Tarde, sí; pronto, no.  
 —A Sevilla, africano.  
 —¿Por ese sendero?  
 —Sí.

—La maga y el ángel cruzaron por aquellos montes, entraron en el camino real y por él siguieron.

—Ve delante, negro, llévame pronto á Sevilla y corre por donde quieras. La mirada de ese guerrero y tu cuento han enloquecido mi mente. Volemos, Alí, volemos en busca de ese incógnito.

Ambos aguijonearon á sus potros y tomando la misma dirección que los zegríes corrieron por igual camino y con gran velocidad. Cruzaron montes, saltaron zanjas, entraron en el camino real

y por él continuaron como dos meteoros fugaces y pasajeros.

Al llegar á la hondonada, oprimía el Temerario los ijares de su caballo y lo hacía subir las empinadas cuestas con rapidez pasmosa; pero al ascender á la eminencia sujetaba las riendas y lanzaba una mirada ansiosa sobre el terreno que se presentaba á su vista. Buscaba con avidez al caballero que mandaba los zegríes; mas aquel le adelantó dos horas y corría infinitamente más que el conde de Lara.

Un cuarto de hora después vió á derecha é izquierda y á gran distancia varios jinetes que parecía caminaban en dispersión. Anduvo más y contempló á sus plantas cráneos rotos, miembros mutilados, cadáveres y heridos. Lara se detuvo, miró el espantoso cuadro que tenía ante sí, y recorriendo su vista doquier, se fijó por último en un cartel sujeto al tronco de un árbol y en el cual leyó: «Paso al conde de Lara: ¡partidarios del pretendiente, huid ó peced!—*Los zegríes.*»

—¡La maga, Alí, la maga!—exclamó el Temerario.

—¡El ángel, señor, el ángel de la cruz roja!

—Negro, ¿va ese ángel á Sevilla?

—A Sevilla, señor, á Sevilla.

—Corre, africano, que me hirió su mirada, me atrajo su vista y me causa envidia su valor.

—A Sevilla, señor; pero no te iguales á él que vale más que tú.

—Quisiera ver si es cierto; mas creo que mi espada no podría dirigirse contra él.

Y cruzando por encima de cadáveres, heridos, miembros, cráneos y sangre, corrieron otra vez.

Estaba anocheciendo; el Sol doraba únicamente las elevadas copas de los gigantes árboles y el crepúsculo vespertino descendía como heraldo precursor de las tinieblas, cuando el conde de Lara distinguió la perfumada odalisca que baña el caudaloso Bétis. Sevilla, más musulmana que gótica, más árabe que cristiana, se alzaba á los ojos de Pedro, triste, silenciosa y cual cautiva.



de un pánico que escondía, agitaba é infundía pavor á sus habitantes. Su pintoresca, variada, risueña y encantadora campiña parecía cubrirse entre el oscuro verdor que la primavera le prestaba. Aquellos cantos, cuyas cadencias deleitaban poco ha, no se oían; la cítara manejada por los delgados y hábiles dedos de la hija del Guadalquivir, callaba, como la zambra moruna, el trino del ruiseñor y el diálogo amoroso. Se oye únicamente el lejano murmullo de la corriente que lucha con el empuje de la marea que intenta detener su curso. El caudillo castellano la contempla, suspira y por entre una nube de partículas de oro dirige su vista al cielo, el cual se le presenta tan azulado y brillante como las aguas del Océano; comprende que sus hermanos en lucha fratricida temen, se esconden y callan; y siente sus penas y dolor. Por eso abandona las bridas de su potro, inclina la frente y medita. De este modo llega á la puerta de la ciudad, la cual está ya cerrada.

—¡Paso!—grita Alí.

—¡Paso al conde de Lara!—repite desde la puerta de adentro una voz varonil.

Las puertas se abren y Pedro penetra en las calles de la corte, la que halla tan triste y solitaria como creyó mirarla desde afuera.

—Mi incógnito, Alí—le dice al negro, —ha sido descubierto, y por María y la Cruz que no me pesa. He aquí la prueba.

Y se alzó la celada de su casco, presentando arrogante y bello su varonil rostro.

Cinco minutos después miró á doscientas varas de distancia su opulento alcázar y á cien soldados que, unos de centinela y otros en amistosa plática paseaban por encima de sus murallas. Luego oyó gritar:

—¡Nuestro amo y señor el conde de Lara!

Y abriéndose á la vez las grandes puertas aparecieron multitud de caballeros, soldados, mayordomos, pajes y criados que salían á recibir á su amo. Pedro exclamó:

—Cuando creía que todos ignoraban por aquí mi inesperado regreso, oigo do

quier pronunciar mi nombre; me saluda la guardia de la plaza y me esperan los habitantes de mi palacio. ¿Quién hace estos milagro, Alí?

—¡La maga, señor, la maga!

—¿Quién me recomendó á esa hechicera que tanto se ocupa de mí?

—El ángel, señor, el ángel.

—¡Quiera el cielo que esa maga y ese ángel no sean los instrumentos de mis terribles enemigos!

—El ángel y la maga son más enemigos que tú de tus fieros enemigos.

Pedro echó pie á tierra, abrazó á su antiguo mayordomo Rodrigo, alargó la mano á varios caballeros de los que estaban á su servicio, y subió al salón principal de su opulento alcázar de Sevilla. Nada echaba de menos de cuanto dejó en él al salir la última vez. Los mismos cuadros, todas las preciosas molduras, las sedas y tapices de Oriente, las ricas estatuas, las escaleras de jaspe, mármol y alabastro; las fuentes, los jardines y los parques; la fuerza que lo defendía y hasta su regia servidumbre permanecía como ha más de un año.

Lara pidió un traje de corte, se vistió, sirviéndole acto continuo de comer. La mesa estaba rodeada de caballeros que en pie y fija la vista en su señor le contemplaban con placer: pero todos callaban, incluso el viejo mayordomo, al que preguntó el Temerario:

—¿Quién os ha anunciado mi regreso?

—Un caballero zegrí.

—¿Llegó solo?

—Sí, señor.

—¿Cómo le diste crédito?

—Porque es sobrino de Mahomad Zegrí, primo de mi señora la Condesa.

—¿Quién lo mandaba?

—Lo ignoro.

—¿A quién sirve?

—No lo sé.

—¿Habrás medio de averiguarlo?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque no quiere la maga, señor—le contestó Alí, el cual comía detrás, aun cuando no lejos de su amo, si bien en mesa aparte.

—¿Han intentado algo mis enemigos



contra vosotros?—preguntó el Conde.

—No, señor.

—¿Cómo sigue el Rey?

—Más aliviado.

—¿Y su esposa?

—Buena.

—Alí, mientras esté en Sevilla serás uno de mis escuderos; vistete con arreglo á tu nuevo empleo, que me vas á acompañar al real alcázar.

—Poco habéis comido, señor.

—Me falta el apetito y me sobra ansiedad, Rodrigo.

—¿Quién la motiva?

—Un hombre á quien quisiera conocer.

—Un ángel á quien no tardarás en hallar—añadió Alí.

—¿Quién te lo ha dicho, negro?

—¡La maga, señor, la maga!

—Es africana como tú, y á ambos ós puede costar la vida si molestáis demasiado á Pedro de Lara.

—Si otro lo intentara—replicó Alí enseñando sus preciosos dientes,—si otro, si otros lo intentasen y no pasaran de diez, morirían ellos; pero si tú la quieres, hela aquí, que tengo á gala el entregársela á mi señor.

—¡Noble eres y valiente, africano; yo te quiero y tú me atormentas!

—No, y mil veces no, que si vivo es por ti y para ti; que se acerque alguno y toque tu cruz, te mire ó enoje, y verás si yo te amo ó no.

—¿Por qué callas entonces lo que yo deseo saber?

—Si alguna cosa hago contra tu voluntad, cuenta, señor, que aquello te conviene.

—¿Luego sabes más que yo?

—Ahora sí.

—Hijo del desierto, ¿quién te lo ha enseñado?

—¡La maga, señor, la maga!

—¡Una linterna! que quiero ver otra vez la inanimada faz de mi pobre madre.

—¿Me aborreces, señor?

—¿A ti, al leal esclavo que salvó la honra y vida de mi esposa? Negro, cuando yo estoy en mi palacio eres mi amigo; cuando salgo, el señor de mi casa;

si alguno te desobedece, arrójalo por el balcón y bien muerto está.

—¿Te sigo al panteón?

—¿No te vistes?

—Lo haré después y mientras te cubres con tu manto.

—Pues coge la linterna y ve delante.

Así lo hicieron y comenzaron á descender una magnífica escalera de mármol; luego entraron en un ancho pasillo, después en un salón y seguidamente se detuvieron delante de una puerta de hierro. Lara oyó los acelerados pasos de un hombre que al parecer huía de ellos, y exclamó:

—Ningún habitante del palacio se hubiera atrevido á llegar hasta aquí. ¡Quién será el osado!...

—No lo sé.

—¿Acaso la maga, Alí!...

—O el ángel, señor, el ángel. ¿Abro la puerta?

—Sí.

Y los dos penetraron en un silencioso panteón donde había varias esculturas preciosas que representaban invictos héroes de la familia de Lara y cuarenta urnas funerarias, unas esperando ser ocupadas y otras encerrando los restos mortales de los que un día obtuvieron los primeros puestos de su país. Pedro contempló con religioso silencio aquel cuadro de muerte que tenía en derredor, se inclinó después ante el altar que había en un extremo del panteón y oró largo rato. Luego se incorporó, y brillando en su rostro la alegría, se dirigió pausadamente al centro del panteón, hizo uso de todas sus fuerzas, y destapando una de las marmóreas urnas, quedó fijo en el cadáver que se presentó á su vista.

—¡Madre!—exclamó con acento amoroso.—Sólo es dable al hijo de tus entrañas contemplar el polvo que un día fué carne humana, que no pudo ver, que no le dejó la suerte admirar. Dicen que eras hermosa, ¡qué me importa á mí! Fuiste el ángel á quien debí mi existencia; que estampó el primer ósculo amoroso en mi rostro infantil, y que llorosa abandonaste el mundo, sólo porque dejabas en él al triste huérfano, ol-



vidado de todos por espacio de veinticinco años. ¡Madre mía, otra vez me he visto obligado á verter la sangre de los Castros tus parientes; perdona el hecho, que harto sensible me fué, y á no haber sido ellos tan malos, los perdonara por ti, porque llevan tu apellido!

Y Pedro cayó á los pies del túbulo, y apoyando en él su cabeza comenzó á regar con llanto el frío alabastro de aquel pavimento. Después se puso en pie, besó el sudario que cubría los restos de su madre, cerró la urna y salió de allí, exclamando:

—¡Quién sabe si mañana vendré á haceros compañía por luengos años! ¡Quién sabe si en breve ocupará la estatua que me represente ese hueco fatal que parece atraerme á sí. Entretanto, esperadme tranquilos, restos de mis mayores, que ni mi pecho cobijará el temor, ni en mi alma estampará su huella hecho alguno indigno de este vástago infeliz de vuestra familia.

Y saliendo llamó á Alí; mas el negro había desaparecido otra vez, por lo cual cogió el Conde la linterna, cerró el panteón, subiendo nuevamente al piso principal de su alcázar. Con penetrante mirada fué observando el valeroso gigante á todos sus caballeros, dependientes y vasallos; pero nada notó en ellos que excitara sus sospechas.

—¿Dónde se halla Alí?—preguntó con indiferencia.

—Salió—le contestó el anciano Rodrigo.

—¿Hace mucho?

—No.

—Mi manto.

—¿Vais á partir solo, señor conde?

—Sí.

—Que el cielo os acompañe.

—¿Teméis que me suceda algo?

—Acaso; mas si son pocos, basta con vos; si fuesen muchos ya os salvarán.

—¿Quién, Rodrigo?

—Vuestro ángel bueno, señor.

—¿Dónde se halla?

—En todas partes.

—Pues corro en su busca.

Y desapareció, perdiéndose al poco tiempo entre las estrellas, tortuosas y

oscuras calles de la metrópoli de Castilla y de León.

Su clara inteligencia le hacía ver que en la indiferencia de sus más leales sirvientes y en el abandono de Alí había un misterio que todos trataban de ocultarle; pero su fuerte espíritu, su corazón de roca, sus incomparables bríos á nadie temían; todo lo desdenaban; con todo podían. Solo, sin cota de malla ni otro ataque y defensa que la delgada hoja de su espada, caminaba por el centro de un pueblo que le quería, de una nobleza que le admiraba, pero donde existía una terrible conspiración contra él y todos los suyos. Y no obstante esto, ni volvía la vista atrás ni temía á sus terribles rivales, ni suponía siquiera que se atreviesen á estorbar su paso. Lo mismo se hubiera batido con uno que con veinte; y en las tinieblas, como á la clara luz del día, es lo probable que diera fin de cuantos intentasen atacarle, si no pasaban de cuarenta; sus incomparables fuerzas, destreza y valor no tenían rival en el mundo. Sus enemigos eran también valientes y tenían la ventaja sobre él de no hallar armas ni medio que no les pareciesen buenos si conducían al fin deseado. Sepamos si en la terrible lucha á que los va á provocar sale vencido ó vencedor este hombre extraordinario.

#### CAPÍTULO IV

El conde de Lara, Sancho IV y Doña María Alfonso de Molina. — Sorpresa. — Misterio.

Eran las nueve de la noche cuando el hijo del Saucejo llegó á la puerta principal del real alcázar de Sevilla.

—¡Atrás!—le gritaron á la vez dos arqueros que estaban de centinela.

—¡Paso al conde de Lara!—exclamó; los soldados le abrieron calle y en unión de sus jefes se descubrieron, dejándole franca la entrada.

Pedro penetró en los patios del semi-gótico y árabe edificio, subió la escalera principal, y sin detenerse ni bajar el embozo, entró en las habitaciones inte-



riores. Pronto le detuvieron dos capitanes, preguntándole uno de ellos:

—¿Adónde vais?

—A la cámara.

—¿Qué pretendéis?

—Ver á S. A.

—Imposible.

—Esa palabra jamás existió para mí.

—Mucho vale esa cruz que ostenta vuestro manto; pero es superior vuestra altanería.

—Es que valgo yo más que esa insignia y que todos vosotros.

—Probadlo.

—Estoy ya cansado de hacerlo.

—Pues es preciso que lo verifiquéis de nuevo.

—¡Paso!...

—¡Atrás!...

—¡Miserables!— y dejó caer el embozo.

—Perdón, señor, que á saber quién erais, nuestros labios callaran y nuestras cabezas se descubrieran.

—¿Conoceis bien?

—¿Quién que tenga nobleza en el alma, valor en el corazón y fuerza en el brazo, podrá desconocer á Pedro el Temerario; á Pedro el Deseado?

—¿Luego vosotros no sois ingratos al amo que os paga, al señor que os protege, al rey que os tolera?

—Cuanto somos se lo debemos á Su Alteza, y por María y la Cruz, como dice á menudo el primer caudillo castellano, el invicto conde de Lara, que si por él vivimos, por el rey daremos nuestras vidas y haciendas.

—Estrechad mi mano, caballeros, y no temed, que si Lara ha tardado, llegó á tiempo de ayudaros á vencer. Me place que seáis de los buenos y nada en ello perdéis, porque á ser de los malos, era ya tiempo de ser acabados bajo la potente garra del león que dejasteis de esperar.

—Gracias, señor, que es gran merced estrechar una mano que estrecha, anonada y confunde, á los que en estrechos y ocultos lugares se refieren sus cuitas, fraguan sus planes y pretenden estrechar, anonadar y confundir á los buenos. No llegáis tarde, señor, que aun vi-

ven SS. AA. y viene con vos el que todo lo pudo un día y el que todo lo puede hoy; que es tan inmenso su poder que puede tanto como quiere que pueda su poderosa imaginación.

—¿Está el Rey?

—En cama.

—¿Y su esposa?

—Dicta órdenes desde su regio asiento.

—¿Me acompañáis á su cámara?

—De heraldos ó de sirvientes, como vos queráis.

—Id delante, mancebo, pero dejad que yo me anuncie.

Los tres cruzaron varios salones, separaron después á un mayordomo que intentaba detenerlos, abrieron la puerta de la cámara real, entraron, y mientras los capitanes se situaban á la izquierda de S. A. llegó Lara, inclinó la rodilla izquierda, besó la mano de Doña María Alfonsa de Molina y alzando su brazo derecho exclamó:

—Los reyes deben velar día y noche por la felicidad de sus pueblos.

Hubo un momento de pausa; la Reina miraba á Lara sorprendida, confusa y aturdida: levantó la mano izquierda y quiso hablar, pero le faltó la voz. El Conde continuó:

—Así anhelaba hallaros, así creí encontrar á la poderosa reina de Castilla y de León, dictando órdenes, velando por su pueblo y luchando día y noche contra la rebelión y los miserables que la provocan. Llamasteis á Dios y no desoyó vuestro ruego; preguntasteis por Lara y os escucharon; le mandasteis venir y aquí le tenéis, que Dios es justo, vuestra causa también y el caballero no tiene esposa, padres, amigos ni afecciones cuando el deber lo llama, cuando la justicia lo atrae. ¡Si mi ausencia aumentó el número de vuestros enemigos, las traiciones, vuestro dolo y desventura, el mago que vino de Jerusalén curará las dolencias y el brazo que protege el cielo, confundirá la ruin polilla que intenta carcomer el trono de mis reyes!

—¡Lara, ha un momento lloraba por la suerte de mi amado pueblo; me sentía débil, afligida, temerosa; temblaba mi mano al trazar esas líneas y daba cortos



intervalos á mi amargura con ayes que dirigía al cielo! Mas os he visto; he contemplado la hidalguía castellana en vuestra frente; llegó á mí vuestro poderoso aliento, y la reina que poco á poco, de pena en pena, de dolor en dolor, de abrojo en abrojo, se trocó en débil mujer, temerosa y abatida, cambió de pronto en soberana. Ha un momento besasteis la mano de una mujer; mas ahora, dijisteis bien, os halláis delante de la

—¡Os halló por fin el quinto emisario!  
—Conmigo naufragó y aun cuando le busqué no pude encontrarlo, perdido entre las ondas de aquel rugiente é inmenso Océano.

—¿Luego pereció vuestro buque?

—Sí, señora.

—¿Quién os libró de morir?

—Dios.

—¿Sabéis que Sancho se halla enfermo ha dos meses?

—Sí; ¿pero no está mejor?

—Al verosestanoche creo que sanará del todo. ¡Cuánto ha suspirado por el conde de Lara! ¡Cuánto ha sufrido en su argustioso lecho!

—¿Me dejáis que le vea?

—Ni él ni yo deseamos otra cosa.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Antes conviene que lo prepare; la alegría que va á sentir pudiera serle funesta. Esperad un poco, Conde, que pronto vuelvo. Seguidme vosotros, capitanes.

La Reina abrió sin hacer ruido una puerta de su cámara que daba paso á la inmediata alcoba donde dormía con sueño intranquilo el bravo señor de Castilla, dejando solo á Pedro el Temerario. Este comenzó á pasear por la estancia, cuando de

pronto vió á su lado y vestido de escudero á su valiente africano. Lara le miró con sorpresa, preguntándole:

—Alí, ¿cómo has llegado á esta cámara? ¿Quién te aconsejó penetrar hasta aquí?

—¡La maga, señor, la maga!

—¿Qué quieres?

—Verte.



—Alí, ¿cómo has llegado á esta cámara?

reina. ¿Cómo está Blanca, vuestra esposa, mi hija, mi hermana; esa dama tan valerosa como vos, tan bella como los ángeles?

—La he dejado buena; ansiaba acompañarme, mas tuve miedo de que llegara aquí antes de acabar con tanto hipócrita como al partir se arrancó la careta.



—¿Para qué?

—Para hablarte.

—Hazlo pronto.

—Da tu nombre á todo el mundo; descubre tu faz y que nadie ignore que te hallas en la corte.

—¿Quién lo mandó, Ali?

—¡El ángel, señor, el ángel de la cruz roja!

—Negro, ¿dónde está?

—Cerca de aquí.

—¿Podré verlo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¿Sin celada, embozo ni careta que cubra su faz?

—No lo sé.

—No importa, yo descubriré su rostro.

—¡Si tal hicieras, Pedro, si tu mano tocase la ropa del ángel, lágrimas de dolor verterían tus ojos!

—¡Pedro! ¡Pedro!—exclamó la enferma voz de don Sancho.

Al escucharla, desapareció el africano, salió la Reina y Lara corrió en busca del Soberano.

—¡Lara!...

—¡Señor!...

É incorporándose en su lecho, abrió el Rey los brazos, aprisionó en ellos á su valeroso amigo y ambos cayeron sobre la almohada.

Doña María Alfonsa de Molina vio esta escena desde la puerta, se limpió dos lágrimas que surcaban sus preciosas mejillas, y sentándose sobre el mismo sillón que anteriormente, exclamó:

—¡Todo lo merece ese gigante de la tierra! ¡La nobleza de su alma, la hidalguía de sus acciones, valor, destreza, fortaleza de espíritu, todo en él es grande, poderoso, sublime! ¡Feliz yo que cuento ya con su brazo; dichosa Blanca que tiene su corazón!... ¡Temo, no obstante, por él; presiento que sus terribles enemigos, que mis contrarios lo asesinen!... ¡Es tan leal y ellos tan malvados!... ¡Oh; miles de puñales estarán alzándose ya contra su varonil pecho! ¡La traición, la infamia y la cobardía le pondrán en cada calle una emboscada, una

daga en cada esquina, una celada en cada edificio!... ¡Y lo asesinarán villanamente, rodará el trono de mi esposo, mancharán de sangre hasta la púrpura real, y con Lara, todo se habrá perdido!... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Quién velará por él, quién escudará su vida de tanta alevosía!...

—¡Yo!—le contestó una voz fina como la de una mujer, dulce como la de un ángel, agradable como el trino del ruiseñor, imponente como la de la majestad.

—¡Tú!... ¿y quién eres tú, que penetras en mi cámara, sorprendes y espías á tu señora?

Y la Reina se puso en pie, retrocedió dos pasos y quedó frente á frente de un guerrero cubierto con armadura y escondida la faz con la celada. Sobre el costado izquierdo llevaba una cruz roja y en el centro del pecho ostentaba el regio escudo de armas de la casa de Molina. Era el mismo que mandaba los quinientos zegríes y que tanto excitó el interés del conde de Lara.

—¿Por dónde has entrado?—le preguntó la Reina con chispeantes miradas y temblando de ira.

—Por esa puerta secreta.

—¿Quién te la abrió?

—El oro y este regio escudo.

—¡Sí, la traición y la infamia!

El joven guerrero se acercó con pausa á la Reina; se alzó un poco la celada y la preguntó:

—¿Os asusta este traidor?

Y volvió á cubrirse el rostro. Doña María echó dos pasos atrás, se restregó los ojos como queriendo salir de un sueño, como dudando de lo que veía; se agolparon las lágrimas á sus pupilas, cayó sobre el guerrero, y abrazándose á él, gritó:

—¡Bendito tu valor, bendita la mano que te ha empujado hasta aquí!

—¡Silencio!—exclamó el de la cruz—si nos oyen todo se ha perdido.

—¡Silencio!—repitió la Reina—contigo todo se ha ganado.

Y continuaron abrazados; pero el Rey había escuchado las voces de su esposa, se incorporó cuanto pudo sobre la cama,



y viéndola abrazada á un hombre, exclamó:

—¡Maldición sobre vosotros, asesinos de mi honra!

Y quiso arrojarle sobre ellos; mas Lara le contuvo diciéndole á la vez:

—¡Deteneos, señor! Para él basto yo, para ella sobra V. A.

Y corrió al grupo que formaba Doña María y el incógnito y alargó la mano para coger al guerrero y estrellarlo contra el pavimento; mas vió la cruz y el escudo de armas de éste, sintió el fuego de sus ojos, vaciló, quedando como anodado. La Reina cubrió al joven con su cuerpo, y siempre abrazada á él, le dijo al Conde:

—¡Guay si tocáis su armadura; lo defienden sus soberanos!

Y sin soltarlo llegó á la cama de su esposo, le alzó un poco la celada, sin que Lara lo viese, y se la volvió á bajar. D. Sancho, asomando á su rostro una alegría febril, exclamó:

—¡Ah!...

Y tendiéndole una mano á su esposa, añadió:

—Perdona, María; mi ardiente amor hacia ti me hizo sospechar de dos ángeles.

Lara continuaba en medio de la cámara, confuso y aturdido por el mágico influjo que había ejercido sobre él el flúido magnético del incógnito. El monarca se apresuró á sacarle de aquel estado con las siguientes frases:

—Conde, amigo mío, llegad aquí, cerrad esa puerta y sentaos. Ambos nos equivocamos; este valiente guerrero es un pariente muy allegado de mi esposa; se aman mucho, pero su cariño es tan puro y santo que á nadie ofende.

El Temerario obedeció al Rey maquinalmente, quedando los cuatro mirándose, con sorpresa, interés y misterio.

A veinte pasos de allí sonreía maliciosamente el leal africano de Lara. En la plaza real y tendida sobre el frío suelo se hallaba la maga de las Alpujarras. En las calles que desembocaban en torno del alcázar estaban quinientos caballeros zegríes, los más valerosos y apuestos que tenía su poderosa tribu y

el reino de Granada, y al frente de ellos sobre su alazán tostado, de sangre árabe, permanecía inmóvil y altanero el arrogante escudero del joven incógnito de la cruz roja.

Los cobardes enemigos de Lara temblaban; los atrevidos afilaban las puntas de sus puñales, la ciudad continuaba tranquila, triste, oscura y solitaria; la Providencia se hallaba en este momento velando por el trono de Castilla y de León y por el incomparable Lara, amigos y parciales.

## CAPÍTULO V

### Historia de Lara

Pedro el Temerario se sentó á la derecha y junto á la cabecera del lecho de D. Sancho, el incógnito al lado opuesto y Doña María Alfonsa de Molina próxima al de la cruz roja. El rostro del monarca se iba poco á poco animando, siendo lo más notable que la enfermedad parecía huir de él de un modo visible y rápido. Miraba continuamente al caudillo del Sancejo, sacudía su negra melena y alzaba la vista con una satisfacción que ha tiempo no sentía. La llegada del Conde no sólo desterró sus pesares, si que también aminoró sus dolencias, cuando no las destruyera del todo. Pedro y el encubierto se lanzaban mutuas miradas, profundas, escudriñadoras, constantes, y la Reina, que cada vez se acercaba más al último, miraba al uno con esperanza y al otro con pasión. Reinaba en la estancia un profundo silencio, pero interesante, significativo.

El Rey cogió por quinta vez entre las suyas la mano de su amigo Lara, trocó una inteligente mirada con el incógnito, y le dijo á aquél:

—Pedro, hace año y medio que dejamos de vernos; vuestra partida comprometió mi causa, acibaró nuestra existencia y nos condujo al estado más deplorable; pero regresáis bueno; nos queda tiempo para destruir la maldad que se extiende y aumenta por mis reinos, y opino que dejemos para mañana, en que, Dios mediante, espero abandonar el le-



cho, el ocuparnos de los asuntos de Estado. Entretanto, referidme la causa que os ha retenido en Jerusalén, pues infiero que debe ser grave y creo que su relato nos ha de interesar. No temáis por mí, me hallo bien, mi cabeza se va fortaleciendo y os oiré con el mayor gusto. Hablad, amigo mío; pretendo adivinar el motivo de vuestra tardanza y anhelo escucharlo de vuestros labios.

El Conde dejó de mirar al de la roja cruz, el cual continuaba siempre con el rostro perfectamente cubierto, y fijándose en Doña María, la preguntó:

—¿Señora, opináis como vuestro esposo, ó creéis que podrá perjudicarle su relato?

—Antes por el contrario, noto con placer que vuestro acento reanima la vida que ha poco consumía la enjermidad de Sancho. Hablad, amigo mío, yo os lo ruego también.

Lara reconcentró sus ideas, alzó después la vista, exhaló un suspiro que sólo él sintió, y dijo:

—No es sólo en Castilla y León donde se presenta la traición y la infamia: hasta en los desiertos de la Arabia las vi potentes anhelando triunfar de los buenos. Hasta en aquella abrasada zona contemplé á un poderoso de la tierra persiguiendo, acuchillando á hombres y mujeres que inocentes caminaban al antiguo y solitario retiro de Mahoma, donde un débil anciano pretendía inclinarse y orar. Dios es la suma bondad, la misericordia infinita, mas ¡ay! ambas hacen falta á unos seres tan depravados y malévolos. ¡Miseros de nosotros en aquel supremo instante en que la justicia divina reemplaza á tan sublime bondad y misericordia!

Calló Lara, se limpió el sudor que humedecía su frente, y continuó:

—Después de la noche de mi boda, pasé diez días en mi palacio de Osuna contemplando á mi padre, viendo el ejemplo de virtud y abnegación de mi suegro Mahomad Zegrí, estrechando á mi casta y angelical esposa y aspirando entre las flores el ambiente de la mañana, el viento del día y la brisa de la noche. Era un edén, donde de dicha en dicha,

de placer en placer y de deleite en deleite, cruzaba mi vida riente y agradable como la aurora, ardiente como el Sol, sosegada como la noche y feliz como la bella hora en que la rosa abre su cáliz para saludar al nuevo día de su principio y de su fin. Mi esposa me adoraba, me amaban mis padres y no había un solo ser de cuantos me rodeaban, que no viese en su señor la égida de su existencia, el báculo de su vejez. Pareciéndome poco aquel paraíso con sus flores, encantos y dichas, corrí con mi idolatrada Blanca al castillo del Saucejo; solos, entre aquellas agrestes breñas, nos requeríamos por la mañana, nos enamorábamos por la tarde y bendecíamos á Dios por la noche. Cada tres días bajábamos á Osuna, comíamos con nuestros padres y en disputada carrera cruzábamos los montes, los cerros, las empinadas cuestas y los bordes de los precipicios. Sobre un caballo negro, bajo, corto, redondo, de piel fina, de ojo ardiente, de sangre pura de la Arabia; con su precioso traje blanco de odalisca, sus sombras de carmín sobre campo de azucena, su pie diminuto y su mano de seda, corría Blanca siempre delante de mí, más diestra, hábil y atrevida que yo. Mi corazón latía fuertemente, estallaban mis sienes y temblaba todo mi ser al ver cuál se precipitaba por las terribles cuestas, las empinadas montañas y los insondables abismos. La llamaba, quería detener su vuelo y hasta la imponía una prudencia que yo no tuve jamás. «Temerario—me decía—¿te asustas de tan poco?, pues mira» y saltaba una zanja tan peligrosa que me obligaba á apartar la vista del sitio aquel. Luego reía fuertemente, los cóncavos repetían los ecos, el suelo dibujaba su perfecta figura, me daba un adiós y aquel ángel desaparecía de mi vista para encontrarme después en un recodo del camino, darme un beso más dulce que el placer, burlarse de mi miedo y encargarme la prudencia que yo le había recomendado. Su caballo era el cuerpo del ave, Fátima las alas y lo escabroso del monte el espacio por donde cruzaba la paloma, sin temor ni peligro alguno. ¡Dios conserve



su existencia si yo he de vivir en el mundo!

Lara volvió á limpiarse la frente, los reyes le miraron con interés y el incógnito arrojó de sus ojos dos lágrimas nacidas en el corazón y ocultas cuidadosamente con su celada. El primero prosiguió:

—Un día hallamos á mi padre y á Mahomad Zegrí más cariñosos aún que de costumbre; se miraban continuamente hasta que uno de ellos nos dijo en breves palabras y con tierno acento, que Mahomad deseaba orar en el sepulcro de Mahoma y D. Manrique en el monte Calvario. Mi esposa dió asentimiento con la vista á tal proposición y yo les contesté: «Padre mío, iremos primero á la Meca y luego á Jerusalén, y de este modo cada cual podrá cumplir el voto que ha tiempo tiene hecho. Fátima y yo, á vuestro lado, correremos las inmensas llanuras del Africa primero, cruzando después los montes de la Siria y admirando por fin el pico Himalaya del Asia.»

Quince días después, vestidos todos de zegríes, partimos en dirección de la costa marroquí. Nos acompañaban el señor de Márcia, que continuó sirviéndome de escudero, veinte caballeros castellanos, otros tantos musulmanes, parientes de mi esposa y hasta cien individuos más entre doncellas, pajes y sirvientes. De este modo llegamos á Tarifa, y en un buque árabe nos hicimos á la vela, desembarcando en Tánger. En este hermoso puerto formamos una caravana y acompañados de cuatro guías prácticos en la marcha que íbamos á emprender, nos dirigimos á la Meca. Guardábamos el más riguroso incógnito, mas yo imaginaba, con sobrada razón por desgracia, que llegaría á noticia de Jacob, rey de Fez nuestro arribo á sus estados; pues era demasiado dilatada nuestra comitiva para que el secreto pudiera estar guardado mucho tiempo; en cuyo caso era lo probable que el monarca marroquí intentase vengar la derrota que le hicimos sufrir al pie de los muros de Córdoba. Por eso dispuse que caminásemos inclinandonos siempre á la izquierda, con ob-

jeto de no perder la costa del Mediterráneo, y en caso de ser atacados por fuerzas superiores podernos embarcar en el puerto más inmediato. Esto hasta que, dejando á Fez atrás, pudiéramos dirigirnos á la Meca sin peligro alguno. Así continuamos por espacio de diez días, atravesando áridos desiertos, hermosas campiñas, ásperos montes y un terreno, en fin, abrasado por los ardientes rayos del Sol. Llegamos á Harach, descansamos dos días, tomamos las provisiones necesarias y nos dirigimos á Yedi, para desde allí seguir ya directamente á la Meca. Mis presentimientos se realizaron. Á los quince días de marcha y cuando nos encontrábamos á la mitad del extenso despoblado que separa á Harach de Yedi, nos avisaron nuestras avanzadas que venía en seguimiento nuestro una cohorte inmensa de jinetes. Les salí al encuentro y bien pronto me convencí de que era cierto lo que acababan de participarme. Sabedor el rey Jacob de nuestra larga permanencia en su país, mandó mil caballos con orden de atacarnos y dar fin de todos nosotros. Nos encontrábamos á diez leguas de Harach, á cinco de Aguita y á siete de Yedi, y éramos sólo cien hombres contra los mil; la defensa debía ser hija de la desesperación, la victoria segura para ellos y la muerte para nosotros. Felizmente estaba anocheciendo, teníamos cerca una hermosa campiña donde por el pronto pudimos internarnos, y allí pensar el modo de morir lo menos incómodamente posible á manos de aquellos cafres. En trance tan terrible vi con satisfacción que hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, todos oyeron sin palidecer la triste nueva que acababa de darles. La noche cubrió la tierra con su negro manto, nos apiñamos en el centro del bosque, sintiendo á la vez el lejano piafar y relinchos de los caballos que poco á poco nos iban rodeando con ánimo, al parecer, de caer sobre nosotros al asomar la aurora. En vano buscábamos un medio de librar la vida; éramos pocos, desconocíamos el terreno y nada llegaba á nuestra mente que al menos aminorara el peligro. Llevaba á la sazón mi



amada esposa un valeroso africano llamado Alí, el cual reunía á su excesivo valor una privilegiada imaginación. Este negro nos oyó hablar, y no obstante el conocimiento que tenía del sitio donde nos hallábamos, permanecía callado, inclinada la frente y como meditando. De pronto alzó la cabeza, sonrió, y dirigiéndose á mí, me dijo: «Amo mío, si tú quieres aceptarlo, creo haber hallado un medio que te librará de morir.» Habla, Alí—le dije,—y sepamos qué medio es ese. «Señor—añadió,—á legua y media de aquí, están las montañas del Riff que se extienden hasta la orilla del Mediterráneo y se elevan al cielo. Amo mío, rompamos la línea enemiga, internémonos en el monte antes que nos alumbre el Sol y nos habremos salvado.» Todos aprobamos la idea del negro, bien es verdad que no era fácil hallar otro mejor. Formamos, pues, nuestra vanguardia, centro y retaguardia, y unidas las tres masas partimos. La primera la componíamos mi escudero Márcia, Alí, los veinte caballeros zegríes y yo; en la retaguardia iban los castellanos y diez sirvientes; en el centro los ancianos, mujeres y restantes criados. Caminábamos con precaución y haciendo el menos ruido posible, hasta el punto que conseguimos llegar á cien varas del círculo enemigo sin ser vistos ni oídos por aquél. En este instante, oí una voz que gritó: «¡A mí, zegríes!» Y partiendo como un rayo, se adelantó mi esposa seguida de los veinte caballeros musulmanes. Un instante después chocaron los aceros, corría la sangre, y Blanca y los suyos habían dado fin de los primeros marroquíes que se les presentaron. ¡Qué valor de mujer! ¡Qué destreza! ¡Qué serenidad! Cuando llegamos mi escudero y yo, entre ella, su temerario negro y los zegríes, habían roto el círculo y abierto paso, por donde todos cruzamos con la rapidez que nos permitía la espesa arboleda y la oscuridad de la noche. El enemigo se rehizo, reconcentró sus fuerzas y nos picó la retaguardia, en cuya lucha recibí una herida y perdí diez hombres, si bien matamos gente sin cuento, siendo Blanca la más audaz, la

más diestra de cuantos estábamos allí. ¡Qué noche me hizo pasar! No oía mis ruegos, ni escuchaba mis órdenes; antes por el contrario, y convertida en general, mandaba, dirigía sin dejar de atacar. Por último, llegamos á la falda del monte, guiados siempre por el intrépido Alí, abandonamos cabalgaduras, provisiones y cuanto llevábamos, á excepción de las armas, el oro y la ropa que nos cubría, y auxiliando á los ancianos y á las mujeres, trepamos tan ligeros como el águila por entre aquellas agrestes breñas, internándonos en dirección de la costa. De este modo pasamos toda la noche. Al amanecer, sólo vimos el cielo, los montes, precipicios y unas empinadas sierras que parecían confundirse con el firmamento. Sobre el duro suelo hallamos reposo, y á las seis horas partió Alí con orden de averiguar la suerte que el destino nos deparaba en tan agrestes lugares. El negro recorrió parte del monte, observó al enemigo, volviendo con las manos y los pies ensangrentados, rotas las vestiduras y en un estado terrible de cansancio y debilidad. «Los soldados de Jacob, me dijo, desesperados, no sólo porque se les haya escapado la presa que tanto les encargó su amo le llevasen, sí que también por la muerte de su caudillo y varios de los jefes principales, están sublevando todo el Riff y en breve harán imposible nuestra huida, viéndonos obligados á perecer á sus manos sin defensa posible. Creo, señor, que debemos ganar á todo trance la costa sin abandonar un instante estas escabrosas montañas.» Alí era el único que conocía el terreno y la ferocidad de los montañeses rifeños; por cuya razón no dudamos un momento en seguir su consejo. Otro hubiera sido mi deseo, otro mi anhelo, otra mi huida; con mi escudero, el leal y valeroso Alí y mis veinte caballeros castellanos habría penetrado en el corazón del enemigo, y la muerte ó la victoria me abrirían camino seguro. Jamás conté el número de mis contrarios ni me impuso la calidad de ellos, mas ¡ay! tenía al lado á la más intrépida de las mujeres, á mi varonil esposa.



tan audaz como todos nosotros juntos, y por primera vez en mi vida temblaba, no al recordar que tenía que velar por ella, al pensar que no podía sujetarla, que su heroísmo la precipitaba en medio de aquellos tigres sin corazón ni piedad. Ya saben VV. AA. cuánto me ama, ¡qué obediente y sumisa es á su adorado Pedro! pues bien; en el momento que siente al enemigo, que lo ve, que lo percibe, ya no me oye, escucha ni atiende; fija en la idea de arrollarlo, vencerlo y confundirlo, no obedece más que al irresistible genio que la abstrae, domina y conduce á la victoria. Tenía además cerca de mí á mi anciano padre que tanto había sufrido por espacio de veinticinco años, al desventurado Mahomad Zegrí, á diez doncellas y seis pajes, y ante la imperiosa necesidad bajé la cabeza y continué siguiendo á Alí, ocultándome entre las breñas del Riff. Veinte días pasamos durmiendo sobre las rocas, alimentándonos de la caza y sufriendo continuamente el hambre, la sed, la tristeza y el insomnio. No obstante aquellos rigores, aquel padecimiento sin intervalos, sembraba continuamente la alegría á mi desventura. La más fuerte de todos era mi esposa; el Sol parecía respetar su blanquísima piel; los vendavales matizaban sin herir su preciosa epidermis; sus ojos despedían un fuego que nada podía extinguir; y en sus labios de coral brillaba día y noche una sonrisa terrible cuando miraba al sitio hacia donde estaban mis enemigos, dulce y tierna como el amor cuando se fijaba en mí. Llegamos por fin á la costa, pero la hallamos desierta, árida, montuosa y por ella caminamos, comiendo mariscos y durmiendo sobre la arena; dejamos la sierra, más nos siguió el hambre, la sed y los andrajos con que cubríamos nuestras carnes. Tornó á partir mi fiel africano y regresó á los seis días con la noticia de que teníamos el enemigo á tres leguas, el cual, aumentado considerablemente, rodeaba los montes, llegando hasta la misma orilla del mar. Anduvimos una legua más y asaltando quince cabañas que encontramos esparcidas en la playa, ma-

niatamos á sus dueños para que no pudiesen descubrirnos al enemigo, y allí pasamos tres meses perfectamente resguardados de los rifeños y soldados del rey de Fez. Los dueños de las cabañas tenían lanchas y redes, pescábamos para alimentarnos, habiendo situado una de las primeras en alta mar, la cual, al cabo de ese tiempo, divisó un buque inglés, cuyo patrón no halló inconveniente en llevarnos al Cairo, mediante una gran recompensa. En los mismos botes que apresamos á los dueños de las cabañas llegamos al buque británico, y gracias al mucho oro que pudimos salvar y á la desmedida ambición del jefe del barco, fuimos dueños de cuanto éste llevaba en cámaras, ropas y alimentos. Nuestro destino no se había cansado todavía de hacernos padecer; soplaron los fuertes vendavales y cinco veces creímos naufragar en el espacio de ocho días. A éstos siguió una terrible calma que nos tuvo dos meses sin poder andar una milla por día; se concluyeron los alimentos y volvió á sitiarnos la muerte, más segura y feroz al parecer que nunca. A la tercer noche de agonía arreció el viento, y en pocas horas pudimos, cerca de Trípoli, proveernos de cuanto nos hacía falta. Desde allí seguimos ya viento en popa hasta frente de Alejandría, donde desembarcamos, siguiendo por tierra hasta el Mar Rojo; cruzamos éste y volvimos á desembarcar, y ya en la Arabia recorrimos Medina, Jambo, la Meca y Djedda. Estábamos en el imperio turco y en un país donde Mahomad Zegrí tenía parientes, amigos y valimiento; el padre de Fátima y los zegríes oraron en el sepulcro de Mahoma, mientras nosotros los cristianos recorrimos en briosos corceles árabes el escondido retiro donde el falso profeta escribió su célebre Alcorán. Luego contemplamos los monumentos y sitios que recordaban las batallas ganadas por aquél; vimos las tribunas y eminencias desde las cuales predicaba, convencía ó fanatizaba á unas tribus semisalvajes, pero entusiastas, independientes, formando de ellas un pueblo al que, malas ó buenas, les dió leyes, dog-



mas, destruyendo la adoración á las estrellas, los sacrificios á los ídolos y la creencia en genios y sortilegios que los sabeos é idólatras antiguos habían legado á la familia árabe. Vimos la casa de la judía Khaiban y el sitio donde esta vengativa mujer sirvió al supuesto profeta el cordero envenenado que causó su muerte cuatro años después. Corrió la voz por Oriente de nuestra llegada y fueron los principales personajes de Asia á felicitarnos y á ofrecernos cuanto pudiéramos necesitar. Palacios, ricas sedas, presentes fabulosos, con todo se nos brindó, viéndonos obligados á aceptar parte de tan preciosos regalos. Al año de haber salido de Osuna dejamos la Arabia y nos dirigimos á la Siria, encaminándonos directamente á Jerusalén. Los zegríes nos abandonaron entonces á nuestras oraciones, y mi padre, esposa y demás cristianos que me acompañaban, inclinamos nuestras frentes en el Gólgota y ante el sepulcro del Divino Hijo de Dios. Al besar aquel privilegiado monte, testigo perenne del primer sacrificio habido en el mundo, de la redención del género humano, se ensancharon nuestros corazones, se robustecieron nuestras fuerzas y dimos por bien empleados los tormentos, sinsabores y penas que habíamos sufrido. Regamos con llanto aquel camino de amargura y aquellos sitios de eterno recuerdo, y noté con satisfacción que mi padre parecía rejuvenecer en aquel lugar tan digno de admiración. A su ruego, y con el beneplácito de mi esposa y mío, recorrimos la Siria y el Egipto. ¡Qué momentos tan gratos pasamos sobre las pintorescas colinas, en las orillas de los lagos, en los huertos de olivas! A pesar de haber transcurrido trece siglos, todavía contemplamos la huella de aquel pueblo habitado un día por judíos, helenos y romanos; allí estaba aún la mano del conquistador Pompeyo, la planta del opresor Herodes, el suelo devastado por Tito, los restos de las cincuenta ciudades y novecientos ochenta y cinco pueblos aniquilados por Adriano. Por las noches reunía en torno á algunos incrédulos y les leía las profecías que sobre

el Divino Salvador habían escrito Abel, Isaac, Jacob, Joseph, Moisés, Josué, Geodón, Sansón, David, Salomón, Jonás, Daniel, Ageo y Malaquías, y por el día les enseñaba los sitios donde habían tenido lugar aquellos acontecimientos profetizados muchos siglos antes de suceder. El orbe estaba en guerra, les decía, y según el anuncio de los profetas, llegó el año 4004 del mundo y cesó el estruendo de las luchas, se cerró el templo de Jerusalén y la poderosa reina de Egipto, el nuevo rey de los árabes, el de Armenia, el de los partos, los escytas, los sarmatas, los reyes de la India y hasta la misma China imploraron la paz; y el reinado de Augusto se prolongó tranquilo y pacífico para recibir al príncipe de la Paz, nombre que dió al Salvador muchos años antes de nacer el profeta Isaías. No olvidaré nunca la impresión que causó en mí la vista del pequeño pueblo de Nazareth y aquella gruta cortada en la roca donde la Virgen María habitó los primeros años de su preciosa existencia. Creía ver todavía la privilegiada casa de la Virgen rodeada de montañas; me parecía contemplar á los hijos de la tribu de Zabulón descender por los montes seguidos de sus rebaños: aquello era todavía para mí la antigua y baja Galilea con los encantos que la Naturaleza tuvo á bien otorgarla y el resplandor que aún le presta el nombre de María, que yo leí en las aguas, en las montañas, en el Sol, en el Cielo que nos cubría y en el suelo que pisaba con temor y respeto. Desde allí pasamos á Bethlen, antes Epiphatha, mezquina villa hoy de la antigua Judea, trayendo á nuestra memoria el nacimiento del Rey de reyes en el mísero portal, cuyo sitio teníamos en frente. En las orillas del Jordán, en el desierto de la Cuarentena, en la gruta rodeada de escarpadas rocas, de horribles precipicios, donde el Salvador pasó los cuarenta días de ayuno y penitencia; en Caná, en el lago Tiberiades, en Samaria, en Jethsemaní y en todos los sitios y lugares, en fin, de la Siria, donde tuvieron efecto las predicaciones, los hechos ó los acontecimientos que motivó la presencia del Hombre Dios, allí nos



deteníamos, orábamos y creíamos contemplar la divina figura del piadoso mártir del Calvario. Nuestro espíritu se ensanchaba, llegaba á nosotros una satisfacción, un dulce placer santo, inesplicable, dichoso. Noventa días de calma sin tregua, de recogimiento sin dolor, de una vida sin mancilla, aflicción ni dolor; tres meses sin experimentar los efectos de la ira, del orgullo, de la vanidad, de ninguna pasión bastarda. Noventa días, señor, en los únicos que no hubiera echado de menos á mi esposa, á mi padre ni á mis parientes y amigos.

¡Corto período de mi existencia, donde me acerqué á las gradas del trono de Dios! Allí lo veía, lo amaba como nunca, lo admiraba como jamás. ¡Cuán grande es todo aquello, señor! ¡Qué de recuerdos emanan de su suelo, de sus piedras, de sus montes, de sus árboles! ¡Qué dicha halla el cristiano en la rojiza auro-

ra de la Siria; en los ardientes rayos de su sol; en el suave ambiente que se respira; en los objetos que se ven; en las sensaciones que se experimentan; en el consuelo que se recibe! ¡En tan bendita tierra todo es grande, sublime, no obstante lo cual, se halla en poder de mahometanos; de esa raza torpe y fanática que cree en los cuentos de Mahoma, adora y ensalza á un poeta que tuvo el privilegio

de inventar patrañas para hacerse rey y vicario de un pueblo crédulo é ignorante! ¡Mengua y baldón para los valientes que ostentamos una cruz en nuestro pecho y dejamos abandonada al poder mahometano la tierra santa, donde tuvo origen la Divina, la verdadera cruz! Perdónenme VV. AA. si me he extendido más de lo que debía, si he abusado de vuestra paciencia.

—No, amigo mío—le replicó el Rey—oyéndoos hemos recorrido el Africa, la Arabia y la Siria; y participando de vuestras ideas y creencias nos hemos

juzgado en Jerusalén, bendiciendo al Hijo de Dios y desdeñando nuestro poder, el cual debe valer bien poco cuando tolera y consiente que el Jordán riegue todavía el suelo mahometano. Continúa, Pedro; al oírlo, desaparece mi mal, se aumentan mis fuerzas y siento palpitar de alegría mi corazón.



—Gracias, noble señor.

—Gracias, noble señor; y toda vez que lo desea así V. A. prosigo: Era una tarde de hermosa primavera en aquel delicioso país; me hallaba rodeado de mi esposa, padre, suegro, amigos y caballeros del Asia, y con entusiasmo creciente les hablaba de Jerusalén y les ofrecía no abandonar en mucho tiempo aquel sagrado suelo. De pronto, y sin anunciarse llega hasta nosotros un ca-



ballero castellano, el cual, amante de su monarca y arrojando peligros sin cuento, había cruzado los mares, acortado la distancia, y hambriento, vestido con andrajos y enseñando sangre de las heridas que recibió en su largo viaje, me saluda y exclama: «Conde de Lara, nuestro soberano D. Sancho IV se halla postrado en el lecho; su reino en revolución, pelagra el trono, y vos, su primer baluarte, os encontráis tan distante que no han podido dar con vos los cuatro emisarios que me han precedido. El Rey os llama, señor, y es tan inminente el peligro, que si no corréis, tarde llegará la esperanza, el sostén, el salvador de S. A. Este pergamino confirmará lo expuesto, tomad; mi señor estampó su firma; vedla: llevo tres días sin descanso, uno sin comer y ciento de sufrir; mas si os halláis dispuesto partiremos á Sevilla en este momento.» Leí, se humedecieron mis ojos, sentí por primera vez ira en aquel santo lugar, besé la rúbrica del escrito y contesté al mensajero: «Comed, dormid, que á las cinco horas de haber llegado regresaréis conmigo á Sevilla en un caballo tan ligero como el viento, en un buque tan rápido como plazca á los aquilones. Mi mesa os espera; mi propio lecho os aguarda, y un traje zegrí con espada castellana os defenderán del tiempo y de los hombres. Partid, que mi escudero os guiará». Las breves, pero significativas frases que estampó vuestra regia mano en el pergamino y el relato del valeroso mensajero, me impusieron de cuanto acontecía en el reino. En consecuencia hablé á mi esposa para que se quedase en Jerusalén rodeada de sus padres y de cuantos me siguieron. Blanca, con una abnegación que me llenó de agradable sorpresa, se avino á que partiese solo, sin imponerme otra condición, que la de ser acompañado día y noche por su negro Alí, fiada sin duda en la lealtad y valor de ese africano. Mi padre y el suyo aplaudieron su resolución, y cinco horas después los estreché á todos, monté en un caballo árabe, y seguido del castellano y de Alí, crucé parte de la Siria, nos embarcamos luego y llegamos con

toda felicidad hasta dar frente y vista á las costas de mi querida patria. ¡Pronto dió fin la grata impresión que recibimos! Serían como las cuatro de la tarde cuando nos vimos envueltos en una horrible tormenta que intentaba arrojar el mar sobre la tierra; el trueno sonaba de una manera espantosa; silbaba el huracán y el barco que nos conducía era juguete de unos montes de agua que le empujaban en diferentes direcciones. Poco á poco fuimos perdiendo toda la obra muerta del buque; las olas nos llevaron el timón, corrió la nave diez minutos, se oyó un choque violento y nos cubrió el agua por completo. La embarcación se había estrellado contra una roca y su tripulación y pasajeros fuimos al fondo del mar. Poco después, y haciendo esfuerzos casi sobrehumanos, conseguí respirar la atmósfera del mundo; miré en torno, pero nada me dejaba ver aquel continuo y corpulento oleaje que me elevaba, descendía y agitaba moviéndome furiosamente como á débil paja. ¡Qué poco somos; nada valemos, aun aquellos que nos creemos más fuertes! Por fin hallé un intervalo, un instante de calma; volví á mirar, grité; sólo un hombre se había salvado conmigo hasta aquel instante, mi buen Alí, que al verme exclamó: «Sentí haber llegado á este sitio porque no te veía ni escuchaba, y en el momento que iba á enterrarme contigo en este inmenso piélago, me llamas; Dios quiere que viva, Pedro; por lo visto se lo ha rogado Blanca y el Señor escuchó la voz de ese ángel.» Toda la noche continuamos luchando en tan proceloso mar, unas veces con esperanza de salvación y otras maquinalmente y por instinto, pensando sólo en la otra vida. Asomó la auro-ra, calmaron los aquilones y desapareció la tormenta; mas nos hallábamos á cuatro ó cinco leguas de la costa, y tan débiles y fatigados que apenas podíamos sostenernos en el agua. Sobre aquella extensísima superficie no se veían más objetos que nuestras dos cabezas, las cuales iban inclinadas ya por el peso de la muerte que las empujaba hacia la eternidad. Mi valiente Alí, ese negro



más fuerte que las rocas de su patria y con un corazón de bronce, desfallecía por momentos, y yo, en idéntico estado que él, no podía prestarle auxilio; hice no obstante, un esfuerzo supremo y quise salvarlo; pero me inutilizó un brazo y los dos nos hundimos; hice otro mayor aún, y tornamos á ver la aurora; y de esfuerze en esfuerzo continué sosteniéndome y sosteniéndole hasta que oí la voz de un marinero que me gritaba, miré, vi á veinte brazas una pequeña galizabra marroquí, y dirigiéndome á ella nos salvamos por milagro de Dios.

—¡Milagro por el cual todo se ha ganado!—dijo el Rey con alegría.

—¡Todo lo encontré perdido!—añadió Lara.—Cuando arribé á Osuna lo primero que se presentó á mi vista fué el estandarte del pretendiente Cerda; en mi palacio estaba el escudo de los Castros y en la ciudad esparcidos los soldados y parciales de uno y otros. Nada respetaron de cuanto yo tenía, castigando cruelmente la grave falta de tenerme amistad, afecto ó consideración. Me arrebataron parte de mis tesoros, estados y hacienda, destruyendo lo que no pudieron utilizar. Mi nombre fué insultado y sirvió de escarnio y befa, y tan malos fueron, que hicieron buena la maldad de los demás.

—¡Pronto os vengaréis de ellos!—exclamó Sancho lleno de indignación.—Mis soldados, tesoro y poder os prestarán ayuda contra estos tigres. Sí, amigo mío, de todo vais á disponer contra los Castros, vuestros más crueles enemigos; yo mismo sitiare á Osuna, si vos lo deseáis.

El Conde asomó á sus labios una melancólica sonrisa, y contestó:

—Gracias, señor; es tarde ya.

—¿Qué decís?

—Cerca de Osuna está el Saucejo, de donde soy también señor y dueño y entre aquellas ásperas breñas se alza mi castillo feudal rodeado de catorce mil leones que nadie venció.

—¿No penetraron los Castros en el Saucejo?

—Llegaron algunos de sus parciales; mas todos murieron.

—¿Sitiasteis con ellos á Osuna?

—No, señor.

—¿La sitiareís?

—Tampoco.

—Explicaos, Conde.

—A las pocas horas de haber llegado, entré en la ciudad, mi negro mató al jefe de los Castros en lucha igual y los míos hirieron ó apresaron á todos los suyos.

—¡Haríais como de costumbre prodigios de valor, Pedro el Temerario!

—No desnudé la espada, gran señor.

—¡Cada vez os entiendo menos! O yo estoy equivocado ú Osuna se halla defendida por fuerzas numerosas y agueridas.

—Eso dicen todos; mas es lo cierto que entré en ella por una puerta excusada, di el nombre de V. A. y el mío, penetraron mis montañeses y unidos á los hijos de Osuna dieron principio y terminaron el combate en poco más de una hora.

—¡Luego Osuna no es ya de los Cerdas!

—No, señor, es de V. A.

—Quien tales milagros hace, merece mayor recompensa de la que yo puedo darle.

—Si por honores ó riquezas debiera yo pelear, no sacaría jamás el acero.

—Es verdad; mas yo quisiera premiar á un hombre que tanto vale.

—El premio fomenta el estímulo y yo lo tengo de sobra sin premio.

—¿Volveréis mañana?

—A la hora que V. A. me designe.

—¿Cómo queréis que os reciba?

—Delante de toda la corte.

El Rey meditó, después le dijo:

—Tenéis razón; arrojemus el guante á nuestros enemigos. Al mediodía me sentaré en el trono.

—A esa hora besaré vuestra mano.

—Estrechadla ahora.

—Gracias.

Lara oprimió entre las suyas las diestras de Sancho y de María, lanzó una profunda mirada al encubierto, se hicieron ambos una cortés reverencia y salió de allí acompañado luego del misterioso y leal africano.



## CAPÍTULO VI

*El incógnito y los reyes de Castilla y de León.—Continúan los misterios.—Lara y su mayordomo.—Escena muda.*

Así que partió Pedro el Temerario, se fijaron en el incógnito el rey don Sancho y su esposa, le cogieron una mano cada uno y con gran ternura le dijo la Reina:

—Vais á exponer vuestra preciosa vida por nuestra causa, y la verdad, me duele el sacrificio.

El encubierto sonrió con melancolía, besó la diestra de S. A. y contestó:

—Gracias, madrina, por vuestro interés; iré efectivamente á la guerra, y cerca de vuestro esposo y de Pedro de Lara, me batiré al frente de los zegríes.

—¿Os sirven de buen grado esos caballeros musulmanes?—le preguntó el Rey.

—Con un entusiasmo que raya en delirio. Reuní toda la tribu y les pregunté quiénes querían seguirme, y todos, sin excepción alguna, se ofrecieron á acompañarme. «Contigo—me decían—venceremos siempre; á tu lado es segura la victoria, y en pos de esa frente orlada por el genio iremos do quier. Manda, avasállanos y ten en cuenta que nos engríe tu sonrisa, nos complacen tus órdenes y nos agrada tu tiranía.» Y sus fieros y altaneros rostros, se encendieron como en el momento de la lucha, me rodearon y como un solo hombre, dijeron en coro: «¡Zegrí eres, manda!» Elegí quinientos y con ellos os ayudaré á vencer; son pocos; pero tan buenos, tan diestros, audaces y valerosos, que llegarán conmigo adonde Pedro el Temerario.

—Bien quisiera — exclamó el Rey — prescindir de vuestro valor, en cuyo caso os daría por prisión desde este momento la mejor cámara del alcázar, siendo mi esposa y yo vuestros carceleros; mas ¡ay! tanto ha avanzado la revolución, que necesito de todos; y en verdad que si en vuestra frente brilla el genio de la gloria, de vos es de quien menos puedo prescindir.

—Gracias, señor; hacéis bien en no encerrarme, pues he de seguir á Pedro de

Lara, he de rivalizar con él y nada hay que se oponga á mi deseo. Desde que he entrado en este país, se abren á mi voz todas las puertas sin hallar nada que detenga mi atrevido paso.

—¿Qué mágico poder os acompaña que hace tales milagros?—le preguntó la Reina.

—Llevo, señora, conmigo un río de oro, un caudal de valor y una maga... una mártir á quien el mundo juzga hechicera. Sólo me falta la firma de Don Sancho IV que espero me pondrá en estos tres pergaminos.

Y el de la cruz roja le alargó al Rey los escritos que acababa de citar; la Reina aproximó un tintero y aquél los rubricó sin tomarse la molestia de leerlos.

—¿Por qué no miráis lo que acabáis de autorizar?

—Porque en vuestra mano nada puede existir que no sea aceptable por mí. Supongo que habitaréis mi alcázar.

—No, señor.

—¿Adónde vais?

—No lo sé. Pienso hallarme en todas partes y en ninguna.

—¿No teméis?...

—Lo mismo que vos á quien llaman el Bravo, y lo mismo que Pedro el Temerario. El miedo es propiedad únicamente de vuestros cobardes enemigos. Siento mucho dejaros; pero la noche avanza y ha tiempo que me esperan.

—¿Queréis que os acompañen?

—Si tenéis algún caballero que sea capaz de defenderme mejor que yo lo hiciera...

—Es verdad. ¿Os veremos á menudo?

—Puede.

—¿Nada más queréis de mí?

—No.

El incógnito estrechó afectuosamente las manos de sus reyes y salió de allí cubierto siempre con la celada de su casco. Cerca del real alcázar le esperaban su escudero, los quinientos zegríes, que ya conocemos, y la maga; montó á caballo y seguido de todos ellos, se perdió entre las oscuras, estrechas y tortuosas calles de Sevilla.

El temerario conde de Lara después que hubo salido de la cámara, se embo-



zó en el manto blanco, y seguido de Alí se dirigió á su opulento palacio. A excepción de unos pocos, todos los habitantes de Sevilla ignoraban su regreso; es más, creían como la mayor parte de los castellanos, que había muerto en Africa. Así es, que nadie interrumpió su paso con la ovación de otras veces, ni con emboscadas tan comunes en aquella época y tan propias de los miserables que no se atrevían á herir frente á frente y en lucha igual.

No obstante ser ya más de media noche, cuantos caballeros, soldados, pajes, mayordomos y sirvientes tenía Lara le aguardaban en pie y con alguna ansiedad; al ruido que hicieron sus pisadas y las de Alí, harto conocidas de aquellos leales servidores, se abrieron las puertas del palacio y penetró el Conde por entre dos hileras de criados, que con hachas encendidas cubrían las dos alas de la preciosa escalera de mármol.

—Que se retiren todos á descansar—gritó Pedro—á excepción de los arqueros de servicio. Vos, Rodrigo, me acompañaréis, no necesito de nadie más.

El Temerario se dirigió á su alcoba; entre Alí y el anciano mayordomo le desnudaron, despidió al primero, y obligando al otro á que se sentase le dijo desde el lecho donde ya descansaba:

—Sé, Rodrigo, que hasta mi tío don Juan, en alas de una exagerada ambición, ha faltado á su rey y señor.

—La mayor parte de los grandes—le contestó el anciano—abandonaron al monarca, creyendo todos que habíais muerto, y en venganza de la negativa de D. Sancho á sus desmedidas exigencias. Unos se pasaron al bando de los Cerdas, y otros, formando coro con el traidor D. Juan y su ambicioso suegro D. Lope de Haro, conspiran día y noche y en horrible trama anhelan sorprender al bravo señor á quien tanto deben. ¡Oh! Cuando mañana sepan que vive el conde de Lara y que su poderoso brazo puede alcanzarlos, temblarán de miedo y de ira y serán algo más cautos, pero no menos traidores; guardaos, señor, de sus asechanzas; el cobarde vela no-

che y día con el puñal alzado esperando que se acerque la víctima para hundiéndoselo en el corazón.

—Ya lo sé, Rodrigo; conozco á esos malvados y comprendo que para conseguir su intento no hallan jamás medio alguno que los ruborice, por inicuo que sea. De tales hombres Dios me librará, toda vez que para sus ardides é iniquidades no hay previsión posible. No merecen, por otra parte, que nos ocupemos tanto de ellos; hablemos de otra cosa, amigo mío. Vos, Rodrigo, me educasteis y vuestro elevado talento me enseñó á conocer en poco tiempo lo bueno y malo que encierra la corte. No os debo eso únicamente; vuestro cariño hacia mí me probó en diferentes ocasiones que amáis al hijo tanto como al padre, y por éste os habéis sacrificado varias veces; dadme otra prueba de ese noble afecto.

—Cien mil y cuantas queráis, hijo mío; ¿qué podría yo negar al heredero de mi amigo y señor D. Manrique de Lara?

—Veámoslo. ¿Quién es un guerrero de brioso porte, mirada de fuego, audaz, que ostenta el regio escudo de la casa de Molina, que lleva la cruz roja de Santiago, que manda quinientos valerosos zegríes, y á quien sigue la terrible maga de las Alpujarras? ¿Quién es ese misterioso incógnito, cuya mirada me abrasó, el cual destruye á mis enemigos, los ahuyenta y aterra? ¿Quién el poderoso ser que abraza á la Reina á presencia de su esposo, y éste lo tolera, lo contempla, y aun creo que lo respeta? No hallé hombre en el mundo que me impusiera, que no le obligase á bajar la vista ante mí, hasta que ese encubierto se fijó en mi rostro, hizo palpitar mi corazón, recibiendo una impresión desconocida. ¿Quién es ese hombre, Rodrigo, que impuso á Pedro el Temerario?

—No lo sé, gran señor.

—¿No mentís, anciano?

—¡Señor!...

—Perdonad, amigo mío; ese caballero trastornó mi cabeza; y hay momentos en que me obliga á delirar. Retiraos y descansemos el resto de la noche, que



harta fatiga llevo arrostrada en los días que acaban de transcurrir.

El viejo mayordomo salió de allí, y el conde de Lara alzó la mano derecha, exclamando:

—¿Quién me diría el nombre de ese doncel!

—Yo—le contestó Alí, que como de costumbre se hallaba acostado muy cerca de su amo.

—¿Quién es, noble africano? Habla pronto.

—El ángel, señor, el ángel bueno que te envía la maga.

—Duerme, Alí, y oculta tu secreto si así te lo mandaron. Tuve curiosidad, interés, por saber quién era ese incógnito; mas cuando todos calláis su nombre, no debo yo obligaros á lo contrario de lo que os aconseja vuestro deber. En este instante concluyó mi curiosidad; no lo conozco, ni lo pretendo, ni me importa su nombre, condición y clase. Durmamos, Alí; la vida es un sueño donde se padece cuando están los ojos abiertos, y se descansa cuando se hallan cerrados: el purgatorio en el mundo, y el limbo en el lecho. Durmamos, negro, y que Dios se apiade de nosotros.

Pedro cerró los ojos efectivamente, inclinó un poco la cabeza y se quedó dormido. Aquella materia tan fuerte y varonil se halló inerte al adormecerse la vida; respiraba con tranquilidad; no veía ni escuchaba; su conciencia se mecía en la calma del justo; sus sentidos no existían en aquellos momentos; mas su corazón latía fuertemente, y sus labios parecían articular:—¡Blanca, Blanca, por qué me dejastes solo en este valle de dolor!

En el mismo instante se abrió la puerta de la alcoba de Lara, entró Alí sin hacer ruido alguno, y observando el tranquilo sueño de su amo, hizo un signo con la mano derecha y seguidamente llegó hasta la cama el guerrero de la cruz roja. Este ser misterioso miró al dormido con afectuoso interés, besó la larga melena extendida sobre la almohada, miró con ternura el crucifijo que tenía sobre la cabecera, y salió de allí con los ojos húmedos. Al llegar á la contigua estancia, se volvió y le dijo á Alí:

—Retírate: de noche al pie de su lecho de día pegado á su armadura, y á todas horas dando por una gota de su sangre toda la tuya. Alí, toma mi mano, y continúa haciéndote digno de mi cariño.

El negro cogió la diestra que le alargó, y cayendo de rodillas á sus plantas, la besó repetidas veces.

El jefe zegrí desapareció, y el africano, de pie y con los brazos cruzados, lo devoró con su vista hasta que salió de allí: luego quedó escuchando el ruido de sus pisadas, y cuando ya nada percibía, tornó á echarse, atravesando con su cuerpo la puerta de la alcoba del Conde.

Un silencio sepulcral siguió á tan corta escena. Poco después todos dormían en el palacio, á excepción de los arqueros que paseaban sosegadamente sobre los muros, dando de vez en cuando el tan conocido «¡alerta!»

El de la cruz roja salió del palacio de Lara por una puerta excusada que abrió, y tornó á cerrar guardándose la llave. Luego miró la fachada principal del edificio, exhaló un suspiro y se incorporó con su escudero que le esperaba cerca de allí.

—¿Has hablado con ese miserable?—le preguntó.

—Sí—le contestó el escudero.

—¿Qué te prometes?

—Cuanto tú quieras.

—¿Le distes oro?

—Mucho.

—¿Habló?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Que hoy se reunen los congregados.

—¿A qué hora?

—Después de media noche.

—¿En dónde?

—En el palacio de su amo.

—¿Te dió llave?

—No.

—Torpe, ¿por qué economizas dinero? Quiero entrar y oír á los conspiradores.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No puede ser.

—¿Tienes miedo?

—Por ti.



—¡Cobarde! Márchate, que no te necesito.

—¿Adónde vas?

—A la guarida, casa ó palacio de esos traidores.

—¿Piensas?...

—No pienso nada, adiós.

—Espera... ¡Voto á!... Te acompaño; vamos á ese alcázar y... y los escucharás.

—¡Gracias al cielo que vas siendo hombre!

—¡Y tú!... Ve más despacio y haz menos ruido, que estamos cerca.

Y los dos se perdieron entre aquel laberinto de casas, palacios y alcázares semi-árabes y semi-góticos de la antigua y poética Sevilla.

## CAPITULO VII

**Incendio.**—Lara y los cortesanos de Sancho IV.—**Contraste**

Serían las nueve del siguiente día cuando Pedro el Temerario abandonó el lecho y cubriéndose con un modesto traje pasó al comedor, donde le sirvieron un frugal desayuno. Concluido éste, llamó á Alí y le dijo:

—Lléname de oro los bolsillos, tráeme un manto sin insignia alguna y sígueme.

Algo más tarde, embozados hasta los ojos, salieron del alcázar en dirección al muelle.

Lara tendió la vista sobre el río y fué reconociendo uno por uno todos los buques que se hallaban anclados; luego hizo que se le aproximase el negro y le dijo:

—Mira hacia la izquierda, junto á la orilla de enfrente; ¿distingues la galizabra que nos salvó la vida cerca de Tarifa?

—Sí, señor.

—Prepara uno de los botes del rey, que te acompañen dos marineros reales y haz que vengan inmediatamente el patrón y los tripulantes de la galizabra; diles que traigan consigo cuantos documentos, dinero y objetos de interés tengan en su barco. Haz uso de mi nombre, y cuando boguen hacia aquí

los marroquíes, incendiáis la galizabra volviéndote inmediatamente.

El negro obedeció á su señor, y apoyando sus palabras con el escudo de armas de la casa de Lara que llevaba sobre el pecho, subió al bote real encaminándose luego al sitio que le había indicado, seguido de los dos mencionados marineros.

Entretanto se cruzó de brazos el Conde, y fijo en la galizabra, quedó como fría estatua mirando las débiles tablas que Dios le mandó en su ayuda días antes.

Un cuarto de hora después se le presentaron el patrón y marineros marroquíes, y haciendo una respetuosa corte, esperaron á que les preguntase. Pedró se bajó el embozo é interrogó al patrón:

—¿Me conoces?

—Dicen que eres el poderoso señor conde de Lara; pero no creo haberte mirado hasta ahora.

—Te equivocas, patrón. ¿No recuerdas que un hombre te ofreciera no ha mucho pegar fuego á tu barco?

—Sí, señor; un naufragio de fuerzas y valor sorprendentes.

—¿Distes crédito á tal amenaza?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ni mi buque ni yo le hicimos daño alguno.

—¿Sabías que era castellano?

—Sí.

—Entonces debiste creerlo.

—Juzgué y supongo todavía que fué una broma irrealizable.

—Mal pensaste y piensas, patrón. Vuelve la vista y mira aquellas llamas que brotan de las tablas de tu barco. La broma se convirtió en realidad.

El marino contempló efectivamente el fuego que consumía su galizabra, miró después al Temerario, exclamando:

—¡Eres tú al que yo salvé la vida, el poderoso conde de Lara, la primer lanza de estos reinos, el hombre más valiente que existió! Por Alá que me alegro; los hijos del rugiente y proceloso mar, los que de día y noche luchamos con el viento y el agua, admiramos á los





hombres de tu temple de alma. Entre las cenizas de esos maderos que consumen el fuego, queda ahogada mi única fortuna, mi porvenir; pero no importa con tal que te haya agradado á ti. Dinero tengo para volver á mi patria y nada más necesito.

En este instante regresó Alí, el cual, acercándose á Pedro le dijo:

—Amo mío, tus órdenes quedan cumplidas y tu nombre corre por el puerto llenando de alegría á unos y asustando á otros.

—Muy bien, africano, entrega ese oro al patrón y partamos de aquí.

El afortunado marino contempló á sus pies el dinero suficiente para comprar diez barcos mejores que el suyo y con los ojos húmedos por el agradecimiento, exclamó:

—¡Gracias, cristiano! ¡Alá te hizo tan generoso como fuerte! Acepto el oro que me das y el resto de mi vida lo pasaré contando que te salvé de morir, siendo esta la acción más noble y honrosa que se puede referir en la tierra.

Lara se despidió de ellos, estrechó la callosa mano del patrón y embozándose nuevamente en el manto, partió á su palacio con ánimo de dirigirse luego al real alcázar.

Sepamos ahora qué es de D. Sancho IV y de su bella y entendida esposa.

Cuando la noche anterior salieron del alcázar Pedro el Temerario y el incógnito, los regios esposos trocaron algunas frases, retratándose en sus rostros la satisfacción producida en ambos por la llegada de aquellos dos personajes.

Después dieron algunas órdenes y ambos buscaron el reposo. El resto de la noche lo pasó el Rey entregado á un sueño tranquilo; á las ocho de la mañana despertó, hizo que en el acto lo vistieran y se encaminó al despacho de doña María Alfonsa de Molina, donde halló á ésta trabajando. Iba el monarca desconocido; su semblante no tenía ya aquella palidez enfermiza que antes le sombreaba; sus fuerzas aumentaban



—Mira hacia la izquierda.

por momentos, y lejos de continuar la desgana y dolor de estómago que antes sufrió, se sentía con apetito. Su esposa lo miró con marcada alegría, preguntándole:

—¿Cómo te encuentras, Sancho?

—Muy bien, esposa mía. ¿Y tú, has dormido?

—Tres horas.

—Es muy poco.



—Basta, Sancho.

—Trabajas demasiado y puede resentirse tu naturaleza.

—Dios, que vela por nosotros, me dará fuerzas.

—Tienes más talento que belleza, y yo, á decir verdad, no he encontrado mujer que te iguale en hermosura.

—Eso prueba que no reparaste en la esposa de Lara.

—Blanca es efectivamente bellísima y reúne á la vez gran talento y un valor tan impropio de su sexo como digno de admiración; mas si te he de ser franco, no la prefería á ti. ¿Cómo van los asuntos de mis reinos?

—Mal, esposo; el pretendiente ha recibido un refuerzo de diez mil hombres entre aragoneses, napolitanos y navarros.

—Con sólo los montañeses de Lara sobran para los Cerdas y sus parciales. ¿Qué más?

—Continúan conspirando y engrosando sus filas tu hermano Juan, su suegro D. Lope y restantes descontentos.

—Para esos basto yo. ¿Qué más?

—El pueblo murmura, se queja y le duele pagar tributos.

—El conde de Lara lo convencerá de que no tiene razón y callará.

—Hoy todo lo ves de color de rosa.

—Es que ayer éramos tú y yo solos y hoy tenemos al Temerario y al de la cruz roja.

—Por eso has sanado en tan poco tiempo.

—¿Quién lo duda!

—Luego es lo que he dicho siempre, que tu enfermedad estaba en la cabeza, no en el estómago.

—Ahora comprendo me amenazaba una pasión de ánimo que de desarrollarse me hubiera hecho padecer mucho.

—Creo, Sancho, que te hubiera costado la vida.

—Si te parece invitaremos á los grandes para el mediodía.

—Ya están avisados.

—Entonces pasaremos recado de atención á nuestros verdaderos amigos para que concurran esta noche á un consejo secreto.

—Ya están citados.

—¿Quieres mandar que nos sirvan el desayuno?

—Dispuesto se halla, y sólo esperan nuestra presencia.

—¡Todo lo prevees, María! Con una esposa como tú se gobierna con pasmosa facilidad.

—Gracias, Sancho; vamos al comedor, que estarás débil y hoy necesitas presentarte digno de la fortaleza que te conceden propios y extraños.

—No tendrás queja de mí; gracias al cielo no existe causa alguna que amortigüe mi brío ú ofusque mi razón.

Se cogieron del brazo y ambos almorzaron, hablando á la vez de la próxima reunión. Después pasaron dos horas en la cámara de la Reina y seguidamente se fueron á vestir con arreglo al acto que en breve iban á presenciar.

Cerca del mediodía comenzaron á llegar cortesanos, los cuales pasaban á la cámara anterior al salón de embajadores é iban formando grupos y comunicándose en voz baja sus ideas, pensamientos é intenciones. A la derecha se reunían todos aquellos grandes que, menos ambiciosos ó más leales, permanecían fieles y sumisos á S. A.; y á la izquierda los que, ansiando cada cual ser el favorito y el que dictase su voluntad al Rey, murmuraban de éste acusándole de inepto y hasta fraguando planes y tramas inicuas contra la respetable persona á quien tanto debían. Estos hombres, que eran los más en la cámara, formaban esa polilla ruin y miserable, que siempre descontenta y queriéndolo todo, por lo mismo que nada vale, jamás se ve satisfecha, siendo inútil otorgarle riquezas y honores, pues si bien ésto lo acalla por el pronto, desarrolla más su desmedida ambición, llegando el caso de tener que ofrecer á cada uno un trono, si se intentaba dejarlos contentos.

Esta clase de seres heredan de sus padres una posición y grandeza que nunca merecieron, y tienen necesariamente que manchar el elevado puesto en que la suerte los colocó; creen que todavía está más alto su asiento y procuran por



todos los medios posibles alzarse más y más, sin comprender que debieran moverse sólo en la cenagosa charca de su torpeza, innobles acciones y perversa conducta.

Los amigos de Sancho IV, en los que estaba representada la hidalguía castellana, demostraban en esta ocasión tristeza y abatimiento, mientras que los de enfrente hablaban mucho, se encontraban contentos, ufanos y altaneros como nunca; en medio de ellos, como jefes y amigos, se hallaban el infante D. Juan y D. Lope de Haro. Unos y otros ignoraban el regreso de Lara, al que suponían muerto, y el alivio del monarca; antes por el contrario, creían todos que la Reina los llamaba ese día para participarles que la enfermedad de su esposo se había agravado y que era preciso nombrar una regencia, visto los procelitos que iba teniendo la causa de los Cerdas. Los malos llevaban ya nombrados su regente, que era el infante Don Juan, y los buenos, que comprendían la intención de aquéllos, pensaban sostener en aquel puesto á Doña María Alfonso de Molina.

Tal era el tema de las conversaciones palaciegas, cuando se abrieron las grandes puertas del salón de embajadores y aparecieron sentados en el trono Sancho IV el Bravo y su esposa. Los cortesanos fueron entrando y besando las regias diestras por orden de categoría, según costumbre, situándose luego los partidarios del monarca á la derecha, y á la izquierda los descontentos; en los primeros reemplazó la alegría al pesar que sintieron anteriormente, y entre los segundos comenzó á correr la voz de «es preciso destronarlo»; y dando la mayor parte asentimiento á esta idea, miraron con desdenosa altanería á sus contrarios de enfrente.

Sus Altezas se presentaron sin orgullo ni vanidad; pero ostentando esa aureola de majestad que tanto realza al que ciñe una corona y está satisfecho de sí mismo.

Don Sancho IV devolvió á sus descontentos cortesanos una mirada compasiva, que ellos no comprendieron

por ignorar la causa que la motivaba.

Al primer murmullo y entrecortadas frases siguió un silencio que nadie se atrevía á interrumpir; y no adivinando ahora ninguno el motivo por que era llamado, se fué poco á poco retratando en los semblantes de todos una ansiedad que crecía á la vez que se aumentaba la satisfacción de los reyes y la altanera gravedad de las damas, mayordomos, heraldos, pajes y hasta de los guardias reales que rodeaban aquel solio hecho para cubrir la venerable cabeza de San Fernando. Un momento después gritó la robusta voz del capitán de guardias:

—¡El muy poderoso señor conde de Lara!

Al escuchar este nombre palidiecieron unos; otros no pudiendo contenerse exclamaron: «¡Todo se ha ganado!» Y no quedó uno que no dirigiera su vista llena de temor ó de esperanza hacia el sitio por donde se había escuchado la voz.

Un momento después aparecieron en las grandes puertas del salón de embajadores dos heraldos, cuatro pajes, y entre dos escuderos, Pedro el Temerario, al cual seguían ochenta caballeros de los que estaban á su servicio y que formaban ahora su regia comitiva. En los pechos de uno y otro lucía el escudo de armas de la casa de Lara. Iban vestidos con traje de corte el Conde y sus caballeros, y llevaban un lujo propio del espléndido, rico y poderoso señor, cuyo nombre honraban en aquel momento. Pedra vestía túnica de terciopelo morado, manto de grana, birrete negro, botas encarnadas, espada con vaina de oro; y recamado su traje de ese precioso metal, apenas se veía la tela, por cubrir la inmensidad de brillantes, esmeraldas, rubíes, amatistas y cuantas piedras de valor se conocían. Contra su costumbre, se presentó en la cámara con altanería, desdén y hasta desprecio. De sus hermosos ojos negros salía un fuego irresistible; su tostada y ancha frente se elevaba como la de un César, y su esbelta y arrogante figura parecía hoy más gigantesca y majestuosa que nunca.

Al llegar á la puerta, miró á los cortesanos, saludó á sus Reyes, y con mesu-



ra y dignidad se acercó á las gradas del trono y fué á inclinarse; mas el Rey le alargó sus manos, exclamando:

—Conde amigo, venid á mis brazos, que es digno de un rey estrechar la hidalguía castellana, representada en vos.

—Gracias, señor—le contestó Lara;—nada hay más noble, más digno, ni más honroso que servir á un rey tan valiente, justo y bondadoso como V. A.

Sancho se sentó, y Pedro, después de besar la mano de la Reina, anduvo dos pasos atrás, y en el mismo instante se vió rodeado de los grandes adictos al soberano, los cuales se disputaban el estrechar su diestra y felicitarlo de ese modo que en tal sitio puede hacerse sin falta á la etiqueta.

Los heraldos, escuderos y pajes del Conde quedaron á la puerta, mientras que sus caballeros avanzaron hasta situarse al lado casi de los grandes descontentos, á los cuales lanzaban miradas provocadoras que aquéllos demostraban no ver.

Cesó el nuevo murmullo que produjo la sorda ovación hecha al Temerario, y tornó á reinar el silencio anterior, el que fué interrumpido por D. Sancho con las siguientes frases:

—Grandes, poderosos y ricos-homes de Castilla y León: siguiendo la costumbre de mis gloriosos antepasados, os he reunido aquí para tratar con vosotros los asuntos del Estado.

Calló el Monarca, los descontentos inclinaron la frente, los otros miraban á Lara, y éste, sin demostrar ahora sensación alguna, contemplaba al Rey con cariño é interés. D. Sancho continuó:

—Todos sabéis que he sufrido, postrado en el lecho por espacio de dos meses, una enfermedad que los magos calificaron de mortal. Durante ese largo período dirigió la nave del Estado la Reina mi esposa y señora; y á pesar de su innegable talento, desvelo, energía, celo é interés, no han marchado los asuntos de un modo que pudieran hoy llenarme de satisfacción. La Providencia, que me colocó en este puesto, curó mis dolencias y me devolvió una vida que contemplé á la puerta de su ocaso; pero al re-

cobrar la razón, al incorporarme sobre el lecho de muerte, al tornar á ver la luz del día y los objetos que me eran tan caros, hirió mi corazón un alevoso puñal, el cuchillo de la revolución, de la anarquía, de la traición; ese arma vil que sólo maneja el cobarde, el asesino y el miserable que no tiene valor, honra ni patria. Esperaron á que su Rey estuviese agonizando para engrosar unos las filas del pretendiente, y otros para en horrible y encubierta trama fraguar planes, intentar crímenes y cometer delitos que debían horrorizar á todo buen caballero. Asesinatos, robos, usurpaciones, he ahí el cuadro que se presentó á mi vista al volver á la vida. Por desgracia, señores, nada bueno me es dable participaros; lo malo que os acabo de indicar todos lo conocéis; creo que no habrá uno entre vosotros que no lo haya deplorado, y no siendo posible tolerar por más tiempo la revolución ni á los insensatos que la provocan, yo os ruego que en brazos de ese patriotismo y amor á vuestro Rey de que blasonáis, exponga uno á uno ó como os plazca mejor el medio más acertado, menos sangriento y más seguro de concluir con la maldad que alza potente su cabeza en los estados que heredé de mis mayores. Hablad, señores, el rey os escucha y espera oír vuestra opinión, empuñando en una mano la vara de la justicia y con la otra la espada de la ley.

D. Sancho habló en esta ocasión con una energía y entereza dignas de su renombre de Bravo; su voz resonaba en los ámbitos del alcázar, como el sonido fuerte y acompasado de la campana. Sobre su anterior debilidad y postración renacía más fuerte que nunca su varonil acento y fortaleza de ánimo.

Los grandes se miraron unos á otros; pero ninguno osó desplegar los labios; tal era el efecto que en los más había causado la entereza del Rey.

El conde de Lara viendo que ninguno se atrevía á replicar, se echó el extremo derecho de su manto sobre el hombro, apoyó la mano izquierda en la empuñadura de su espada y quedándole expedita la diestra para la acción natural, con



pausa, que fué avivando, según lo requerría su discurso, dijo:

—Gran señor, ya que todos callan, fuerza será que yo hable, si VV. AA. me lo permiten.

—Con mucho gusto, amigo mío—le contestaron los Reyes. El Conde continuó:

—A fuer de noble y de caballero; de amante de mis reyes y de mi patria; de celoso sostén de los derechos del reino; de seguro escudo de la justicia y de las leyes, siento en esta ocasión no poder hablar en nombre de todos como lo hice en otras no muy distantes y las que llegan á mi memoria con placer. Hablo, gran señor, en mi nombre sólo; voy á emitir únicamente mi opinión, porque son tantos los traidores, tan pocos los buenos y tan escasos los leales, que es ya difícil distinguirlos.

Un murmullo confuso, prolongado y terrible siguió á las frases del Temerario. Acostumbrados la mayor parte de los que estaban allí á imponer su voluntad, á hablar sólo ellos; y comprendiendo por otra parte que Lara les aludía, se estremecieron de ira y maldijeron la intempestiva llegada de aquel hombre á quien odiaban y temían á la vez; pero tuvieron la prudencia de disimular cuanto les fué posible su sangriento enojo. El Conde comprendió, no obstante, el efecto que causaron sus palabras y continuó:

—Señor, V. A. tiene razón; la perversidad se ha extendido por todo el reino, y lo mismo se alberga en la ruin cabaña que en el opulento alcázar del grande.

Otro murmullo siguió al primero; mas el Conde, dominándolo con su clara y robusta voz, y sin que nadie lo detuviera, prosiguió:

—La ambición, las bastardas pasiones y el egoísmo se han desarrollado de una manera pasmosa; y no me extraña, pues es la consecuencia natural y legítima de ocupar altas posiciones hombres que no debieran salir nunca de la última esfera social. Los que sirven á V. A. por lo que les pueda dar, los que vienen aquí á pedir, serán traidores al día siguiente de aquel en que no se les

otorgue nada. Cuando un monarca es justo, como lo es V. A., no hay necesidad de solicitar galardón, puesto que el rey se adelanta siempre á recompensar los merecimientos; ni jamás mendiga por otra parte el hombre de verdadero mérito, aquel que por amor á su patria y reyes se sacrifica día y noche. Luego el que pide aquí no lo ha ganado, no lo merece, y sin embargo de lo que ha recibido ya, debido á la excesiva bondad de su señor, se convierte en traidor porque no le dan más. Miseros pordioseros de honores y riquezas, que en su avaricia y estúpida vanidad se juzgan temibles porque ocupan una posición que no ganaron, que no merecían, que se la deben los más al polvo que cogieron cuando arrastrándose por esas gradas mendigaban un título ó un poco de riqueza.

Calló nuevamente el Conde, fijándose en la multitud que tenía enfrente. Acababa de hacer la historia de la mayor parte de aquellos hombres: á la ira y enojo que les produjeron las primeras frases del Temerario siguió la confusión, vergüenza y espanto en todos ellos. Moralmente los tenía ya vencidos y hasta humillados un solo hombre; pero éste era el conde de Lara, que valía infinitamente más que todos juntos.

El Rey y la Reina, fijos en Pedro, le oían y contemplaban con la admiración que merecía este ser extraordinario; de vez en cuando daban asentimiento á sus palabras con marcados movimientos de cabeza, sonriendo otras maliciosamente viendo el estado en que el valeroso Lara dejaba á unos seres que poco hase creían incontrastables.

El Temerario, bajando un poco la voz, añadió:

—A la edad de diez años empuñé la lanza, y desde aquel momento hasta hoy que hace diez y ocho, he combatido día y noche por mi patria y por mis reyes. En la línea que separa al sarraceno del cristiano; en los campos de Castilla, y hasta muy adentro del dominio árabe, he vencido trescientas cincuenta y ocho veces á los enemigos de mi patria y religión; mis tesoros y sangre corrieron



con una abundancia que elogió el mundo; mal elogiado, que la patria es mi madre, y sangre, vida y dinero le pertenece; y si todo es suyo, ya comprenderéis que nada he podido darla. Por eso cuando llego á las gradas de ese trono, donde se sientan sus más excelsos hijos, vengo á ofrecerles mi vida, sangre y tesoros; y como jamás solicité de mis reyes otra cosa que justicia para todos y protección para su mísero pueblo, no me lo han negado, en cuyo caso no he podido sublevarme, ni ser traidor, ni faltar á mis deberes, que sólo mendiga el pordiosero y yo nací grande y grande quise ser en hechos y acciones, que sólo pide el que no lo merece, que sólo es traidor el villano.

Lara tornó á callar, pero sus palabras habían causado una impresión terrible entre todos sus enemigos; unos sudaban, otros temblaban de ira, algunos de miedo, y encendidos los rostros de la mayor parte, se hallaban incómodos, desasosegados, impacientes y como fuera de la atmósfera en que se movían y daban aliento á su existencia. Si otro que no fuese el Temerario se atreviera á hablarles de aquel modo, sin consideración al acto y sitio donde estaban, le hubieran atravesado el corazón; pero el que de tal modo se expresaba les imponía con su valor, actitud, hechos y palabras.

Cuando el entendido Conde comprendió el efecto que habían hecho sus frases, prosiguió:

—Tiene razón V. A.; no es posible tolerar por más tiempo la infamia y la maldad que se extiende desde el opulento palacio á la humilde cabaña: deben, gran señor, en mi juicio, perecer á manos del verdugo los chicos y los grandes que provocan la anarquía é intentan conducirnos á un caos tan fatal como su perversa índole. Participando de las mismas creencias que V. A.; conociendo la necesidad de poner un pronto remedio al mal que acrece, tengo la honra de proponer á la regia aprobación de V. A. el siguiente edicto que deberá pregonarse en todos los pueblos del reino. Dice así:

«Nos, D. Sancho IV rey de Castilla y de León, á presencia de los grandes y ricos-homes de nuestros reinos, hemos venido en acordar y promulgar el siguiente edicto:—D. Alonso y D. Hernando la Cerda y cuantos parientes, amigos y parciales han promovido la rebelión iniciada por el primero, saldrán en el término de dos días, de todos nuestros estados.—Será entregado al verdugo una hora después de ser cogido, el rebelde que, despreciando el plazo concedido, permanezca en nuestros dominios en actitud hostil. Será asimismo condenado á muerte el grande, noble ó pechero que contraviniendo á las leyes del Estado conspire, intente hacer armas contra Nos ó deje de prestarnos la sumisión, obediencia y respeto á que tenemos derecho. Probado el delito ó cogido en el acto de cometer el desacato ó rebelión será entregado al ejecutor en el término de dos horas.—El conde de Lara, Jefe de mis ejércitos y Alférez mayor del reino queda encargado del exacto cumplimiento de ésta nuestra soberana voluntad.—Dado en Sevilla, etcétera.»

Pedro dobló una rodilla y alargó al Rey el pergamino donde estaban trazadas por su mano las líneas que acababa de leer. D. Sancho dirigiéndose á los grandes, les preguntó:

—Ya lo habéis oído, señores, ¿qué os parece esta medida?

—¡Bien, bien!—exclamaron unos, callando otro, y demostrando varios temor y sobresalto.

—¿Nada tenéis que oponer contra tal determinación?—preguntó nuevamente el bravo Monarca; mas todos callaron. Sancho añadió:

—Rigurosa es á fe mía; pero necesaria, indispensable. La acepto con placer: esta tarde quedará firmada y en el acto saldrán emisarios que dispondrán sea pregonada en mis reinos; es una terrible espada de un solo filo, con el cual se han de segar lo mismo las cabezas de los grandes que las de los chicos.

En este instante gritó otra vez el capitán de guardias:



—Un incógnito; le abonan el escudo de armas de la real casa de Molina, la Orden de caballeros á que pertenece, su porte y la poderosa tribu zegrí.

—Dejadlo pasar—gritaron á la vez el Rey y la Reina, poniéndose de pie.

El de la roja cruz que ya conocemos, se presentó seguido de su escudero, llevando ambos perfectamente recatado el rostro con la celada. Era de notar, que en esta ocasión ostentaba el sirviente insignias de caballero, impropias del empleo que ejercía, de lo cual se infiere que su señor tenía sangre real, pues de este modo únicamente se podía justificar que un caballero sirviese á otro de escudero, dando mucha fuerza á esta idea el regio escudo del incógnito.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que amo y sirviénte llegaron al trono, besaron las manos de SS. AA., alzándose un poco la celada de modo que nadie los reconociera; después se situaron ambos á derecha é izquierda del conde de Lara. A la vez penetraron ochenta zegríes, y haciendo una reverencia ante los monarcas, según costumbre entre mahometanos, se confundieron con los caballeros de Pedro el Temerario. Ni éste, ni ninguno de los cortesanos presentes sabían quién era el incógnito, fijándose en él por esta razón las miradas de todos. En el fuego que solían llevar sus miradas, en la viveza de sus movimientos y hasta en su acción, demostraba ser joven; y en su negligencia, aire y modales parecía persona de las más distinguidas; pero nada más pudieron comprender. El recibirlo SS. AA. en pie, la arrogancia y clase de su escudero, el ocupar la derecha del conde de Lara, primer Grande del reino, la regia comitiva que llevaba, y el componer ésta los caballeros mahometanos más orgullosos y valientes de Granada, eran circunstancias todas que confundían al mejor observador. El incógnito que usaba no eratantode extrañar en aquella época; mas unido á lo que dejamos expuesto, formaban un confunto tan extraño y misterioso, que no había conjetura posible ni sagacidad profunda capaz de penetrar el arcano.

Lara y el recién venido se hicieron un ligero y cortés saludo, y seguidamente volvió á tomar la palabra el primero, contestando al soberano:

—Señor, tristísimo y sensible es tener que sembrar el suelo castellano con sangre de sus hijos: mas en mi concepto, la debilidad ó compasión en casos dados, como el presente, es una falta que suele traer consigo males sin cuento. En consecuencia, y puesto que así lo dispone V. A., seré inexorable con los traidorés, sea cual fuese su clase y condición; el que delinca, morirá, y no habrá castillo ni palacio que lo libre de perecer; á sus soldados opondré los de V. A., y á sus muros y torres, mis leones del Saucejo, los cuales no hallaron jamás hombres á quienes no hicieron huir, ni muros suficiente altos para que no pudiesen asaltarlos.

Al llegar aquí hizo pausa el Conde, miró á los grandes descontentos, y les dijo:

—Aún es tiempo de corregir errores, de contener la anarquía, de que impere la paz en el reino, y de que unidos, me ayudéis á conjurar la tempestad levantada sobre nuestras cabezas. Me olvido completamente de todo lo pasado; no recuerdo tener un solo enemigo, pues anhelo entrar en el porvenir sin verme obligado á derramar sangre. S. A. se ha dignado poner en mi mano la espada de la ley; antes de cogerla, os alargo mis brazos; venga á ellos el que quiera; rechácelos el partidario de la anarquía y del desorden. He aquí á vuestro hermano; ya no veo á Caín; si me ayudáis habrá muerto entre nosotros para no levantar nunca la cabeza.

Las nobles frases del Conde promovieron un murmullo, que fué aumentando hasta concluir por una ovación hecha al Rey y al primero de sus caudillos. La mitad de los grandes descontentos, temiendo á Lara unos, y otros reconociendo el compromiso y error á que los condujeron el engaño, falacia y consejo de algunos perversos que se llamaban sus amigos, abandonaron á éstos y se pasaron al partido de enfrente, empezando por estrechar al que acababa de hablar.



les de un modo tan generoso é hidalgo, que no pudieron resistir á sus palabras. El infante D. Juan, su suegro D. Lope de Haro y varios grandes más, desaparecieron á la vez de allí, humillados por la derrota que habían sufrido y sin fuerzas para olvidar lo pasado y aceptar los

Temerario, creyeron ver los cordeles del verdugo, porque tales hombres preferían la muerte á seguir el recto camino que el Conde les imponía: tan cierto era, que apenas pisaron los patios del alcázar, ya comenzaron á conspirar y á discurrir el medio de acabar lo más pronto posible con lo más grande, digno de respeto y hasta de veneración que existía en el país.

Los pasados al bando de Lara habían sucumbido anteriormente á la coacción que ejercieron en ellos los dispersos, por algo de ambición y por una gran debilidad, hija de su pobreza de espíritu y de la falta de una voluntad propia que su destino les negó. En torno ahora del valiente, popular y justiciero conde de Lara, reconocían sus errores, estrechaban tiernamente á aquél, adulaban á SS. AA., y creían pasar de un horrible letargo, á la realidad que les aseguraba la vida, el porvenir, la tranquilidad y hasta parte de la gloria que coronaba la hermosa y tostada frente del hijo del Saucejo.

Los Reyes abandonaron el solio, y rodeados de los grandes y caballeros que permanecían en el salón de embajadores, trataron de estrechar la alianza que acababan de hacer con sus amigos, los descontentos

pasados al bando de Lara, que eran muchos.

Ahora eran los menos los promovedores de la rebelión, los conjurados, los traidores; pero había entre ellos un infante y varios poderosos, los cuales bastaban para fomentar la anarquía, conmover el país, y con sus tesoros, vasallos y parciales asesinar al conde de Lara y á cuantos designara el perverso enojo



...desaparecieron á la vez de allí humillados por la derrota.

brazos que el magnánimo Conde les alargó. La acción de éste, los avergonzaba mucho más que el ver deshecho por entonces su partido, desbandadas sus huestes, rehecho y potente su enemigo. Se pusieron en completa dispersión; pero salían infinitamente más perversos que entraron, más soberbios y más dispuestos que nunca á emplear la maldad. En los nobles brazos que les alargó el



que su misma soberbia les engendraba.

En este instante volvió á gritar el capitán de guardias:

—¡El príncipe Muza y los jefes de las poderosas tribus abencerrajes, aliatares, reduanes y adoradines!

Los cortesanos abrieron el círculo que formaban, penetrando en medio el hermano del rey de Granada y los cuatro jefes de las mencionadas tribus; quedando á las puertas del regio alcázar multitud de caballeros que formaban las escoltas del Príncipe y de los musulmanes que le acompañaban. Los cinco saludaron á los Reyes, exclamando el primero:

—Alteza, mi hermano y señor te ofrece sus respetos y me encarga que en unión de tu sultana te demuestre el afecto que os profesa y su vehemente deseo de que cada día aumenten nuevos lazos la sagrada amistad que os une.

—Gracias, Príncipe—le contestó Sancho;—agradezco mucho las sinceras frases que acabas de dirigirme, y aun cuando tengo queja de algunos atropellos cometidos por los vasallos de tu poderoso hermano, creo que se han llevado á efecto sin su conocimiento, por lo cual en nada ha disminuído la concordia y buena amistad que existe entre ambos. La Reina mi señora, y yo nos congratulamos de recibir embajada tan noble, y te ofrecemos nuestra casa, la que espero habites con los tuyos mientras permanezcas en Sevilla.

—En mejor ocasión—replicó Muza—expondrás tus quejas, y mi hermano, que anhela la justicia y tu amistad, segará las cabezas de los traidores que hayan causado tu enojo. No puedo aceptar tu opulenta morada, porque ya dí mi palabra de caballero de habitar otra, sintiendo tener que rehusar tan gran merced; mas puedes hacerme otra, si lo tienes á bien, y no te lo agradeceré menos el nieto de Abusaid.

—Habla, Príncipe, y serás servido.

—Está á mi lado mi mejor amigo, el conde de Lara, ¿nos permites darle una prueba de cariño?

—Cuantas quieras, que yo también lo estimo como tú.

El Príncipe moro se volvió á Pedro y le dijo:

—Un día te juré amistad eterna, y á la vez guardé la tuya en mi pecho: no haré armas, añadí, contra el conde de Lara, y antes moriría que faltar á mi juramento. ¿Qué has hecho del tuyo, Pedro?

—Repetirlo todos los días, no por temor de faltar á él, sí por gozar recordando el lazo sagrado que me une al más noble, al más valiente de los hijos de Granada.

—Pruébalo, cristiano.

El Príncipe abrió los brazos y recibió en ellos al Conde; luego se retiró, dejando que los cuatro jefes de tribu le estrechasen también, y seguidamente se dirigió al incógnito y le dijo:

—Tú, el de la roja cruz de Santiago, el caudillo que elogian los cristianos y al que admiran y cantan trovas los poetas de Granada; comprende que en nombre de mi hermano he venido á visitar á tu rey, y en el mío vengo á visitarte á ti. Mis poderosos jinetes tuyos son, y las tribus abencerrajes, aliatares, reduanes y adoradines tuyas son también. Incógnito, diez mil caballeros aguardan oír tu voz para obedecerte; y que no se ofenda tu alteza, rey de Castilla, ni tu amistad, conde de Lara, pues este guerrero quiere, piensa é intenta lo mismo que vosotros; es tan bueno y os estima tanto, que sirviéndole á él se os sirve á vosotros; y si tan deferentes nos halláis, creed que en nuestro lugar obraríais de idéntico modo.

Lara y los cortesanos quedaron sorprendidos al ver el respeto y ofrecimiento del Príncipe hacia el de la roja cruz; pero lejos de abrirles el impenetrable arcano, los confundía más, habiendo entre ellos quienes se atrevieran á suponer que el encubierto era un rey llegado allí de lejanas tierras, para defender los derechos de Sancho IV contra todos sus enemigos; y se fundaban en que, lejos de herir á los monarcas de Castilla las deferencias que el moro usaba con aquél, habían dado muestras de aprobación y de agrado.

Poco después despidió el Monarca á



sus cortesanos, y cogiéndose al brazo de Lara, saludó á los musulmanes, marchando á su cámara. La Reina se apoyó en el del incógnito, y seguida de los moros se dirigió á la suya. El primero comió con aquél, la segunda con éstos; y mientras tenía lugar esta doble conferencia, corría por Sevilla la noticia de la llegada del Temerario, del restablecimiento de D. Sancho, y de la humillación que aquél hizo sufrir en la corte á los enemigos de éste. Al escuchar tales nuevas, acudió el pueblo entero á las puertas del alcázar, ansioso de ver y aplaudir otra vez á su ídolo el conde de Lara.

### CAPITULO VIII

*Ovación.—Otro encubierto.—Nuevos misterios.—De Sevilla al monte.—La cueva.—Los bandidos.—Otra vez la maga, los zegríes y el de la cruz roja.*

Serían las cinco de la tarde cuando el conde de Lara se despidió del Rey, dirigiéndose acto continuo á su morada. El pueblo obstruía el paso; pero al verlo le abrió calle, prorrumpiendo en entusiastas aclamaciones, hijas del afecto é interés que les inspiraban el admirable valor, rectitud y nobles acciones de de tan famoso caudillo. Lara contestaba á la merecida ovación con atentos saludos y una sonrisa tan tierna como cariñosa. De este modo llegó á su palacio, entrando en él, ínterin varias músicas, dispuestas por los sevillanos, le saludaban con dulces melodías y con himnos guerreros. Rodrigo salió á recibir á su señor, diciéndole con la mayor reserva:

—Hace algún tiempo que os espera impaciente un hombre cubierto el rostro con la celada de su casco; no ha querido dar su nombre ni trae insignia alguna que lo dé á conocer.

—Que pase al salón principal y que espere breves instantes.

Y el Temerario, cambiando de traje, corrió en busca del guerrero que con tanta impaciencia le esperaba. Ambos se saludaron, exclamando el primero:

—Si venís en paz, en vuestro palacio os halláis; descubriós ó permanecer en-

cubierto, que siempre honra y se estima la presencia de un caballero del porte y brío que vos demostráis. Decid cuanto tengáis á bien, que ni me asustan las amenazas ni me engríen los aplausos, ni el conde de Lara trata mal al que favorece su morada, sea amigo ó enemigo y traiga con él la embajada que quiera.

—Permitidme, noble señor—le contestó el encubierto con voz varonil—que guarde el incógnito, porque de este modo podré hablar con más expansión, claridad y franqueza; y son tantas y tan graves las noticias que he de daros, que no os admirará cubra los labios que han de expresar lo que os llenará de espanto.

—¿Sois noble?

—Hace siglos que lo es mi apellido.

—Pues que nada os detenga; hablad.

—Me duele que oigáis lo que os voy á decir.

—¿Por qué?

—Porque nada bueno escucharéis, y os estremecerá lo malo que descubrirán mis palabras.

—Males hay que se pueden corregir, y el enseñar esos males es el bien que evita el daño. Presentadme al enfermo, que si el mago puede lo sanará.

—De ese modo pienso; mi opinión es esa y mi deseo el vuestro; que ha poco me arrancasteis la venda y vi la luz; y al salir de las tinieblas recordé lo que dejaba atrás y vengo á enseñároslo.

—Con poco que alumbre vuestra luz todo le veré, que yo jamás tuve tapados los ojos.

—Por eso he venido.

—¡Contabais entonces con mi vista!

—Y con vuestro valor.

—¡Y con mi poder!

—Y con vuestra energía.

—¡Y con mi nobleza!

—Y con todo lo grande que abarcáis.

—Pues hablad, incógnito, que si la maldad es grande y poderosa, yo pulverizaré el brazo que la tenga asida y el apoyo y sostén de ese brazo.

—Voy á hablar.

—Decid.

—Digo, señor, que ayer formaba par-



te de los malos, atraído por ellos como el acero al imán; pero se interpuso el conde de Lara entre el imán y el acero, y logré verme libre del fiero poder que me sujetaba. Esta tarde me puse á vuestro lado y juré en silencio no separarme de vos; pues la nobleza é hidalguía que brotaron de vuestros labios era la misma que mis mayores usaban y la que yo heredé con la sangre que ellos me prestaron. Si erré fué porque no nací infalible; mas salí bueno y aunque anduve descarriado, vuelvo al sitio de donde he salido para encerrarme allí con vos mientras dure mi vida. Pruebas quiero daros, cada vez me voy acercando más á la verdad y después de lo dicho preciso será que mi rostro lo confirme.

—Si no os violentáis á sitio os llevaré que sólo yo os reconozca.

—Eso quiero ya.

—Cogeos á mi brazo.

—El izquierdo, que ese no me corresponde.

—El derecho que al honraros me honro; que sois mi huésped y estáis en vuestra casa.

Ambos cogidos, según queda expuesto, cruzaron varios salones, y después de prohibir el Conde que se aproximasen á él, abrió una puerta pequeña, la cerraron por dentro y los dos se sentaron, teniendo ya el incógnito alzada la celada y entre sus dos manos cogida la diestra de Lara.

No obstante la terminante orden del Conde, de que ninguno se acercase, apenas acababa de entrar, cuando llegó Alí, se tendió en el suelo y aplicó el oído en el pequeño espacio que había entre la puerta y el pavimento; luego sacó un lápiz, y sin dejar de escuchar, comenzó á trazar signos que interrumpía por cortos intervalos para fijar más su atención en lo que hablaban dentro. Así permaneció más de una hora que el huésped y el Conde continuaron hablando.

Pasado este tiempo se abrió la misteriosa puerta saliendo acto continuo el incógnito, el cual había tornado á cubrirse el rostro, y el conde de Lara, que presentaba ahora algo encendido y des-

compuesto su varonil semblante. Cuando llegó al estrado gritó:

—Honren todos mis vasallos y servidores á este caballero como á mi misma persona.

Se estrecharon las manos y por entre dos largas y compactas hileras de soldados y sirvientes cruzó el encubierto, hasta salir fuera del alcázar.

Cuando Lara lo hubo perdido de vista se volvió, hallándose frente á frente de Alí, que con los brazos cruzados y asomando á sus labios una terrible sonrisa, le dijo:

—Amo mío, pesaroso estás y me amarga verte de ese modo.

Pedro se acercó al negro y reconociendo su rostro con una mirada que intentó penetrar hasta el corazón del hijo del Desierto, exclamó:

—Alí, tú eres leal como el perro, fuerte como el mármol y valiente como el mejor de mis montañeses. ¿Es cierto, africano.

—Sí.

—Pues bien, me vas á seguir.

—¿Adónde, señor?

—Al infierno; el valiente no hace nunca esa pregunta, negro.

Este sonrió nuevamente de un modo extraño y le contestó:

—Si yo soy cobarde, también lo serán tus leones del Saucejo. ¿Adónde vamos, señor?

—Al bosque, al monte, á las entrañas de las rocas; al campo, á los pueblos, á las ciudades; entre bandidos y malvados; donde haya perversos que confundir, traidores á quienes matar y hombres que nos estorben el paso y tengan en poco su vida.

—Gracias, amo mío. ¿Vamos solos?

—Sí.

—Entonces no pasarán de cien nuestros enemigos.

—Africano, Pedro de Lara no cuenta nunca el número de sus contrarios.

—Ni yo tampoco cuando los tengo delante. ¿Qué armas llevamos?

—Mi bastón-lanza, una daga y mi traje será cota de malla interior y un jaique moruno. Tú puedes llevar lo mismo, pero pronto, Alí; voy á escribir breves



instantes y quiero que inmediatamente partamos.

Un cuarto de hora después entregaba el conde de Lara á uno de sus caballos un pergamino lacrado, dándole la siguiente orden:

—Llevad ese escrito á S. A.; no perdáis tiempo, y al regresar aumentad el número de centinelas y velad por mi casa día y noche hasta que yo vuelva.

A la vez decía su negro á un zegrí:

—Toma este pergamino y sin perder un instante entrégaselo de mi parte á tu jefe el de la cruz roja.

Luego abrió una puerta secreta é hizo salir por ella al mahometano sin que fuese visto ni oído de nadie.

—¡Alí!—gritaba al mismo tiempo el impaciente Pedro, llamando á su negro por tercera vez.

—Aquí estoy, señor—le contestó por fin el africano.—Toma tu cota, lo necesario para cubrirla y ese jaique con el bastón y la daga. Cuando quieras podemos partir.

Lara se vistió solo, llamó luego á su mayordomo Rodrigo, le dió algunas órdenes y unido al atrevido negro, salieron por la misma puerta secreta que el zegrí.

Eran las ocho de la noche; la Luna en toda su redondez extendía sobre la campiña sevillana su pálida luz, sombreando de amarillo el oscuro verdor de los árboles, las plantas y las flores. Reinaba un silencio interrumpido únicamente por el áspero chirrido del ave nocturna que corría de un punto á otro con incansable afán. La brisa, húmeda con el aliento del caudaloso Betis y perfumada con el aroma de las flores, llegaba pegajosa y agradable. Tristes y solitarios los caminos, senderos y veredas que cruzaban los alrededores de la corte de Castilla, parecía hallarse el reino en paz y en esa tranquilidad precursora del bien; pero el observador echaba de menos el alegre canto pastoril, la ruidosa danza y la entusiasta voz del enamorado que en otros tiempos y á tales horas se dejaban sentir en la hermosa campiña que riega el Guadalquivir. Aquella calma en consecuencia, no era hija de la paz, si-

no del recogimiento promovido por el temor. La presencia de Lara en aquella comarca no era todavía otra cosa que una esperanza; los sevillanos suponían con fundamento que el gigante de Osuna concluiría por destruir la maldad; mas creían con razón que tendría que preceder una terrible lucha. El nombre del Temerario asustó á los malvados, pero no evitaba aún que los caminos estuviesen infestados de ladrones y que el asesino alzase su puñal oculto entre las sombras de la noche.

El impresionable, enérgico y terrible conde de Lara abandonó su alcázar, saliendo por un portillo de la ciudad en dirección de la sierra que se alzaba entre Levante y Sur. Seguido de su africano letrel, cubiertos ambos con groseros jaiques y empuñando cada cual un largo bastón de bronce, en cuya parte superior nacía la afilada moharra de una lanza, cruzaban á buen paso la perfumada campiña, sin hablar, ligeros como el viento y atrevidos como el huracán. De este modo llegaron una hora después al monte.

—Camina detrás de mí, negro—exclamó por fin el Temerario—no hagas ruido y observa.

Y por un sendero estrecho y tortuoso que serpenteaba casi todo el monte, comenzaron á caminar más despacio y con precaución; pero nada veían, un silencio sepulcral reinaba do quier sin que indicase nada existiese en aquella parte de la sierra otros seres que los dos á quienes vamos siguiendo.

El Conde se detuvo, subió luego á una altura que tenía á la derecha, exclamando:

—Equivoqué la vereda, Alí, sigamos por ese otro sendero que se ve junto á aquellas matas.

Y guiados por el resplandor de la Luna descendieron una empinada cuesta, bordearon una sima y sin temor alguno continuaron por otro sendero más estrecho, sinuoso y de peor andar que el que dejaron anteriormente.

Así siguieron media hora que tardaron en dar vista á una cueva formada por las grietas del monte. Pedro se de-



tuvo otra vez, observó y meditando breves instantes, le dijo á Alí:

—Negro, ¿ves esa cueva que tienes á quinientos pasos?

—Sí, señor.

—¿Distingues á lo lejos, en dirección del Norte un inmenso bosque?

—Sí, señor.

—Pues bien; aproxímate cuanto puedas á la cueva, te tiendes sobre el suelo, y ocultándote lo que te sea posible, observas.

—Señor, en el bosque nada puedo distinguir y en esos montes no creo que habite nadie...

—Alí, á la media noche, si continúa favoreciéndonos la Luna, verás salir de entre la espesura varios jinetes, cuyos caballos dejarán sujetos á los últimos árboles, después repararán por encima de esas rocas como acabamos de hacer nosotros, silbarán, asomará una luz á la puerta de la cueva y luego penetraron todos dentro de ella. Estudia bien el terreno, prepara tu sagacidad y escudriña cuanto quieras, y si el talento y el valor te ayudan, oye también, que es de mucha cuenta lo que puedes escuchar.

—Luego, ¿quieres que me introduzca entre las grietas de esas rocas?

—Si no tienes miedo...

—Estoy seguro, amo mío, que eso último me lo dices de broma.

—Como tú quieras, Alí, pero ve, oye y atiende. Cerca de ti, á la espalda de esa cueva, al concluir el descenso, hay una cabaña donde se albergan pastores; allí estoy yo; si te vieses obligado á herir, lo que rehusarás cuanto sea dable, me llamas y correré en tu auxilio.

—Seré, pues, un escucha á prueba de oído.

—Sí, y un lince á prueba de vista, un perro á prueba de olfato y una serpiente á prueba de intención y de...

—Comprendo, amo mío.

—Pues corre, Alí, que avanza la noche.

Ambos se separaron, dirigiéndose cada cual al punto designado; mas el sagaz africano, en cuanto dejó de ver á su

señor y perdió el ruido de sus pisadas, volvió atrás y saltando por el monte con más ligereza que un corzo, trepó al punto más elevado. Ya allí, sacó una mecha y la encendió, formando con ella varios círculos en el aire y en diferentes direcciones. Poco después, y á gran distancia, vió la luz de otra mecha igual con la que trazaban también círculos como él lo hizo anteriormente.

El negro sonrió, exclamando para sí:

—Me vieron y me atienden; hablemos.

Y comenzó á describir signos arábigos con el fuego de la mecha; la otra le contestaba, al parecer, estableciéndose una especie de telégrafo, por medio del cual se comunicaba Alí con otra ú otras personas. Terminada esta operación se apagaron las dos mechas, guardó el africano la suya, descendió de la eminencia y corrió en dirección de la cueva; muy cerca ya de ésta, observó nuevamente; después se tendió en el suelo, y arrastrándose como una culebra, conteniendo la respiración, y sin hacer el menor ruido fué poco á poco deslizándose hasta penetrar en la cueva. Ya había avanzado más de ocho varas, pero nada escuchaba ni distinguía; siguió más adelante y percibió una luz; se arrastró más y vió dos hombres que preparaban una abundante comida; continuó todavía y miró en una especie de explanada que había en las entrañas de las rocas, varias mantas, puñales, mazas, asientos formados con piedras, las llamas, los peñoles y á los dos que hacían de cocineros, cuyo aspecto no estremeció á Alí, porque al tal discípulo del Temerario no podía atemorizarle nada; lejos de eso y sin dejar de arrastrarse como la serpiente llegó á dos varas de distancia de aquellos hombres recorriendo toda la guarida cuanto creyó necesario. Después ascendió, y empuñando nuevamente el bastón-lanza que dejó á la entrada, se metió dentro de una grieta situada á la boca de la cueva, y desde cuyo sitio veía el bosque, los alrededores de su escondite y el descenso de aquélla; quedando allí tranquilamente, sin temor alguno y sin que nada pudiese



ra escapársele de lo que ocurriera cerca ó lejos del terreno que dominaba.

Sigamos ahora al conde de Lara. Este hombre, de más entereza y resolución que Alí, este poderoso de Castilla que se educó entre las agrestes breñas del Saucejo, que á pesar de haber nacido rico, adulado y servido por leales y sumisos vasallos desdeñaba los goces de su opulenta clase; este ser, en fin, que despreció desde la adolescencia las comodidades

y bienestar

para cruzarmontes, saltar precipicios, y en lucha continua con los árabes más valientes y aguerridos, ni temía á sus contrarios ni su fuerte musculatura se resentía al pisar de noche los sitios más incómodos y peligrosos; que acostumbra-

do á dormir en el campo de batalla, sobre el duro suelo, al aire libre, cogido siempre á su formidable lanza, no se violentaba jamás por falta de comodidades, tranquilidad y sosiego; era un verdadero grande en poder, riqueza, fortaleza de espíritu, hidalguía, valor, sufrimiento y hasta abnegación. Bien es verdad que al hombre únicamente se le puede llamar grande cuando reúne estas cualidades.

Mis lectores me preguntarían de buen grado «¿y dónde hay un ser que reúna en sí todo eso?» «¿Y dónde están los hombres grandes?»—os pregunto yo á mi vez.—Pues donde estén los unos, con él existirán las cualidades de Pedro el Temerario, que, aun cuando haya habi-

do pocos, no ha dejado de presentarse alguno que se le parezca al nuestro.

Pedro de Lara descendió pausadamente el declive ó pendiente de que ya hemos hablado, hasta llegar al final de la cordillera, donde halló efectivamente una mísera cabaña escondida entre las pequeñas colinas que formaban la base ó ladera del monte. El Conde la reconoció detenidamente, llamando luego á su puerta; pero nadie le contestó; tornó á

golpear, y á los pocos instantes oyó una voz que le decía:

—Yavoy, yavoy, ¡malditos. ¡Voto al demonio, que no os esperaba tan pronto! Estoy encendiendo la luz, esperad.

Cinco minutos después se abrió la puerta y apareció un hombre co-



...y arrastrándose como una culebra...

mo de cincuenta años, de mal aspecto y de mirada oblicua y desconfiada. Iba cubierto con toscas pieles, pendía de su cintura un ancha y extensa daga y llevaba en la mano derecha una linterna, cuya luz fijó en el rostro del Temerario. Al verlo tiró de la daga, exclamando:

—¿Quién eres? ¿Qué pretendes aquí y á estas horas? ¡Miserable!...

Y cayó sobre Lara intentando asesinarlo. Este alzó su bastón-lanza, y dándole un golpe en la mano con que empuñaba el acero, le hizo verter sangre por ella, dejándosela inútil hasta el punto de caérsele el puñal. Seguidamente le dió un nuevo golpe en el hombro que lo hizo



retroceder tres pasos adentro de la cabaña, diciéndole á la vez:

—¡Atrás, cobarde asesino!

El dueño de aquella mísera vivienda, aturdido y confuso al contemplar la serenidad y valor de su huésped, y cruelmente dolorido por los golpes que acababa de recibir, dió media vuelta sin saber qué hacer, qué le acontecía ni qué iba á ser de él.

El Conde penetró en pos del otro, le quitó la linterna, cerró la puerta y viéndolo una mesa rodeada de sillas de madera, dejó la luz sobre aquélla y cogiendo una de éstas tranquilamente se sentó, preguntándole al amo de la cabaña:

—¿Te llamas Juan?

—Sí—contestó el interrogado saliendo de su asombro.

—¿En qué te ocupas?

—Soy pastor.

—Tráame al momento un jarro de leche.

—Lo haría, pero es el caso que tengo las ovejas lejos de aquí.

—Juan, si llegas á mentir otra vez, te arranco la lengua.

—¿Podría saber quién sois? Perdonad, mas vuestro traje no corresponde...

—Voy á satisfacer tu curiosidad. ¿Has oído hablar alguna vez del conde de Lara?

—¿Habrá alguno que ignore las hazañas de Pedro el Temerario?

—Pues soy uno de esos montaraces del Saucejo, que van á todas partes con el terrible Conde.

—¡Buen discípulo tiene en vos, voto á Lucifer!...

—Vota menos, miserable pastor, y contesta á mis preguntas, si tienes en algo tu vida. ¿Por qué no me sirves el jarro de leche?

—En mi rebaño, señor montañés, no hay cabras ni ovejas.

—¿Qué hay entonces?

—Unos cuantos carneros, con los cuales...

El Temerario le interrumpió, y dijo:

—Aparentas ser pastor, mientras que tu rebaño se compone de una horda de foragidos, de la cual eres su espía y protector, ¿no es eso?

—No tengo noticia...

—Juan, ¿ignoras que los amigos de Lara jamás faltamos á nuestra palabra?

—¿Por qué me decís eso?

—Porque veo ya fuera de tu boca esa lengua embustera y vil.

—Sea entonces como vos queráis.

—Quiero oír la verdad, y te cuesta la vida la primer mentira ó inexactitud que profieras.

Lara separó un poco la mesa, quedó enfrente del fingido pastor, sin estorbo de por medio, y empuñando su bastón-lanza en actitud amenazadora, añadió:

—¿Cuántos bandidos componen la partida á que perteneces?

—Cuarenta—contestó Juan, temblando ante la mirada y aspecto de Lara.

—¿A qué hora regresarán?

—A media noche.

—¿Habitarán en esa cueva próxima?

—Si no ha habido contratiempo ahí deben cenar y dormir.

—¿Te anunciarán su llegada?

—No.

—¿De dónde vienen?

—De Guadaira.

—¿A qué han ido?

—Lo ignoro.

—¿Pero lo supones.

—Doy por hecho que han robado esta noche.

—Llevan plan combinado?

—Sí.

—¿Contra quién?

—No lo sé.

—¡Tu vida!...

—Señor, ha tiempo que unidos á algunos nobles de Sevilla, fraguan sus planes y los llevan á cabo sin contar conmigo para nada. Ya se ve, tienen ahora grandes señores que les sirven de espías y necesitan bien poco de mí.

—¿Quiénes son esos nobles?

—He visto á varios, mas no los conozco.

—¿Cómo se llaman?

—Cuando viajan por estas tierras van de incógnito y con nombre supuesto.

—¿Cómo sabes entonces su calidad?

—Una noche... Como mi oficio es espiar...



—Comprendo; los escuchastes también á ellos... Dime cuanto oistes.

—No pude entender todo lo que dijeron; pero saqué en limpio, que varios nobles sevillanos, arruinados y sin medios de volver á su antigua opulencia, se unieron á ellos, y matan, roban y son peores que los de aquí.

—¿Y esos, ascienden á muchos?

—A quince nada más.

—Son bastantes.

—Creo que hay disidencia entre ellos, pues los nobles, á pretexto de las buenas ocasiones que proporcionan, quieren llevárselo casi todo, y á los otros les duele el arrancar mucho y traerse poco.

—¿Quién es vuestro capitán?

—Un aragonés llamado el *Buitre*.

El Conde quedó meditando largo rato; después alzó la cabeza y volvió á preguntar:

—¿Van los tuyos á Sevilla?

—Nunca.

—¿Cómo se entienden con los nobles?

—Viene uno de ellos aquí, se ponen de acuerdo y luego se reúnen en un punto dado.

—¿Y dices que asesinan?

—Los de Sevilla no tienen compasión de nadie; los de aquí son menos sanguinarios.

En este instante se oyó un silbido lejano casi apagado por la distancia.

—¿Qué quiere decir eso?—interrogó Lara.

—Son ellos que anuncian su llegada á los de la cueva.

—Veo, Juan, que no has mentido. Coge ahora esa linterna y reconozcamos tu cabaña.

Ésta se componía de la estancia donde se hallaban y de otra que servía de alcora al pastor; la que sólo se comunicaba con aquélla por medio de una puerta hecha con trozos de madera á medio labrar. Tenía también un corral con un pequeño cobertizo, en el cual apacentaban seis flacos y hambrientos carneros.

Enterado de cuanto deseaba, encerró en el dormitorio á Juan, sujetó la puerta por fuera, cuanto era posible, y le dijo:

—Miserable espía de bandidos, si sales

de tu encierro antes de amanecer, te costará la vida.

Y haciendo la misma operación con la puerta de la cabaña se dirigió pausadamente hacia la guarida de los malhechores, donde juzgaba se encontraría Alí.

Con calma, meditabundo y triste, comenzó á subir el Temerario la extensa y empinada cuesta que lo separaba de la terrible cueva. A los cien pasos se detuvo y observó; un silencio pavoroso reinaba en torno; al frente, á derecha é izquierda sólo veía montes, elevadas rocas y sitios escabrosos, por los cuales era muy difícil trepar, y á la espalda el descenso de la cordillera y un extenso campo cuajado de olivos, y de entre los que sobresalía majestuosa la erguida palmera que formaba con sus tallos el quitasol de su largo y delgado tronco. La Luna continuaba extendiendo su opaca luz sobre una parte de la superficie de la tierra, sin que nube alguna se atreviera á empañar su escasa claridad. Lara contempló el cuadro, como abstraído por una idea, y cuando concluyó su observación, apoyó el codo izquierdo en una gran peña que tenía á su lado, la frente en la mano y quedó ensimismado. De este modo permaneció mucho tiempo, y aun hubiera continuado más, á no haberle sacado de su letargo un ruido lejano, parecido al choque repetido de un cuerpo humano con las piedras del monte. Al escucharlo alzó la cabeza con sobresalto y vió efectivamente un bulto que se asemejaba á la figura de un hombre, el que arrojado desde la altura rodó al profundo del abismo. Lara exclamó á media voz:

—¡Alí! ¡Será mi pobre, mi valiente, mi leal Alí!... ¡Maldición!...

Y corrió desalentado, se aproximó al borde del precipicio, pero nada vió; ó no tenía fin aquella sima ó estaba tan distante que la mirada del hombre no llegaba al fondo. Con ira, terriblemente contraído su rostro y con angustioso dolor, se fijó en las paredes del abismo, pareciéndole distinguir manchas de sangre extendidas sobre aquellos agudos pisos. Loco, fuera de sí, abrasando su mirada y hasta conmoviendo las piedras



con su fuerte respiración, comenzó á subir la pendiente que conducía á la guarida de los bandidos; á la vez gritó:

—¡Alí!... ¡Ay de los que hayan osado asesinarte!

Y prosiguió trepando, sin que le contuviera estorbo alguno en su atrevida carrera. De pronto se detuvo, fijó su atención, y apareciendo en sus labios una sonrisa placentera como la dicha, añadió:

—¡Tú eres, sí; ese graznido con que tan admirablemente imitas al ave, me dice que vives y que calle!... Callo, sí. ¡Dios te perdone el tormento que me acabas de dar!... ¡Loco de mí! ¡Como si fuera posible asesinar á Alí, en tan poco tiempo y por esos bandidos! ¡Pues alguno ha rodado por el precipicio... sí, alguno; pero no siendo Alí, que ruéde toda esa horda de asesinos!... ¡Oh! ¡Ahora me dice que espere! ¡Siéntome y aguardo, que cuando él lo manda, motivo tendrá para ello.

El aristocrático Conde se recostó sobre una peña, quedando pendiente del graznido que oía de vez en cuando, el cual imitaba admirablemente al de algunas aves nocturnas.

De este modo permaneció más de un cuarto de hora el afortunado esposo de la Heroína Zegrí. Al cabo de este tiempo percibió un ruido cerca de sí, volvió la vista y miró á Alí, que al llegar le dijo:

—¿Creías, amo mío, que me habían muerto esos bandidos?

—¡Buen rato me has dado, negro!

—Lo siento, mas perdóname te digiera una locura suponer que esos hombres acabasen conmigo sin oír tú mi voz y sin que yo me defendiera lo bastante para que llegases.

—¿Has muerto á alguno?

—No, señor; lo he arrojado á la sima.

—¿Qué te hizo ese desgraciado?

—Comenzaré antes por enterarte de lo ocurrido: me acerqué á la cueva; no, penetré en ella; vi la suntuosa estancia de esos señores, la comida que les preparaban sus cocineros, la sala de armas, y contemplé, en fin, cuanto nos hacía falta. La culebra se arrastró bien, lo

que le ha proporcionado algunos rasguños en su negra piel; luego me escondí en una grieta y desde allí comencé á observar; algo más tarde distinguí varios jinetes en el bosque; tus noticias, señor, son exactas: echaron pie á tierra, quedaron dos con los caballos y subieron treinta y seis. Casi rozando conmigo pasaron uno á uno, por lo que pude contarles perfectamente. Lanzando votos, juramentos y más ternos que se pueden formar con las estrellas, se reunieron en la opulenta estancia que les sirve de estrado, cocina y sala de armas; entre ellos hay jóvenes, entrados en edad y hasta un viejo que lanza denuestos por diez de sus compañeros; tienen un capitán bajo, grueso, de frente chica y de mirada traidora; y todos ellos presentan una piel casi tan blanca como la mía, rostros salvajes y una intención de bandido. La mayor parte es gente de fatiga, fuerza y que se batirá mal, pero con tenacidad. Unos usan mazas, otros picas y algunos, aunque pocos, espada. Sus trajes son iguales á los nuestros, sin otra diferencia que la de estar más mugrientos y pobres. Ya en su espléndida mansión, ordenó el capitán que uno de ellos se situase de vigía cerca de la cueva. Suponiendo yo que ese hombre nos estorbaba, me fui tras de él, y cuando le vi separado lo suficiente, me eché encima, luchamos, él con dos manos y yo con una, pues la otra la ocupé en taparle la boca para que no gritase, y resultando tener yo más fuerza, más habilidad ó más razón, lo mandé á descansar debajo del sitio que ocupan sus compañeros. Acto continuo me dirigí nuevamente á la cueva, pero escuché, gran señor, tu voz, y comprendiendo que tu inmerecido afecto hacia mí comprometía nuestra misión cerca de esas *honradas gentes*, te hablé en el idioma de las aves, me entendiste, torné á la cueva y escuché.

—¿Les oistes bien? —preguntó Lara con ansiedad.

—Demasiado; mas disponte, amo mío, á escuchar una noticia terrible.

—Habla, Alí, que supongo lo que es.

—Esos miserables, unidos á unos



cuantos señores de Sevilla, peores que ellos, han sorprendido esta noche á tu tío D. Juan, que corría en busca tuya, y lo han robado, dejándolo cubierto de heridas, atado á un árbol.

—Me lo anunciaron—exclamó Lara con sentimiento,—pero era ya tarde para poderlo evitar. Continúa.

—Después de hablar sobre el robo y el valor con que se defendió D. Juan de Lara y los pocos vasallos que le seguían, trataron de las muchas riquezas que arrebataron, deplorando y maldiciendo que los sevillanos se han llevado la mayor parte. Cansados ya de blasfemar se pusieron á comer treinta y seis, mientras uno salió llevando consigo su cena y la de los dos que quedaron cuidando de los caballos. Piensan dormir algunas horas, pues al ser de día les esperan en el bosque los de Sevilla, para tratar de un nuevo asalto, si bien éstos intentan imponerles condiciones tan duras, que de seguro no las aceptan.

Calló el africano, en tanto que Lara se entregó por quinta vez, en aquella noche, á profundas meditaciones.

—Esos hombres—exclamó al concluir de reflexionar—no merecen que por ellos se desnude una espada castellana.

¿Podrías, Ali, proporcionarme lumbré sin hacer ruido?

—Llevo conmigo lo necesario para encenderla.

—¿Te sería fácil reunir en poco tiempo hierbas secas, ramaje y combustible, en fin, que prendiera al momento?

—¡Quién lo duda!

—Explicame cómo está la entrada de esa cueva.

—Empieza muy ancha, luego hay una galería que va estrechando hasta el punto de que sólo puede penetrar por allí un hombre, inclinado y con gran trabajo; sigue á continuación un declive que va descendiendo y formando recorridos hasta que se llega á la explanada donde están ellos.

—¿Qué más huecos existen?

—Ninguno.

—¿Podrá tener esa explanada otra comunicación que la que tú conoces?

—No; hasta el aire lo recibe por allí.

—¿En qué te fundas?

—En que se respira con dificultad por escasear aquél.

—Entonces deben hallarse esos hombres á bastante profundidad del nivel que tiene la entrada de su guarida.

—Sí; lo menos habrá treinta varas.

—¿Estás seguro?

—No lo dudes, señor.

—¿El vigía que tú has muerto será relevado para cenar?

—No, llevaba consigo el alimento que le destinaron, y debí pasar la noche en ese puesto, quedando al día siguiente descansando en la cueva.

—¿Los del bosque permanecerán allí?

—Creo que duermen entre los caballos.

—¿Y el que les llevó la cena se queda con ellos?

—No, debe regresar.

—Alí, es preciso reunas todo el combustible que puedas, y cuando estén dormidos los facinerosos lo vas introduciendo en la parte más estrecha de la galería de esa cueva; hecho esto, le prendes fuego de modo que el humo asfixie á esos criminales, la muerte nos libre de ellos y podamos llevar á cabo mi intento. ¿Te atreverás?

—Sí, señor; pero, ¿y tu tío, lo vamos á dejar ¿erecer?

—Alí, debe hallarse á cinco leguas y estamos solos.

—Se saca gente de entre estas breñas y que corran en su auxilio.

—¿Quién sería capaz de hacer tal milagro?

—¡La maga, señor, la maga!

—Negro, ¿hablas con formalidad?

—Sí, amo mío.

—¿Dónde está esa mujer, y qué va á hacer ella para librarlo de morir?

—Esa hechicera ha tiempo que me sigue á todas partes; es posible que se lo haya encargado doña Blanca, y ya sabes que la obedece en todo; pues bien, la llamo, llega, la pido gente de armas y éstos se encargan de recoger y conducir á tu palacio á D. Juan.

—¿Alí, estás delirando?

—Señor, si no cumplo lo ofrecido me arrojo á ese abismo.



Lara cruzó los brazos, é inclinó la cabeza, exclamando:

—¡Te creo, amigo mío, que mi vida está rodeada de arcanos impenetrables! Desde que tuve uso de razón me he visto cercado de anacoretas, hechiceros, secretos y misterios. ¡Oh! ¡Paso por hombre entendido y soy el más ignorante de todos! No importa; sigamos adelante. Allí, yo no he querido venir acompañado de gente de armas por evitar sospechas y asegurar el éxito de mi empresa; pero si tú pudieses disponer de algunos hombres, salvaríamos á mi tío, dejaríamos de asesinar á los bandoleros, y ya en nuestro poder reformaría mi plan con la esperanza de triunfar sin derramar mucha sangre humana.

—¿Cuánta gente necesitas, señor?

—Diez, veinte, treinta hombres.

¿Cuántos tienes?

—Dóscientos.

—¿Son buenos, leales, que pueda yo mandarlos?

—Zegries, señor, zegries.

—¡La maga, los zegries! Positivamente está con ellos el de la cruz roja.

—Acaso; es su jefe, y nada tendrá de extraño.

—¿Quién será ese hombre!...

—¡El ángel, señor, el ángel que el cielo te envía!

—¡Pues si es un ángel, por Dios, que esta noche va á tener que habérselas con diablos!

—No importa, será otro Gabriel con treinta y nueve demonios bajo sus plantas.

—Entonces, bastan con él y contigo: Allí, prended á los treinta y nueve bandidos, sujetadlos bien y llevadlos á esa cabaña donde os aguardo á todos. Si podéis, no obstante la incomprensible conducta de mi tío D. Juan, salvadlo y conducidlo á mi alcázar de Sevilla. Que el cielo te ayude, africano.

—Pronto nos volveremos á ver, señor.

Y ambos desaparecieron marchando en diferentes direcciones.

## CAPÍTULO IX

Asalto.—Prisión.—Pruebas de lo ofrecido por Ali — Bandidos nobles y bandidos pecheros.

Era más de la media noche: Lara, según hemos visto, se despidió de su negro, marchó á la cabaña, y abriéndola, desató á Juan y le dijo:

—Me has obedecido y te perdono la vida que debía arrancarte por malvado. ¿Qué te ha obligado á permanecer sujeto y tranquilo en ese rincón: el miedo ó el deseo de obedecerme?

—Lo ignoro, señor montañés—le contestó Juan,—pero es lo cierto que me impuso vuestro acento y arrogancia, hasta después que me quedé solo. No sé qué tiene vuestra voz que hace estremecer, ejerciendo un poder sobre mí que no tuvo hombre alguno. No pude dormir, por más que lo intenté, ni salir del encierro en que me dejasteis.

—Veamos si es cierto; Juan, tengo sed, trae un jarro de agua al conde de Lara y pon ese bastón-lanza en el rincón de tu derecha.

El espía facineroso miró con ojos espantados á Pedro, después con admiración, y descubriéndose con temor y respeto, le dijo:

—Sentía que me hubieseis vencido con tanta facilidad, pero ahora me alegro, porque á dicha debo tener el que os hayáis dirigido á mí. ¡Perdonad, señor, al miserable que osó amenazaros, que pretendió herir al invencible caudillo del Saucejo! Malo he sido, que malos consejeros tuve y por mal camino me condujeron; pero al saber que erais vos el que llamaba á mi puerta, de otro modo os hubiera recibido; entonces, no hablara por temor, lo haría por respeto y voluntad; que hasta en las entrañas de los montes, en las cavernas de los bandidos, en los pechos de los criminales, laten con orgullo los corazones de hombres que oyeron relatar vuestras hazañas, y que vieron en vos un castellano que no hallaba rival en el mundo.

—Agua, Juan, que tengo sed, y deja ese bastón apoyado ahí, que harto le he llevado en la mano.



—Voy, señor, que á poder ser criado vuestro, os serviría de rodillas.

—Gracias; á Dios quisiera yo que sirvieras, Juan.

—Mala estrella encaminó mis pasos y mala suerte cobijó mi destino. Bebed, señor, es buena, aun cuando la mano que os la da no lo sea. Ya descansa el bastón lejos del hombre que venciendo con mirada y acento, le estorban las armas, porque vencido está el que tiene la dicha de mirarlo.

—Fresca y delgada; mejor que la de Sevilla, Juan.

—En todas partes se halla algo bueno, señor; y preciso era el agua aquí para que no fuese malo todo.

—Mejor discurre el espía que algunos señores de la corte.

—Tanto me obligó la suerte á discutir para defender la vida que en mal hora me otorgó, que á fuerza de limar se rompió el bronce y apareció, aunque opaca, algo de luz.

—¿Por qué no eres bueno, Juan?

—Porque no me enseñaron á serlo.

—¿Nada te ha dicho tu conciencia?

—Jamás estuvo callada; pero no hay peor sordo...

—¿Por qué no la escuchaste?

—Me lo impidió el hambre.

—El vicio.

—Primero el hambre, señor; luego lo que vos queráis.

—¿Y ahora?

—No lo sé, acaso la costumbre.

—¿Quieres dejar esa vida de crímenes, cambiándola por la del hombre valiente, honrado, laborioso y leal?

—Sí, señor.

—Ve á habitar en los montes del Saucejo.

—Lo haré.

—Juan, yo te he perdonado la vida, y entre mis montañeses no hay hambre, sed, ni disgustos; pero se ahorca por una falta grave.

—Cuando me lo permitáis, partiré al Saucejo.

—Mi consejo de ancianos es inexorable, Juan.

—Con vos perdí la vida, señor; quiero ver si la gano en el Saucejo.

—Me incomoda esa daga, Juan; déjala al lado del bastón.

—¿Indefenso os quedáis, gran señor, y á merced de un bandido á quien ha poco habéis herido?

—Sí.

—¿No teméis?...

—No.

—La acción es atrevida como pocas.

—Se iguala á todas las mías; por eso me llaman Temerario.

—Gran confianza os inspiro.

—Ninguna; fío en Dios y en mi brazo.

—Se os cierran los ojos.

—Tengo sueño; sella los labios y déjame dormir. La vida es el insomnio, la fatiga y el tormento; el sueño la tranquilidad, el sosiego y el descanso: durmamos, Juan, durmamos... Al concluir esta vida pobre y miserable; al salir de este valle de amargura, nos espera la eternidad dichosa y feliz para los justos. Dios es la suma bondad y misericordia; tengamos confianza en El y... ¡qué sueño tan dulce!...

Y apoyado el codo sobre la mesa y el rostro sobre la mano, se quedó profundamente dormido. El bandolero, aquel hombre que poco ha intentó asesinarle, el fiero espía que contaba cincuenta años de vida y treinta y cinco de crímenes, vió su sosiego y abandono, cruzó los brazos y exclamó para sí:

—¡Se ha dormido! ¡Qué valor! ¡Qué confianza en Dios! ¿Será cierto que existe ese poder invisible que oculto é inmenso todo lo ve, lo penetra y lo comprende? Ese extenso Cielo, adornado de brillantes estrellas, ¿sostendrá un trono desde el cual se rige el Universo entero? Desde que ese hombre extraordinario me habló, pienso de un modo contrario á como lo hice antes. Nacido en el crimen, habitando entre rocas, bandidos y fieras, ¿cómo he de saber yo distinguir lo bueno de lo malo! ¡Y no obstante, las breves frases del Conde me han iluminado! He visto una luz que jamás lució para mí. ¡Dios, el Padre común de todos los seres!... ¡Es indudable que existe, que vela por sus hijos y que los protege y ampara! ¡No hay duda; en este momento está deteniendo mi brazo tra-





Juan cogió el bastón-lanza...



dor; porque si yo matara á ese hombre que indefenso duerme tranquilo ahí, sus poderosos enemigos me darían por su cabeza cuanto les pidiera! ¡Sería rico, conseguiría el anhelo de toda mi vida!... ¡Rico, adulado!... ¡Maldición!...

Juan se restregó los ojos, movió la cabeza, cruzó los brazos y continuó:

—Si lo mato, lograré además lo que no pudieron los más valientes; mi fama correría por el mundo y todos me temerán, pues nadie podría probarme que no fué en lucha igual. Y sus contrarios me darían talegas y más talegas de oro... ¡de oro! ¡Maldición!

Juan cogió el bastón-lanza, miró la moharra, y sonrió al contemplar lo agudo y cortante de su extremo y filo. Lara soñaba en aquel instante; sus labios de coral articularon:

—Blanca, esposa mía, ¿dónde estás? ¡Ah, me dejaste abandonado á mis enemigos! ¡Tú, tan valiente, hábil é intrépida!... ¡Hiciste bien, que basto yo solo para dar fin de todos!... de todos!... ¡Dios, á quien tanto amo, me da fuerza y brío para combatir solo contra veinte, cuarenta ó más; y su bondadosa mano detiene los rudos golpes de mis contrarios! Su divina gracia me inspira, me enseña el recto camino, y mi causa es siempre la suya, la de la justicia y la de la razón. ¡Sigue, Blanca mía, sigue en Jerusalén, lejos de estos miserables, que yo los confundiré á todos, á todos! El ángel del bien va delante de mí... Ahora lo estoy viendo que abre sus alas de oro, me cubre con ellas y fija su mano de seda sobre mi frente. ¡Qué hermosos son los ángeles del Señor... del Señor!...

Pedro calló y Juan alzó el bastón-lanza, se coloreó su tostado rostro exclamando:

—¡Hay un Dios!... Sí, el mismo que detiene mi brazo, que me impide clavar esta aguda moharra! ¡Yo quería matar á ese hombre y no puedo! Está dormido y le tengo miedo!... ¡Se ríe de mí!... ¡Se burla de mis amenazas! ¡Maldición!... ¡Se me cae la lanza de las manos! ¡Me faltan las fuerzas!... ¡Ríe sí; conde de Lara, indefenso y dormido me

vences!... ¡Y todo porque tú tienes Dios y yo no! ¡Pero si nadie me guió, si me empujaron al crimen y entre bandidos y fieras pasé toda mi vida! Mi padre, mis hermanos, mis amigos, ¿no eran ladrones? pues ¡qué había de ser yo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Perdona á este desgraciado que fué cruel porque no te conocía! ¡Yo pasaré mi vida entre los montañeses de Lara, que allí no existe maldad ni nada contrario á ti! ¡Conde! ¡Conde! ¡Me perdonasteis la vida y me acercasteis al bien! Así pagáis al que os quiso asesinar. Gracias, señor; desde hoy en adelante veremos si hay entre vosotros montañeses otro que os ame más, que se halle tan dispuesto á perecer por vos.

En este instante se oyó la precipitada carrera de muchos caballos que cruzaban el monte con tal ímpetu que conmovían las rocas por donde pisaban. Juan exclamó:

—¡Los bandidos! ¡Ay de nosotros! Pero ¡ay también de los primeros que intenten penetrar aquí!

Y alzando el bastón-lanza quedó junto á la puerta de su cabaña, defendiendo la entrada. Después añadió:

—¡Dormid vos, hombre extraordinario, que no os he de despertar hasta que cubierto de heridas y sin aliento os entregue esta lanza para que la manejeis mejor que yo!

La carrera de los corceles continuaba en diferentes direcciones; después se fué alejando cada vez más hasta que se perdió por completo; mas pronto volvió á escucharse de nuevo otra. Juan, fijo en el ruido que producían las fuertes pisadas de los caballos no se movía ni aun respiraba.

—Ahora se dirigen aquí,—exclamó por fin.—¡Oh! ¡Algo ocurre de extraño entre los habitantes de la cueva!

Y aplicó el oído queriendo percibir algo más que aquel ruido.

—No hablan—dijo;—positivamente no son los bandidos. ¡Bien corren! ¡Ya se aproximan, maldición! ¡Ah! ¡Rodean mi cabaña, se detienen! ¡Estamos perdidos! ¡Qué veo! ¿son fantasmas? ¡Van cubiertos de blanco imitando á espectros en-



vuelos en sudarios! ¡Si estaré yo también dormido! ¡Maldición! ¡Si son moros! Moros que habrán averiguado el paradero del Temerario y sabiendo que estaba solo vienen á asesinarlo vengando de este modo las mil derrotas que el caudillo castellano les hizo sufrir.

Y sin abandonar la entrada gritó:

—¡Señor! ¡Señor! ¡El enemigo! Despertad por Dios, que os van á asesinar.

—¿Qué es eso, Juan?—le preguntó Lara abriendo los ojos.

—Al lado de mi cama hay una espada, cogedla, señor, que nos sitian los moros.

—Juan, déjame dormir.

—¡Señor, que son zegríes; la tribu más poderosa y valiente que tienen los granadinos!

—Si llaman, ábreles la puerta, que los manda un ángel.

—¡Un ángel, sí! Un demonio que acabará con los dos. ¡Maldición, está medio dormido y no sabe lo que dice ni ha podido comprenderme! ¡No echan pie á tierra! ¡Cual mudas estatuas permanecen allí sin intentar atacarnos! ¡Cada vez me confundo más!... Por fuerza duermo yo también y estoy soñando como lo hacía poco ha el conde de Lara. ¡Terrible noche! ¡Milagro será que mañana á estas horas aliente! Me duele morir cuando empezaba andar por el buen camino. ¡Cómo ha de ser! ¡Nací desgraciado y llegó el caso de no haber perdón para tanto pecado cometido por mí!

Y Juan se resignó con su suerte; pero sujetó bien la puerta de su cabaña y aguardó pesaroso el ataque para defender la vida de Lara y la suya con el valor de la desesperación.

Pasó un cuarto de hora, que le pareció un año al defensor del Conde. Durante este tiempo sólo interrumpieron el silencio de la noche los relinchos y piafar de los corceles; en cambio parecían mudos los jinetes que rodeaban la cabaña y los que debían hallarse esparcidos por el monte. Juan los observaba por los agujeros que tenía la puerta, pero sólo veía la blanca franela de sus mantos, los turbantes y el brillo de sus cortantes aceros.

Poco después percibió el ruido de muchas pisadas de hombres que se acercaban pausadamente; miró á Lara y notó que continuaba durmiendo y soñando. Un instante después dieron un golpe acompañado de las siguientes frases:

—¡Alí, señor.

Juan nada contestó; el Conde permanecía dormido. Seguidamente se oyó un terrible mazazo, cayó la puerta y el negro se precipitó sobre Juan; pero á la vez gritó el Conde que despertó al ruido y reconoció á su sirviente:

—¡Alí, déjalo!

Ya era tiempo, pues el africano dió un salto igual al de la pantera, burló el bote de lanza que le tiró Juan, se abalanzó á su cuello y ya lo tenía medio ahogado.

—¿Negro, qué ocurre?—le preguntó el Conde.

—Susto por susto, señor; ya estamos en paz.

—¿Qué quieres decir?

—Que creí te habían muerto y...

—¡Juan!—exclamó Pedro con interés. —¿estás herido?

—No, señor; mas ese tigre se me abalanzó al cuello de un modo que me ahoga si vos no lo evitáis.

Lara y el africano sonrieron al ver los movimientos de cabeza que hacía el dueño de la cabaña, queriendo expeler el agudo dolor que sentía en la garganta. El Conde preguntó luego al africano:

—¿Qué has hecho, negro?

—Señor Conde, veinte zegríes conducirán en breve á tu tío al sitio que desees; y á la puerta de esta cabaña esperan los treinta y nueve bandidos apriisionados y algunos de ellos heridos.

—¿Se defendieron?

—Cinco nada más.

—Cuéntame lo acontecido sin omitir nada.

—Llamé á la maga, señor, á la maga; ésta á los zegríes; veinticinco corrieron en busca de D. Juan; con otros tantos á pie sorprendí á los del bosque, rodeé la cueva, penetramos en ella, inutilizamos á los cinco que se atrevieron á hacer armas, los atamos á todos con sus propias cuerdas y aquí los tienes.



—¿Y el de la cruz roja?

—No lo he visto esta noche, señor. Habrá comprendido como tú, que para tales bandoleros basto yo solo.

—¿Qué gente rodeó poco ha esta cabaña?

—Veinte zegríes.

—¿Qué intentaban?

—Defenderte.

—¿Contra quién?

—Contra todos tus enemigos.

—Cuidadosos están de mí, africano.

—Así se lo ordenan.

—¿Quién?

—¡La maga, señor, la maga!

—Tráela á mi presencia.

—No vendrá, señor.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—Juan, ¿cómo está tu garganta?

—¡Mejor, señor; mas ese tigre!...

—No le mires de ese modo, que vale más que tú.

—Es negro, señor Conde.

—Pero tiene muy noble el corazón, Juan, y tú...

—Comprendo.

—Hay, además, pocos castellanos que puedan luchar con él.

—Mucho debe valer, cuando vos lo ologiáis.

—Vale tanto, que no puedes comprenderlo tú, Juan. Allí, que entre el capitán de bandidos, soltadlo y dejadme solo con él.

Los dos salieron, penetrando poco después el jefe de los salteadores. Le habían quitado, efectivamente, las cuerdas y llevaba manchada la ropa con la sangre que vertía aún por la herida que no ha mucho le hizo un zegrí. Lara le mandó cerrar la puerta y cuando le tuvo frente á frente, y á tres pasos de distancia, le preguntó:

—¿Me conoces?

—No.

—Soy el conde de Lara.

—¡Pedro el Temerario!—exclamó el bandido palideciendo.

—Ha tiempo que corre por Castilla la noticia de tus muchos crímenes y atentados. El mundo entero escucha tu nombre con horror, y has podido continuar

robando y asesinando, porque yo no estaba en el reino. Perseguido, acosado por los vasallos del rey de León, entraste en Castilla y no tuviste miedo de fijar tu inicua planta en las cercanías de la corte. ¡Miserable, llegó el último instante de tu vida! Te sobran delitos para morir en un patíbulo; mas por si algo te faltaba tendiste una emboscada esta noche y sorprendiste á mi tío, hiriéndole y robándole, sin cuidarte del apellido que lleva.

Calló el Conde, en tanto que el malhechor inclinó la frente sin hallar nada que contestar. El primero continuó:

—Mil vidas que tuvieras perderías mañana en un patíbulo afrentoso, á manos del verdugo, silbado por el pueblo y escarnecido por la multitud.

El rostro del foragido palideció más, movió la cabeza y con frases entrecortadas contestó por último:

—Todo lo que me pidierais daría porque no me matasen en público, y tened entendido, señor, que yo no herí á vuestro tío; fueron otros.

Esto era justamente lo que deseaba saber el Conde; mejor dicho, sobre lo que quería entablar cuestión. Así es, que con indiferencia, pero con doble intención, le dijo:

—Esos otros no pueden ser más que tus facinerosos.

—No lo creáis, son sevillanos, que pasan por caballeros y obran peor que nosotros. Los míos, han robado, es verdad, mas ellos roban y asesinan.

—Supongo, que será una calumnia de bandidos, por cuya razón pagaréis vosotros los robos y los asesinatos.

—Moriremos, y no por eso dejará de ser cierto que quince nobles sevillanos, unidos á nosotros, han cometido crímenes por los cuales, y por quedarse con casi todo lo cogido, íbamos á rifar en la próxima mañana.

—¿En qué sitio?

—En ese cercano bosque.

—¿A qué hora?

—Al ser de día.

—¿Ellos vendrán por el camino de Sevilla?

—Ciertamente.



—¿Cómo se apellidan?

—Creo que usan nombres supuestos.

—Entonces, ¿cómo te atreves á decir que son nobles?

—Gastan escudos de armas y son enemigos vuestros y del rey de Castilla.

—¿Conoces á alguno por su verdadero apellido?

—No; pero el jefe es pariente de don Lope de Haro, señor de Vizcaya.

—Si algo más me pudieras decir de ellos dejarías de morir en público.

—Sólo sé que habiendo averiguado nuestro paradero, nos hicieron proposiciones admisibles para bandidos, siendo una de ellas la de que si caíamos en poder de los soldados del Rey nos librarían de morir los poderosos individuos de una logia á la cual pertenecían todos.

—Mañana os sentenciarán á muerte; con vosotros irán al patíbulo los quince individuos que te han acompañado esta noche, y si Dios me ayuda, no tardarán en seguirsos todos los de la logia.

—¿No hay medio alguno que me libre de morir?

—¿Sabes algo más de esos nobles?

—No, señor.

—¡Alí! —llamó Pedro.

El negro entró; su amo le dijo:

—Sujeta á ese hombre; condúcelo, en unión de todos los suyos, al corral de la cabaña, y bien custodiados que esperen allí. Cuando hayas concluído vuelve.

El capitán se dejó atar por Alí, inclinó la cabeza sobre el pecho y se resignó á sufrir su destino.

Algo más tarde volvió el negro y le dijo al Conde:

—Señor, tus órdenes quedan cumplidas.

—¿No se escapará ninguno?

—No.

—Alí, en esta cabaña eres más poderoso que yo, pues no tengo á nadie más que á ti, mientras que tú dispones de una maga, de los caballeros más valientes que tiene Granada y de caballos que envidiaría el rey de Fez.

—Todo eso es cierto, amo mío; pero si yo dispongo de tanto y tú de mí, claro es que tú solo mandas en todos.

—Africano, tú que eres el caudillo esta noche, ponte al frente de esos escuadrones, rodea con ellos el bosque próximo, dejando únicamente libre la entrada del camino de Sevilla. Al ser de día penetrarán por ella, en quince briosos caballos, otros tantos encubiertos jinetes. Entonces cierras tu semicírculo y lo vas estrechando en tal disposición que muertos ó vivos vengan aquí contigo los quince castellanos. Es una batida de lobos, animal astuto, pero cobarde. Procura que no te vean hasta cerrado el círculo y ataca luego sin miedo ni compasión; mas no te expongas mucho, Alí, que si murieses, cuentas me pediría el ser que más amo en el mundo, y con razón, que si los zegríes valen mucho vales tú más que los zegríes.

—Pero tú mucho más que todos nosotros juntos, y Doña Blanca más que tú y que nosotros.

—Eso último es cierto, Alí.

—Y lo primero también, amo mío.

—El bosque está espeso, son gruesos los troncos y la enramada bastante baja: cada jinete podrá estar detrás de un árbol, y á una señal convenida...

—Comprendo, y se hará todo como quieres.

—Esos moros son los únicos para emboscadas.

—Creo lo mismo, y voy á exigirles otra prueba.

—¿Te obedecen muchos?

—Trescientos.

—Por lo visto se aumentó el número.

—Ha poco llegó un refuerzo de cien.

—Poderoso te vas haciendo, negro.

—Yo lo creo: mi ejército se compone hoy de un príncipe, cuatro jefes de tribu, diez mil quinientos caballos mahometanos y una maga.

—¿No tienes además un caballero de la cruz de Santiago y un escudero que llega hasta las gradas del trono de Castilla?

—A esos no los he mentado, amo mío, porque no puedo hablar de ellos y porque aún no se ha aclarado quién obedece á quién.

—Tú no tienes más amo que yo, africano.



—Por nadie en el mundo te cambiaría, señor.

—Allí, los lobos habrán salido ya de sus madrigueras.

—¿Me das tu permiso, señor?

—Sí.

—En el corral quedan con los bandidos cuarenta zegríes. ¿Te hacen falta más?

—No; llévate á Juan, que conoce bien el terreno, y si sus heridas se lo permiten, que se bata á tu lado; creo que de ese espía puede hacerse un hombre de bien.

—Pronto empezará á amanecer.

—Parte inmediatamente.

Algo después, Juan y Alí, seguidos de doscientos sesenta zegríes, se emboscaban en el sitio designado por el conde de Lara. Enterado éste de cuanto convenía á sus intentos, y hallándose agradablemente sorprendido con el poderoso auxilio de los mahometanos, juzgó innecesaria su presencia en el sitio de la lucha, entornó la puerta de la cabaña, volvió á sentarse é hizo por dormirse nuevamente. Sin comprender la causa, se hallaba esta noche abrumado por un sueño que no podía desterrar del todo.

## CAPITULO X

*Sueño de Lara. — La hechicera, el hechizo y la verdad soñada. — Dudas, incredulidad.*

Los cuarenta zegríes dejaron sus caballos en un extremo del corral de la cabaña, formaron un círculo, cogieron en medio á los bandidos y hablaban entre sí; mientras que los prisioneros, ligados fuertemente con las cuerdas de que ellos hicieron uso tantas veces contra sus infelices víctimas, sentados sobre el duro suelo, maldecían su suerte y votaban contra Juan, el que suponían los había vendido y entregado al conde de Lara. No ha mucho murmuraban de los sevillanos y hasta intentaban amenazarles si en lo sucesivo no repartían por igual el fruto de sus crímenes; y ahora fundaban en ellos y en los individuos de la lógia su única esperanza, re-

cordando los ofrecimientos que en día menos aciago les hicieron; que la esperanza no la pierde el reo ni aun en el instante de sentarse en el terrible banquillo. Tales ofertas contaban más de un mes, y era más fácil ofrecer que cumplir lo ofrecido, hallándose en Castilla el famoso conde de Lara, para el cual no existían malos caminos, barrera que detuviese su atrevida planta, ni cosa alguna que lo acobardara.

En este instante volvían á unirse los párpados del Temerario, y presa esta noche de su tenaz sueño, tornó á quedarse dormido. Poco después se abrió lentamente la puerta y apareció la esquelética figura de la maga. Iba descalza como de costumbre; llevaba el pelo suelto, cubriendo sus carnes con una grosera túnica que empezaba en la garganta y concluía en los tobillos, sujeta á la cintura con un cordel. Su piel estaba curtida por el viento, el agua y el Sol; y aun cuando sus facciones eran regulares, tenía su rostro una expresión que imponía al que la miraba. De sus negros y rasgados ojos parecía salir fuego, si bien tenía casi siempre los párpados entornados.

Entró, según acabamos de decir, cerró la puerta y quedó frente al soñoliento con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. Luego lo miró exclamando:

—¡He aquí el terror de los sectarios del profeta, de los hijos de Alá! ¡Su brazo más fuerte que el acero, todo lo puede, todo lo resiste, todo lo avasalla!... ¡Nació feliz, y su estrella no ha cambiado nunca!... ¡Yo también vi la luz del mundo sonriéndome la dicha que llega á los elegidos: pero acabé maldita!... ¡El mundo que ayer me adulaba, hoy huye de mí despavorido!... ¡Pedro, yo soy tu antítesis en la tierra; á ti te inspira, te defiende un querube de Alá; á mí... á mí un poder oculto, misterioso, que me enseña á cada momento la verdad, pero que me hace rodar por el mundo como á piedra impelida por los huracanes!... ¿Qué poder es ese que te protege y abre el misterioso arcano del mundo?—me preguntaba el mago Isaac;



el primer sabio de la tierra. Yo sé, yo conozco al ángel que defiende á Lara, que lo inspira; lo veo subir á las estrellas, bajar nuevamente y posar sobre sus hombros; es hermoso, celestial; pero el mío sale de las entrañas de la tierra, y es negro, horrible, y cuando mora en mí, me despedaza el corazón!... ¡Lara, soy tu antítesis, debía ser tu eterna enemiga, la rémora, que siempre en tu camino, te estorbaba seguir adelante; el ángel malo que contrabalanceara la protección de tu ángel bueno; mas ella quiere que te proteja, y nada puedo negar á la hurí á quien tanto debo, á la sultana cuya defensa me impuso mi destino! Gozosa cruzo en pos de Fátima los mares, los montes y los campos; pero cuando me acerco á ti sufro, me atormenta el deseo de confundirte, y lo haría si ella no me dijese á cada momento: «Defiéndelo, que su vida es la mía.» Fátima, yo no puedo, no quiero desobedecerle. Deseas que el Temerario sepa la verdad sin comprenderla, y lo vas á conseguir en este instante.

Y aquella misteriosa mujer fijó su diestra en la frente de Lara, é instantáneamente se fué encendiendo su rostro; después oprimió un poco su costado izquierdo y comenzó á respirar con fuerza y una fatiga que iba acelerando por momentos. Lo dejó luego, sacó un frasco y lo vertió sobre la luz de la linterna, tomando ésta á la vez un color rojo, cuyos reflejos parecían ensangrentar el interior de la cabaña. Concluído se cruzó de brazos nuevamente y quedó frente al Temerario con la cabeza inclinada y como ensimismada.

El Conde había pasado del sueño á una especie de letargo penoso é incómodo; poco á poco se fué incorporando hasta ponerse derecho, se pasó las manos por la frente, como queriendo quitarse un peso que le estorbaba, y exclamó:

—Oigo á mi adorada Blanca que cuestiona acaloradamente con mi padre, el suyo y con cuantos caballeros la rodean. ¿Qué dice?... ¡Ah, quiere seguirme!... ¡Luego aquella conformidad que demostró era fingida! ¡Me engañaba!...

¡Angel de Dios! ¡Abandona á sus padres, su tranquilidad y reposo, por seguirme á la guerra, y á mi lado velar por su amado Pedro! ¡Qué buena es, qué valiente y qué hermosa! ¡Sólo Dios podía hacer un corazón tan tierno y á la vez tan fuerte y varonil! ¡Eres la más bella de las mujeres y el más atrevido de los seres que conozco! ¡Oh, y con qué calor cuestiona! ¡Sus divinos labios vierten una lógica irresistible; ha convencido hasta á mi amigo Lázaro, y en revuelto turbión los arrolla y conduce á las costas de Siria! ¡Cuál corre en un caballo árabe, por los campos de Jerusalén! ¡Va delante de todos; ni jóvenes ni viejos pueden seguir su veloz carrera! ¡Apenas se detiene más que el tiempo indispensable para tomar el necesario alimento! ¡Ya llegan á Damasco, su pueblo natal; ahí besaron su pura frente por primera vez las auras del mundo! Sin pararse corre á la orilla del mar, fletan un buque y se dispone á partir; le sigue mi escudero Márcia, el buen Lázaro que la ama tanto como yo; éste se dispide de mis padres y salta á la lancha mientras aquéllos la estrechan y la ruegan que se quede; pero ella cogida á la mano de Mahomad y con una resolución heroica, les contesta:

—Debo seguir su suerte, arrostrar sus peligros y vencer ó morir á su lado.

—¡Tiene razón; una esposa como ella debe morir junto á su marido! ¡De este modo, unidas sus almas en la vida, lo estarán en la muerte y enlazadas cruzarán el éter, llegarán á las gradas del trono del Señor, y su inmensa bondad les otorgará que continúen así por la eternidad! .. Los ancianos, sufriendo el oleaje que lame sus plantas, la saludan constantemente y cubren sus rostros un baño de lágrimas. El bote que la conduce surca el agua como el aire por el espacio; y ella mueve un pañuelo blanco, última despedida que hace á su padre y al mío, y al llanto de los caducos contesta con una sonrisa terrible, tiende su mirada de águila á Occidente, y oprimiendo la mano de mi buen Lázaro, le dice:

—¡Hacia allí camina, señor de Márcia; allí están sus enemigos esperándole!... Lázaro Rueda, dí á los de ese barco que



si avanzan tanto como anhela mi deseo, les daré cuanto oro me pidan. ¡Quiero llegar antes que él; mucho antes, Márcia!

Los dos suben al buque, éste leva anclas y parte en dirección de Europa. De pronto se levanta un huracán terrible; las olas se alzan á la altura de los montes, y el barco de mi Fátima parece una paja impelida por la fuerza del Universo entero. ¡Deteneos, huracanes, que el fondo del mar no es la morada de los querubes!... ¡Compadeceos de ese ángel que corre en busca de la mitad de su corazón!... ¡No silbéis de ese modo, que crujen las tablas de la débil embarcación; que va á entrar el agua por las hendiduras; que va á perecer mi esposa amada! ¡Detente, ola terrible! ¿Qué haces? ¿Dónde está el barco? Mar, olas, aquilones, ¿por qué me robáis ese pedazo de mi alma? ¡Va á morir! ¡Dios mío, Dios mío, salvadla! ¡Su madre y la mía que tanto sufrieron en el mundo, ruegan al Eterno por ella al pie de su excelso trono!

El soñoliento ó hechizado conde de Lara se oprimió la frente con las manos empapando éstas en el ardiente y abundante sudor que corría por aquélla. Su rostro estaba encendido como la grana, contraído y ardoroso como el de un calenturiento. La maga lo miró con interés, exclamando:

—¡Cuánto la amas! ¡Todo por ella!

Y fijó la tosca piel de su diestra sobre la frente del Temerario. Desde aquel momento respiró éste con más tranquilidad, se apagó el ardor de su sangre y fué bajando el carmín de su epidermis; retiró su mano la hechicera y sonriendo él dulcemente, continuó:

—Cesó el huracán; y viento en popa cruzas ya el Mediterráneo con velocidad pasmosa. Pronto verás las costas de Andalucía. El Cielo escuchó piadosos los ruegos de dos mártires, tu madre y la mía; y tu barco adelantó al mío en poco tiempo doscientas millas. Llega primero, que tan noble empeño merece recompensa. Pero, ¿adónde vas? ¡Ah! te diriges á Motril. ¿Quieres entrar en Granada antes que en Sevilla? Comprendo. Ya

estás en tierra; y sobre un brioso alazán corres á la capital de Mahomad II; el enjambre de moros que te miran, te abre paso, aplaude tu brío y gentileza, y ninguno se atreve á estorbar tu carrera. ¡Cómo haces sudar á mi buen Lázaro! es granginete, pero no hay quien te siga, Heroína Zegrí. Granada te abre sus puertas, te admira el califa; hablas con el príncipe Muza, con el noble Abenamar abencerraje, con Reduán, Aliatar, Adoradín, Gomel, Ganzul, y te rodeas de la poderosa tribu zegrí, de la que es tu padre jefe absoluto. Todos quieren seguirte; no hay caballero granadino que resista á ese acento tan puro, tan dulce, tan suave como el de los ángeles; tan lógico como el de la verdad, la razón y la justicia. Tu aliento y tu rostro les inspira amor, entusiasmo y sed de gloria. En pos de ti corren ya los más valerosos musulmanes, sin reparar que eres cristiana; que tu corazón es mío y que tú, mientras vivas no puedes ser de otro que de Lara; pero has prendido en sus corazones el fuego del combate, el amor á la victoria é irán contigo adonde tú quieras conducirles. Son leones que tu poderoso genio trocó en ovejas de un rebaño que tú sola eres capaz de guiar. Llegas á Molina; las puertas de tu opulento alcázar se abren, salen á recibirte mayordomos, doncellas, pajes y criados sin cuento. «Guera y sangre les dices, no llorad, esclavos del profeta, ni ved en mí la hija de vuestro amo y señor Mahomad, soy el guerrero que corre en busca de la pelea. Una armadura al momento, un manto, un penacho negro y una cortante espada.» Pajes y doncellas la arman y con arrogancia sin igual, pisa, corre y se mueve. Mi buen Lázaro la mira con temor y sobresalto; se acuerda de mí y suspira. Un caballo pide la Heroína, su bravo é incansable alazán tostado; la cubren con un manto blanco igual al mío... ¡Qué miro! ¡Qué cruz es esa!... ¡Será cierto! Blanca, esposa mía, ¿por qué no me abres tus brazos? ¿Por qué callas, cuando tu voz da vida á mi existencia, enloquece mi mente y forma mi felicidad?.. ¡Blanca á tres pasos de mí!...

—Basta, Pedro de Lara—exclamó la



maga fijando una mano en su frente y apagando la luz, — basta, despierta, y duda de la realidad, que así lo quiere la sultana.

Y la hechicera dió un grito espantoso, salió al monte y cruzó por él, impelida por la misteriosa fuerza que guiaba sus pasos.

El conde de Lara abrió los ojos, retiró de su frente los ensortijados cabellos, y á ciegas, anduvo como un loco por la pequeña estancia: después salió fuera de aquélla, refrescó el ambiente de la madrugada su ardorosa cabeza, se detuvo y exclamó:

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡Es un sueño ó una realidad lo que acabo de ver! ¡La maga, miesposa, Lázarro, el de la cruz roja!... ¡Oh, no puede ser; terrible sueño se apoderó de

mi mente, y un delirio torpe y pesado ofuscó mi razón! ¡No sé por qué, pero es lo cierto que el incógnito de la cruz roja me hace hasta soñar con él!... Mi pobre Alí se estará batiendo ahora con esos miserables, mientras yo, de delirio en delirio dejaba tranquilamente transcurrir la noche. Ya es tarde para ayudarte, pobre africano; hoy eres tú solo, mañana nos tocará á los dos.

Y el Temerario tornó á la cabaña, bebió agua y se sentó nuevamente, esperando el regreso de los zegríes.

## CAPITULO XI

Relato de la batida. — Insultos hijos de la desesperación. — Temeridad de Lara. — Fin de catorce bandidos.

Poco á poco fué retirándose la noche, dejando paso á la bellísima aurora que riente y agradable, comenzó á iluminar las ondas del mar, el campo y los mon-

tes. Los pájaros alzaron sus picos, sacudieron las alas y esperaron. Las flores presentaban, unas las cristalinas gotas de un rocío que intentaba disputar su caridad al brillante, y otras su cáliz entreabierto con una languidez que debía desaparecer con el vigor que en breve iba á prestarles el monarca de los astros. Des-



...impelida por la misteriosa fuerza que guiaba sus pasos...

pués fué dorándose Oriente, y algo más tarde asomó la majestuosa faz del sol. Los pájaros comenzaron á cantar; las rosas abrieron del todo su cáliz, el rocío, diáfano y brillante, rodó al suelo, presutando humillación á unos rayos más luccientes que él; y la Naturaleza, en fin, salió de su latargo, para recobrar la vida y fuerza que le presta el día.

El conde de Lara seguía sentado sobre el duro sitial de madera, cuando oyó la carrera de varios caballos que se dirigían hacia la cabaña. Eran Alí, Juan y



los moros que regresaban de la batida.

Poco después se presentó el negro, y mirando á su amo con semblante risueño, le dijo:

—Señor, queda terminada la cacería, y en tu poder los quince lobos.

—¿Te dieron mucho que hacer?

—No.

—Cuéntame lo ocurrido.

—Como más conocedor del terreno y de la clase de fieras que queríamos apresar, enteré á Juan, el cual dirigió admirablemente el principio de la emboscada. Llegamos al paraje, y favoreciéndonos la espesura del bosque y la corpulencia del ramaje, nos situamos bien, después de convenir en la señal y modo de formar un círculo de hierro, por el que no pudiera saltar ninguno. Juan y yo ocupábamos los respectivos extremos de la media luna, montados sobre dos de los mejores caballos que tenían los ladrones de la cueva; de este modo pasó poco más de un cuarto de hora; los potros parecían comprender nuestro intento y situación, hasta el punto de permanecer todo ese tiempo detrás de los árboles sin moverse. Llegaron los sevillanos, y no sospechando nada, penetraron en la media luna, é instantáneamente se hallaron rodeados por más de doscientos cincuenta zegríes que, espada en mano y con el ímpetu que distingue á los individuos de esa tribu, cayeron sobre ellos. Sorprendidos, confusos, acobardados y aturdidos, se entregaron á discreción, demandando la vida de un modo tan débil como angustioso. Empezamos por desarmarlos, después los sujeté con cuerdas que llevábamos al efecto, y á diez pasos de la cabaña quedaban á tu disposición. Creen casual la prisión, y que sólo se trata de un cautiverio, del que podrán librarse con oro. Suponiéndonos árabes á todos, decía uno de ellos á otro de sus compañeros cuando veníamos hacia aquí: «Maldita casualidad nos ha hecho caer en manos de esos bárbaros; pero á bien que con el dinero de Lara tendremos sobrado para nuestro rescate.»

—Según eso, ¿no se ha llegado á verter sangre humana?

—No, ni aun á desnudar los aceros.

—¿Dices que están á la puerta de la cabaña?

—Sí; míralos.

Y ambos se dirigieron á una especie de explanada que existía á la mitad del descenso del monte, donde continuaban los zegríes formando círculo, en cuyo centro tenían á los prisioneros. Estos se hallaban de pie, hablando entre sí; llevaban todos cota de malla, casco y bajada la celada.

El conde de Lara llegó, seguido de Alí, hasta hallarse á tres pasos de ellos, los miró fijamente, exclamando:

—¡Famosos campeones, por vida mía!... ¿No os avergüenza ostentar títulos de nobleza é insignias de caballeros? ¡Miserables bandidos, pensabais rescatar vuestro cautiverio con el oro de mi tío y no sabéis que toda vuestra sangre es poca para lavar la mancha con que habéis empañado el ilustre nombre de vuestros antepasados!

Después se acercó á ellos, fué arrancándoles los cascos, y reconociéndolos uno por uno, dijo:

—Bien, Bernardo de Castro; peor suerte sufrirás en Sevilla que tu tío en Osuna. A tu lado está el sobrino del conde de Haro; siguen dos Mendozas, Aníbal, Trajano y hasta quince caballeros que no valen tanto entre todos como mi verdugo del Saucejo. ¿Hallasteis, por ventura, en vuestros pergaminos, privilegio para asesinar y robar, llamándoos á la vez hidalgos? ¿Cómo no se os ocurrió á alguno, que bastaba acercarse de mal modo á un Lara, para que el león alzase la garra y os confundiera á todos? ¡Os arruinaron vuestros vicios, y en vez de adquirir fortuna con la espada en la mano, frente á los enemigos de vuestra patria, os venís á la partida del Buitre, y peores mil veces que él os lanzáis al crimen, sin miedo á vuestra honra, sin compasión á vuestras víctimas! ¡Caisteis en mi poder, y con la misma piedad que tratasteis á los desgraciados que condenó vuestro furor, os sentencio yo á muerte!

Los sevillanos comprendieron entonces que la celada en que acababan de



caer fué dirigida por Lara y que sólo la muerte les restaba en el mundo. La verdad de cuanto acontecía se les presentó tan negra, dura y amarga como era en sí. El Conde, nombrado ya justicia mayor del reino, tenía presos á los malhechores de la cueva, los cuales era de suponer que habrían declarado ya lo suficiente para hacer justa la sentencia de Lara, y en trance tan cruel, empezaron por temblar de miedo, apoderándose poco á poco de la mayor parte, la más horrible desesperación. Haro levantó por fin la cabeza, y con toda la ira y enojo que acumuló en él lo crítico de su situación, exclamó:

—Has necesitado del auxilio de trescientos moros para sorprendernos y poder matar en una villana emboscada. Y no obstante la seguridad que te ofrecía la premeditada acción y los muchos bárbaros que tenías á tus órdenes, no te has atrevido á presentarte delante de nosotros hasta vernos sujetos de este modo. Mátanos, Pedro el *Temerario*, y si tu renombre se funda en la *temeridad* de los hechos, podrás decir con orgullo, que á falta de valor, eres tan *temible* como el verdugo de Sevilla.

El rostro de Lara se contrajo y su mirada despedía fuego; mas hizo un esfuerzo sobre sí, se contuvo y con calma, les preguntó:

—¿Bandoleros, peores que los de esa cueva, pensáis vosotros lo mismo que vuestro digno compañero que acaba de hablar?

—Sí, sí—le contestaron todos; Castro añadió:

—Creo lo mismo que mi amigo Haro, y digo además, que si nosotros hemos formado parte de una compañía de bandidos, tú has sido siempre el capitán de una horda de bárbaros montañeses, tan rudos y tan salvajes como tú; hombres que, cual fieras, se lanzan á la pelea en alas de su instinto leonino; si bien te han servido de pantalla para hacerte tan temible como lo es el ejecutor de Sevilla. El lobo sólo es valiente entre la manada y contra el rebaño de ovejas. Ved ahí, amigos míos, por qué no se ha presentado á nosotros hasta ahora.

Al concluir de hablar Castro, lanzó el Conde una terrible carcajada, cuyos ecos repitieron los cóncavos del monte. En aquella risa fatal había una ira comprimida, que al estallar debía llevar necesariamente consigo la muerte. Los injustos, amargos y crueles insultos que acababan de hacerle no podía sufrirlos su valor; por eso dejó que se apagara la clara luz de su inteligencia, y en brazos de su inimitable temeridad, riendo siempre, les dijo:

—¿Con que soy bárbaro, cobarde, y mi celebridad es la del verdugo? Por María y la Cruz, que no he de dejaros mentir; voy á ser con vosotros cobarde, bárbaro y verdugo; pero del único modo que puede serlo un caballero, sin rebajarse; he aquí la prueba: seré cobarde, porque pudiendo con cincuenta de vosotros me voy á batir sólo con los quin-ce; seré bárbaro, porque os voy á herir sin compasión; y verdugo, porque acabaré con vosotros como él lo hace con los reos, y no os dejaré hasta que exhaleis el último suspiro. ¡Alí!—gritó con imperio—mi bastón-lanza y una rodela zegrí; suelta á esos miserables y devuélvelos sus espadas y dagas.

El africano que vertía sangre por su labio inferior de tanto oprimírsele con su fina dentadura al escuchar los insultos hechos á su amo, dudó, exclamando por último:

—¡Señor!...

—Negro—le dijo Lara,—obedece ó huye de mi lado.

Alí bajó la cabeza, y arrojando por su boca espuma y sangre, le dió á su señor lo que le había pedido, desató á los presos y les entregó sus aceros.

El Conde miró el círculo que formaban los zegrís, y les dijo:

—Musulmanes, ensanchad el campo cuanto sea posible, y á fuer de caballeros, os ruego presenciéis el combate sin moveros de vuestro sitio. ¿Lo haréis?

—Sí—le contestaron todos.

Y se fueron retirando cuanto les permitía la desigualdad del terreno; mas quedaron formando un círculo tan compacto que era imposible pudiera salir



de él ninguno de los combatientes, á no permitírselo los jinetes.

En tal estado, miró atrás el Temerario, y viendo á Juan y á Alí que estaban armados cerca de él, añadió:

—Salíos de aquí, y si deseáis ver el combate, hacedlo desde una de esas alturas.

Los dos inclinaron la cabeza y obedecieron.

En cuanto á los bandidos, sueltos ya y provistos de sus espadas, á pesar de ser quince contra uno, todavía temían la mayor parte, demostrando el pavor que cobijaba sus corazones en la palidez de sus semblantes y en la debilidad con que levantaban el acero. Todos miraron á su poderoso enemigo; y viendo la muerte en el fuego que despedían sus hjos, en lo contraído de su semblante y en la aguda moharra de su bastón, decidieron interiormente defenderse hasta perecer; que al fin era preferible aquella muerte, caso de sucumbir, á la que les aguardaba de otro modo en la plaza pública.

El temerario Conde, tendió sobre ellos, los zegríes y el terreno, su mirada de águila; vió á los primeros arremolinados y temerosos, pero dispuestos á la defensa, y exclamó:

—¡Asesinos sentenciados á muerte, he aquí al bárbaro, al cobarde, al verdugo que os va á decapitar!

Y cayó sobre ellos iracundo, pero sereno; hábil, valiente y osado hasta la temeridad. Quince afiladas puntas de acero lo recibieron, chocando la mayor parte de ellas con su rodela árabe, en tanto que él, de dos botes de lanza, dirigidos con una rapidez asombrosa, atravesó las mallas y los corazones de Haro y de Bernardo de Castro, que estaban delante, y que eran, al parecer, los más atrevidos de los quince. Los trece restantes compañeros retrocedieron asombrados, contemplaron los restos inanimados de los dos cadáveres y confusos y aturdidos se miraron sin atreverse á avanzar.

Lara, frente á ellos, con su ignata arrogancia, estatura colosal, musculatura de bronce y fuerza de león, quedó

parado, lanzó otra horrible carcajada, que acabó de helar la sangre de sus enemigos, y con vez tan imponente como su gigantesca figura, exclamó:

—Intrépidos donceles, ¿tenéis miedo de este bárbaro y cobarde montaraz?

Ninguno se atrevió á contestarle. El Conde prosiguió:

—¿No sois todavía trece contra uno solo? ¿No decís que ese es cobarde! ¡Valerosos zegríes—añadió dirigiéndose á los moros,—si esos miserables consiguieran hacerme besar la tierra, abridles paso y que marchen donde quieran; pero si vuelven á retroceder, si dudan, si veis que temen á un hombre solo, acuchilladlos en el acto.

Un aplauso fué la contestación de los musulmanes; éstos conocían demasiado lo que valía en la mano de Lara aquel invencible bastón-lanza, ante el cual habían huído ellos, que pasaban por los caballeros más briosos, valientes y aguerridos de Europa, y no dudaban un momento del éxito del combate.

A la ovación mahometana siguió un silencio precursor de la muerte. Los bandidos hablaron entre sí, y convencidos de que si no mataban á Lara morirían todos, se dispusieron nuevamente á la pelea. En consecuencia, combinaron un plan, y con la esperanza de salvarse si conseguían derribar al poderoso atleta esperaron, pero sin atreverse á avanzar.

Pedro los miró con fría tranquilidad, se sonrió al notar la media luna que formaban, con ánimo sin duda de cerrarla y cogerlo en medio para herirlo por la espalda, de no poder por delante ó los costados, y les dijo:

—Muy bien, intrépidos compañeros del Buitre; para apoyar en lo posible vuestro plan me dirijo al centro; de este modo os será fácil cerrar el semicírculo que habéis formado; pero antes encomendado á Dios vuestros pobres espíritus. ¡Por María y la Cruz!

Gritó, cayendo á la vez sobre los trece en la forma que les había ofrecido. Estos le rodearon, lanzaron un voto terrible y le acometieron con más desesperación que inteligencia.



Los zegríes, cual mudas fantasmas, se inclinaron adelante devorando con ansiedad los movimientos y golpes del Temerario. Allí, de pie sobre una colina próxima, apretaba los puños y continuaba ensangrentándose los labios, mientras Juan, pegado ahora á aquél, maldecía por quince y le hacía cargos al africano porque no dispuso en el bosque la muerte de los quince bandoleros.

El famoso Conde, empuñando con la mano izquierda la rodela y con la otra su fiero bastón, penetró en medio de sus enemigos dándoles tiempo para que cerrasen el círculo y lo acometiesen por los cuatro costados. A la vez soltó otra carcajada tan terrible como la anterior y comenzó á tirar botes de lanza al frente, á los costados, á la espalda, manejando su rodela y bastón de un modo admirable. Sus golpes, ciertos, ligeros y hábiles, iban describiendo el círculo formado por los bandidos; la moharra de su lanza no dejaba de herir corazones, mientras que sólo su escudo había recibido los tajos y estocadas contrarios. Mató á seis, deshizo el círculo y fué tocando en el rostro con el bastón á unos, escupiendo á otros y estimulándolos, en fin á la pelea. Por último, arrojó su escudo á la frente del séptimo, lo derribó, y sin más ataque ni defensa que su lanza les acometió nuevamente.

Tres minutos después estaban en tierra catorce; quedó uno solo con vida, el cual, retirado desde el principio de la lucha á un lado, no tomó parte en ella ni hizo otra cosa que presenciarla como simple espectador. Cuando Lara fué á dirigirse á él, cayó á sus pies de rodillas, exclamando:

—Perdón, señor Conde; tengo hijos y la necesidad me obligó á ser malo; pero jamás hice armas contra vos, ni las haría en lo sucesivo.

Pedro miró detenidamente al que de tal modo le hablaba preguntándole luego:

—¿Sois noble?

—Sí, señor.

—¿De quién aprendisteis entonces á implorar la vida teniendo en la mano

una espada? ¿Os parece que he sido poco generoso con vosotros?

—Nuestras cabezas, señor, pertenecían al verdugo, y lejos de dárselas, nos dejasteis en libertad de mataros y de huir; la acción no tiene igual en el mundo; por esa razón os ruego que no me matéis.

—Si preferís que lo haga el ejecutor sea así.

—Anhelo vivir, que soy padre y mis hijos no tienen más amparo que mi protección; mas de perecer, prefiero el verdugo á un hombre tan valiente, tan noble, tan hábil, tan caballero.

—¿No soy ya cobarde, bárbaro ni verdugo?

—Yo no lo dije, señor, ni pude confirmarlo; notad que no me moví de este sitio, ni mi espada se alzó contra vos.

—¡Fuisteis más débil, más cobarde que vuestros compañeros!

—He sido, soy y seré más desgraciado; la muerte es mil veces preferible á la vergüenza que he sufrido robando, que siento ahora.

—¿Quién sois?

—Borja, á mi hermano le conoceréis, que es rico; yo soy bastardo y mi padre sólo me dejó al morir la mancha de su pecado.

—¿Por qué no os atravesasteis el corazón, pedisteis limosna ó demandasteis la protección de un noble como yo, antes que lanzaros al crimen?

—¡No me maté porque mis hijos me lo prohibieron, pedí limosna y... me dieron en el rostro con el embozo de un manto! ¡Imploré la caridad de mi hermano, de dos tíos, de un primo y de diez caballeros y me escarnecieron llamándome bastardo, hijo del crimen!... Luego me ofrecieron robar, y, no obstante dudé; pero mis hijos me pidieron pan y... y me hice bandido.

—¿Es cierto cuanto decís?

—Enteraos, señor, y si miento triturad mis huesos.

—Alzad del suelo, hombre ruin, y contestad á mis preguntas:

—¿Existe en Sevilla una logia á la cual pertenecían vuestros compañeros.

— Sí, señor.



—¿Conocéis á todos los afiliados?  
 —A todos.  
 —¿Y el pensamiento que se proponen llevar á cabo?  
 —También.  
 —¿Son muchos?  
 —Pasan de ciento.  
 —¿Nobles todos?  
 —Todos se creen nobles.  
 —¿Se reúnen en Sevilla?  
 —Sí, señor.  
 —¿Apoyan al pretendiente?  
 —Esos hombres en brazos del crimen corren en pos de todo lo que sea contrario á la justicia y la razón. De sus reuniones salen robos, asesinatos y cuantas maldades está presenciando la corte.

—Por eso hallé á los nobles y honrados sevillanos, tristes, pesarosos; y por eso me apellidaban su esperanza, su protector. ¡Oh! no se han equivocado, lo seré, pese á la pandilla de tigres que intentan devorar la capital de la hermosa comarca donde yo nací. Borja, os perdono la vida y os ofrezco alimento para vuestros hijos; sólo exijo de vos que descubráis la guarida y secretos de los malvados.

—Gran señor, haré cuanto deseáis y si quedan mis hijos á cubierto de la miseria, cuando no necesitéis de mí, sentenciadme á muerte é iré tranquilo al patíbulo.

Lara observó á Borja y comprendiendo que había dicho la verdad y que era más desgraciado que perverso, se volvió á los zegríes y les dijo:

—Valerosos musulmanes, todos lleváis el mismo apellido que mi esposa; su sangre es la vuestra, y si un día al frente de mis escuadrones combatí contra la poderosa tribu de que formáis parte, difícilmente podría hacerlo en lo sucesivo. Todos los mahometanos son enemigos míos; pero hay una excepción y esa sois vosotros. El hombre que en buena lid fué el único que os obligó á volver la espalda, hoy gozoso os tiende su mano, os acepta como amigos y os mira como valientes, que aun cuando os vió correr algunas veces, os admiró siempre y dió por buena vuestra fama de esforzados campeones.

Los hijos del Profeta corrieron en tropel ansiosos de estrechar la poderosa y noble diestra que Lara les tendía; á la vez elogiaban sus hechos, se lamentaban de que no fuese moro y le ofrecían paz, amistad y respeto.

Concluido este acto, el Conde dijo:

—Alí, haz que tus prisioneros de la cabaña entierren á esos catorce desgraciados; luego que hayan concluido corre en mi busca.

Y seguido de Borja y de Juan se encaminó á la cabaña; hizo que el último quitase á su bastón-lanza las manchas de sangre que ennegrecían su extremo superior, sentándose después en un sitio donde permaneció entregado nuevamente á profundas meditaciones.

## CAPITULO XII

*Sobriedad de un conde. — A Osuna. — El encubierta. — Llanto de un esposo*

Luego que Lara terminó sus meditaciones, sacó de la escarcela un pergamino, la piedra equivalente entonces al lápiz y aun á la pluma mojada en tinta, y escribió. Después lió y sujetó con una cinta el pergamino, lo dejó sobre la mesa y mirando á Juan y á Borja que estaban de pie contemplándolo, le dijo al primero:

—Juan, sírveme de almorzar.

—Señor—le contestó aquél aturrido, —aquí no hay más que miseria. ¿Queréis que vaya al pueblo más inmediato?

—No; deseo que me des de lo que tengas en tu cabaña.

—¡Ay, señor Conde!, en este mísero albergue no hay nada que pueda probarlo el poderoso, el grande que me pide y á quien yo le serviría los manjares más delicados si no me fuese del todo imposible.

—Juan, Pedro de Lara prueba cuando las tiene, las viandas más delicadas; pero en el campo de batalla ó en el monte, donde pasó la mayor parte de su vida, se desayuna con un pedazo de pan, y come con un trozo de carne asada.

—¡Señor, pan tengo, mas es tan duro!

—Mis muelas son jóvenes, Juan, y mi



apetito el de un soldado que acaba de vencer á sus enemigos. Un pedazo de pan, un jarro de agua cristalina y fresca, y me basta; que menos come el que nada tiene. Corre, Juan, que la patria me llama y á la tierna voz de una madre tan querida es mal soldado el que no vuela, y por tu culpa me va á llamar ingrato.

—No dirá eso nunca del mejor de sus hijos, que á tener esa madre muchos como vos, tranquila pedría dormir. Un jarro de agua pura, cristalina y fresca, que la crió Dios y necesariamente debía ser agradable y buena. Medio pan tan negro como la suerte del pobre, tan duro como el corazón del bandido. Un trozo de liebre cogida en lazo que yo le tendí, que no ha mucho vivía de eso y era hábil contra mis pobres víctimas; desabrida la hallaréis, que la asó el campesino sin otra sustancia que la del propio animal. Aceitunas, señor; no tienen dueño, el que lo era huyó de la selva temeroso de que el ladrón con sus olivas le robase la vida; están curadas y se aderezaron con la espuma del mar, las hierbas del monte y el vinagre que dejó en ellas el aliento del espía. Dátiles maduros, pero tan ásperos como la voz del selvícola que los hizo descender á la tierra. Dos naranjas tan hermosas como mi suerte futura, tan dulces como las ideas que vuestra inteligencia infundió en mi pobre cabeza. Eso es todo. Y creed, señor, que el mísero ladrón que es debió la vida, os daría su corazón si éste pudiera servirlos de manjar.

—Gracias, arrepentido bandolero; tanto desacreditaste tus viandas que temí acercarlas á mi boca; y por María y la Cruz que son regaladas para el náufrago que no ha mucho se alimentó con dátiles. Cien y cien veces levanté la cabeza del duro suelo donde la apoyaba, sacudí mi larga melena, comí pan, no tan sabroso como éste, bebí agua no tan delgada y fresca como la tuya, toqué mi bocina y al frente de cuatro mil leones del Saucejo atacué al fiero musulmán que tenía á dos mil varas de distancia; y peleando todo el día no abrí la boca para otra cosa que para perdonar al que

demandaba su vida. Por la noche, en un espléndido alcázar árabe, que había tomado por asalto, me hacía servir por caballeros musulmanes ricos viandas traídas de Oriente; que bien podrían ser esclavos de un hijo de Dios los fanáticos del falso profeta.

—Yo lo creo; honra y favor recibieron sirviendo al que la vida les regalaba. ¿Si me permitieseis una libertad?

—Ténla, Juan, que el conde de Lara lo oye todo.

—Señor, ¿cómo siendo tan bueno, os unisteis á una mora?

—Gran libertad es, bandolero, suponer que mi esposa vale menos que yo, cuando un rizo de sus cabellos supera á toda mi raza. Su padre es zegrí, su madre era cristiana y muy noble, y la hija un ángel que al hablar de él volverás á hacerlo con el respeto que merecen los elegidos del Cielo.

—Perdonad, gran señor; el montaraz ignoraba quién era; la tierra que pise he de besar cuando llegue á verla.

—Bien harías, que la hurí merece eso y más. ¡Ricas naranjas! ¡Desayuno de príncipe! Gracias, Juan; no esperaba comer tanto ni tan bueno.

—¿Rica os parece la pobreza de un desgraciado?

—Rica, sí; que no existe mejor en estos contornos.

—Vuestra bondad, señor, se iguala á vuestro valor.

—Ahora; hace poco ya oistes que me llamaban cobarde.

—Ladrón llama el bandolero á su inocente víctima.

En este instante entró Alí, y sin reparo alguno miró á su amo, cogió el sobrante de su almuerzo y empezó á comer con la misma tranquilidad que si estuviese solo.

—Amo mío—exclamó mordiendo un pedazo de liebre—esos que matastes, más que con tu lanza, con el fuego de tus ojos están ya debajo de tierra.

—Pronto despachastes, africano.

—Los bandidos se negaban á ser sepultureros; pero cogí una espada musulmana y al momento me obedecieron, dándose la prisa que has notado.



—¿Qué te parecen los manjares de Juan?

—Buenos, amigo mío; estos truanes viven á lo príncipe. ¡Quién los hubiera cogido entre los montes del Riff! ¿Te acuerdas, señor?

—Sí; más de una vez nos alimentamos con raíces.

—En cambio otras comimos rico jabalí.

—Que atraías con tus aullidos inimitables.

—Y que tú matabas con tu destreza y fuerza sin igual.

—Alí, ¿qué hacen los zegríes?

—Esperan.

—¿Qué?

—Lo que les mandes tú ó yo.

—¿Tendrán reparo en conducir á los bandidos á Sevilla?

—Ninguno.

—¿Ni en entregar al Rey estos pergaminos?

—Tampoco.

—¿Y la maga?

—Andará por los aires, por las entrañas de los montes ó por encima del agua, como de costumbre.

—Cuando concluyas, encarga á los zegríes que partan, llevando el escrito y los prisioneros al real alcázar.

—Al momento; que basta y sobra para llegar á Osuna.

—¿Quién te ha dicho que vamos allí?

—¿La maga, señor, la maga! ¿Me engañó?

—No, á fe mía.

—Vuelvo al instante.

Partió Alí, ordenó á los musulmanes lo que debían hacer, se oyó luego la carrera de los caballos y, regresando acto continuo, le dijo á Lara:

—Cuando gustes, señor, que ya estamos los cuatro solos.

—Borja, los cincuenta y cinco caballos cogidos á los bandoleros, las armas y cuanto Alí hubiese encontrado, vendedlo y entregad lo que os den á las familias más pobres de los que hayan sido robados por esa partida de malhechores que acabo de destruir.

Y sacando un bolsillo lleno de oro, añadió:

—Tomad; con este dinero socorred á vuestros hijos; luego unido á Juan partís á Osuna, os encerráis en el monasterio de San Pablo, pedís á Dios perdón de vuestras faltas, y cuando el padre abad os haya absuelto, pasad á mi palacio, que os espero á ambos. Antes de marchar prended fuego á esta cabaña para que no queden vestigios de los criminales.

Borja y Juan oyeron al Conde con los ojos húmedos por el agradecimiento, lo despidieron con tiernas frases y desde una altura le vieron caminar, permaneciendo allí hasta que lo perdieron de vista. El primero con el rostro bañado por el llanto, exclamó:

—¡Adiós, hombre incomparable, esforzado campeón, caudillo sin igual! ¡Tu nobleza de alma, tu generosidad, tu espléndidez, sólo pueden igualarse á tu valor, fortaleza de espíritu é indomable brío! ¡Qué hombre, Juan, qué hombre!

—Vedlo; cruza lo más escabroso del monte, salta por encima de las rocas, deja atrás los precipicios y sin que nada detenga su paso, corre como el corzo, brinca cual la liebre y todo lo avasalla como el león. ¡El gigante del Saucejo no tiene igual!

—Mira cómo le sigue su negro. ¡Oh, el tal africano es fuerte y valeroso como pocos!

—¡Yo lo creo! ¡Tiene unas manos!

—¡Dios los proteja, guíe sus pasos y premie la hidalguía del Conde!

Al acabar Borja de expresar estas frases, le miró Juan fijamente, exclamando:

—¿También vos creéis en Dios? ¿Es verdad que desde su excelso trono rige el Universo, nos mira, nos oye y nos contempla?

—No hay duda...

—¿Es cierto que su infinita piedad, como dice Lara, perdona á sus hijos y los protege?

—Sí.

—¿Nos perdonará á los dos?

—Si nuestro arrepentimiento es sincero y la enmienda corresponde al propósito, sí.



— ¡Difícilmente, Borja; fuimos tan malos!

— ¿Te ha perdonado el Conde?

— Sí.

— ¿Te ha ofrecido su apoyo?

— Sí.

— Pues si eso hace un hombre, ¿qué no hará la suma bondad y misericordia divina?

— ¿Cómo os hicisteis bandido sabiendo todo eso?

— ¡Ya oistes antes la causa; llegó mi terrible cuarto de hora, y en brazos de

— Con mucho gusto.

— Por el camino me instruiréis enseñándome reigión.

— Lo haré.

— Os serviré de criado.

— No, Juan, cogidos de las manos partiremos en busca del agua que limpie nuestras almas.

— ¿Pegamos fuego á la cabaña?

— Ahora mismo.

— ¿Y después?

— Partiremos á Sevilla, cumpliré las órdenes del Conde é inmediatamente



— Mira cómo le sigue su negro.

Lucifer, corrí desalentado! ¡Bien me pesa, Juan!

— Luego ¡vuestro arrepentimiento es verdadero!

— No lo dudes; pienso vivir para Dios, y morir por el conde de Lara.

— Yo también. ¿Me permitís que os acompañe hasta que lleguemos al monasterio?

marcharemos á Osuna; esta noche caminaremos ya en esa dirección.

— ¡Bendito sea Dios! ¡Qué calma, qué tranquilidad, qué sosiego siente mi espíritu! Corramos, Borja, corramos mucho.

— ¡Bendito sea Dios! ¡Qué dichoso me creo desde que hablé con el conde de Lara! Volemos, Juan, volemos.



Las palabras de estos hombres, poco ha tan criminales, eran ya sinceras; desde el momento que empezaron á amar á Dios, cambió completamente su vida, entrando en un nuevo camino que los alejó del delito y los fué acercando poco á poco á ese estado de tranquilidad y sosiego de espíritu que sólo siente el que alza la vista, ve á su Dios y en alas de un amor santo continúa andando por el recto sendero de la vida. La Providencia jamás retiró sus brazos al que llegó á sus plantas, implora su piedad y arrepentido de pasadas faltas pretende y logra reemplazar su torpe conducta con hechos dignos de los seres que, queriéndose bien, se encastillan en el alcázar de la virtud. ¡Ay de aquellos que cierran los ojos á la verdad y se hallan con la muerte que les detiene su atrevido paso! ¡Miseros de los hombres que expiran en la creencia de haber venido al mundo á cumplir su sola voluntad! ¡En su ciego error no vieron que les cansaba el vicio, les hastiaba la orgía, les causaban desdén los placeres, y cual si una incansable rémora presidiese sus actos, no notaron el estorbo que ahogaba lo que creían sus venturas, destruyendo á la vez la calma y tranquilidad innatas en el justo! ¿Se halla algo, por mucho que lo hubiésemos deseado, que no llegue á cansarnos y hasta hacérsenos molesto? ¿Encontrasteis placer, dicha ó ventura seguida, continuada, perenne, que siempre os agrade? La embriaguez del vicio produce una locura que extravía la razón y corrompe el alma, y lejos de proporcionar algún bien forma la desgracia presente y eterna: la calma y sosiego en que vive el justo valen más que un siglo entero de eso que llaman placer; porque ese sosiego y calma son precursores de la dicha sin fin, mientras que la efímera alegría que se cree hallar en los goces de la tierra es la risa sarcástica que os augura la desgracia eterna. ¡Incrédulos, llegad al palacio de la virtud, penetrad en él, buscad un momento de su dichosa calma y me daréis la razón! Para ciertos desgraciados seres las teorías son inútiles; por eso les aconsejaremos siempre que busquen la

verdad en la práctica y ¡quién sabe! los hay atrozmente perversos; pero no existe nada tan grande como la misericordia divina.

Sigamos ahora á Pedro de Lara.

Sin vanidad, orgullo ni presunción, venció el conde de Lara á sus quince enemigos. Aquel hecho, que hubiera podido engreir al más apuesto doncel, causaba en el Temerario un efecto enteramente contrario; se creía humillado porque fuerte en su derecho y en los dones que el cielo le otorgó, suponía hallarlos indefensos, toda vez que, en realidad, eran pocos, débiles é incapaces, aun cuando hubieran doblado el número para poderlo herir. Lara conocía perfectamente su destreza, habilidad y talento; graduaba con exactitud prodigiosa la distancia que le separaba de los restantes seres humanos, comprendiendo además instintivamente que un poder oculto favorecía la mayor parte de sus hechos y lo apoyaba continuamente. Desde su elevado asiento veía, deploraba las miserias humanas que se agrupaban á sus pies, y su noble corazón se condolía amargamente de hallar en torno tanta debilidad, tal pobreza de espíritu, tan asqueroso orgullo, vanidad y presunción.

Ansioso de librar á su patria de aquel enjambre de vampiros que querían desolarla, tenía ya trazado su plan y corría hacia Osuna satisfecho como siempre de sí mismo, y dejando á su mente que abarcara las ideas que en confuso tropel solían llegar á su cabeza. Después de su esposa, á la que amaba con delirio, una de las cosas que más ocupaban su imaginación eran la persona, misterio y solicitud del caballero que mandaba los zegríes; aquella imponente mirada, el fuego que despedían sus ojos; sus finos modales, negligencia, brío, altivez; la influencia que ejercía sobre reyes, príncipes, caballeros y hasta en sus propios vasallos y servidores, eran efectivamente capaces de confundir al hombre más sesudo y experimentado. En este instante reflexionaba el Conde sobre esto y cuando se convenció de que el arcano no se abría á su privilegiada inte-





ligencia, miró á Alí, que iba á su lado, y le preguntó:

—¿Negro, ha mucho que no has visto al caballero de la cruz roja?

—Amo mío, desde ayer á estas horas, poco más ó menos, que pasó por delante de mí, me hizo un gracioso saludo y penetró en el salón de embajadores donde tú estabas con S. A., no le he visto más.

—¿Has hablado con él en alguna ocasión?

—¿No has notado que parece mudo?

—¿Pero tú le viste el rostro?

—Sí.

—¿Será bello, imponente, varonil?

—En sumo grado, amo mío.

—¿Es blanco, moreno?...

—Sus cabellos, que oculta con el blanco acero del casco y coraza le caen sobre los hombros formando capriehosos rizos que sirven de adorno á un rostro perfecto, cuyo blanco cutis hace más negras las pestañas y pupilas de sus ojos. Si mira con enojo mata, amo mío; si con dulzura atrae y deleita.

—Lástima es, Alí, que no tenga un poco más de estatura.

—A tu lado, gigante castellano, todos somos pequeños; mas no es corto de talla, y si algo le faltase, el genio de su frente sobresale por encima de cuantas cabezas se acercan á la suya.

—¿En qué ocasión te probó ese héroe que lo era?

—Para juzgarlo basta mirar su frente ó sentir el fugo de sus ojos.

—Africano, he visto á muchos que no son lo que parecen; la experiencia enseña además que á los hombres se les conoce únicamente por los hechos.

—No cuestiono, amo mío, que aun cuando razón me sobra me faltan razones con que apoyar la razón que me asiste.

—Pruebas quisiera yo, Alí, y con ellas la abnegación, hija del cariño que me tienes.

—El que ama á su señor como yo, no hace nada contrario á lo que á su amo conviene; primero daría la vida que ofenderte ó faltar á quien tanto debo.

—Mucho dices con eso, pero no explícaslo que yo deseaba comprender.

—Pues me has dicho otras veces que no soy torpe, y al hablarte ahora pongo en juego todo mi entendimiento y saber.

—¿Para engañarme?

—No.

—¿Para confundirme?

—Tampoco.

—¿Para qué?

—Para ganarte.

—¿Me tienes perdido?

—Pudieran tus enemigos, que son muchos y poderosos, intentar perderte y yo quiero tenerte siempre ganado, que si mi vida es la tuya, preciso es que tú no mueras para que yo continúe vi-  
viendo.

—Tanto sabe ya el hijo del Desierto que hace inútiles mis rodeos; Alí, ¿te enseñó su ciencia la maga?

—Bastante aprendí de ti, que mucho sabes, algo de tu esposa, que es digna de ti, y mucho de la maga, señor, de la maga!

—¿Comeremos hoy, africano?

—Sí; gracias á mis ahorros, pues infiero que el oro tuyo fué todo á manos del pordiosero aquel que te pidió la vida porque no pudo arrancarte la tuya.

—¿Comida hallaremos?

—Y muy sabrosa, que viene conmigo una bolsa tan repleta como la que tú arrojastes al bandido.

—¿En dónde?

—Entre los montes que dominan á la hermosa Márcia (1) y que nos la presentan allá en lontananza al través de los valles y las campiñas; esa bella ciudad que tu abuelo arrebató á los moros, de la que era señor y dueño y que generoso regalaste al buen Lázaro Rueda, tu antiguo escudero y uno de los hombres más valientes de cuantos te han rodeado.

—¿Entre esas montañas hallaremos alimento?

—Sí; un ventero aficionado al oro te dará cuanto le pidas.

—Hemos andado ya seis leguas.

—Faltan sólo tres para llegar á la venta.

—Un poco más de prisa y acortaremos

(1) Hoy Marchena.



la distancia, que va molestándome la sed.

—De este modo nos acompañará el Sol hasta la morada del ventero.

—Más de prisa aún.

—Cuanto tú quieras.

Y ambos por senderos ocultos, estrechas veredas y mal terreno á veces, continuaron caminando. Luego dieron vista á varios montes que se alzaban majestuosamente, por entre los cuales cruzaron. Una hora más tarde se dirigieron á la izquierda y por un camino ancho y cómodo se acercaron á la venta que había citado Alí. En ella comieron y descansaron hasta más de la media noche, en cuyo instante los despertó el ventero, volviendo á emprender su marcha; les faltaban cinco leguas para llegar á Osuna y el conde iba ahora triste, silencioso y como entregado á sus continuas meditaciones. El negro unas veces á su lado, otras detrás y algunas delante, observaba y defendía la vida de su señor con incansable celo; ni un solo instante se distraía ni dejaba de mirar por si algún peligro pudiera amenazarle. La fidelidad é interés de Alí sobresalían en él como el valor, la agilidad y destreza, hijo todo de su magnífica organización. Millones de blancos existían que hubieran deseado cambiar de color con este africano por tener las cualidades ó dones con que la naturaleza dotó al libertado, esclavo poco ha de Mahomad Zegrí.

Llevarían andadas tres leguas más, cuando amaneció, pudiendo entonces con la claridad de la aurora andar algo más de prisa, pues el Conde deseaba llegar lo antes posible á su querida ciudad. A la aurora reemplazó el Sol y los viajeros distinguieron ya perfectamente el camino por el cual pisaban tan aceleradamente. Hora y media después vieron á Osuna, la observaron, pero sin hallar nada que pudiera llamarles la atención; calma, tranquilidad y sosiego reinaban al parecer dentro y fuera de la ciudad. Algo extrañaba al Conde no ver las avanzadas de sus montañeses; mas bien pronto se convenció de que aquellos leales vasallos no dormían estando de servicio, ni eran capaces de desobedecer

un mandato suyo. Dió algunos pasos más, oyó un silbido, después la carrera de varios hombres é instantáneamente se halló rodeado de montañeses armados, que en coro le gritaron:

—¡Alto! Castilla y León por D. Sancho IV.

—¡Bien, hijos—les contestó el Conde— así deseaba encontraros, aun cuando sean ya inútiles estas avanzadas! Corred la voz por la línea y retiraos todos al Saucejo á esperar mis órdenes; pronto me seguiréis al campo de batalla y volveréis á demostrar que vuestro corazon es más duro que las montañas donde nacisteis!

—¡Todo por Pedro y para Pedro; vuestras son nuestras vidas, hacienda y voluntad; feliz el que vence á vuestro lado, el que os sigue, hasta el que expira cerca de vos!

Lara contempló á los montañeses con cariño paternal, les hizo un saludo afectuoso, y continuó su camino.

Estaban á mil pasos de Osuna cuando oyeron el ruido producido por la carrera de varios caballos, volvieron la cabeza, distinguiendo una cohorte inmensa de caballeros moros y cristianos que revueltos unos con otros seguían la misma dirección que ellos. Lara y su negro se detuvieron para dejar libre el paso á aquellos ligeros jinetes. A la vez sintieron el toque de varias bocinas y el confuso rumor de voces que gritaban algo distante de aquel sitio; después percibieron el de muchas pisadas de hombres que se acercaban aceleradamente, sin que el Conde pudiera comprender quiénes eran los jinetes que veía ni quién los hombres, cuyo rumor escuchaba cada vez más cerca.

Los caballeros moros y cristianos continuaban su precipitada marcha y ya iban á llegar al sitio donde estaba parado el Temerario, cuando de pronto se interpusieron entre los unos y los otros una multitud de hombres, los cuales con acento amenazador prorrumpieron:

—¡Alto!

Los jinetes quisieron continuar; pero los que intentaron detenerlos se echaron unos sobre los caballos y los para-



ron con valor y fuerzas prodigiosas, mientras otros de los mismos apoyaron á sus compañeros en actitud amenazante.

—¡Paso, en nombre de D. Sancho IV! —exclamaron los jinetes.

—¡Atrás en nombre del conde de Lara! —les contestaron los otros.

—¡El de la cruz roja! ¡mis montañeses! —dijo el Temerario y acercándose, añadió: —Dejad á esos caballeros, que al parecer defienden á S. A.

Y clavó una mira la penetrante en el misterioso cruzado, intentando vanamente descubrir al través del acero, el rostro del incógnito.

En esta ocasión sólo llevaba el jefe zegrí doscientos musulmanes; en cambio le seguían muchos caballeros cristianos cubiertos también con el hierro de su gruesa armadura.

El Conde dudó; mas recordando luego el sueño que tuvo no hace mucho, brilló la alegría en su semblante, se acercó cuanto pudo al jefe, y le dijo:

—¿Caballero de Santiago, queréis estrechar mi mano?

El de la cruz roja por toda contestación se la alargó; Pedro la estrechó fuertemente mirando á la vez al encubierto sin que notase en él sensación alguna; después la llevó á su pecho y la fijó de modo que sintiese los latidos de su corazón; pero el caballero permaneció impassible. Lara entonces inclinó la cabeza y con acento melancólico, añadió:

—¡Perdonad; vuestro incógnito me hizo equivocaros con el ser que más amo en el mundo; con un ángel que lloro ausente y al que deseo y temo encontrar! ¡Ay! ¡qué ilusión tan bella acabáis de quitarme!

Y alzando de pronto la cabeza tornó á observarlo; pero lo halló distraído como reconociendo á los montañeses que osaron detener su atrevido paso; entonces exclamó con verdadero dolor:

—¡Seguid, caballero, y perdonad el que mis vasallos os hayan detenido sin causa ni motivo! ¡Más me valiera no haberlos visto nunca!

El de la cruz roja picó su potro, los que le seguían lo imitaron y en revuelto

turbión desaparecieron con la rapidez de una centella.

El Conde los vió partir, despidió á los montañeses, y encendido su cutis corrió hacia Osuna como un loco. De este modo llegó á su palacio y entrando en la alcoba principal, se cubrió el rostro con las manos, se dejó caer sobre el lecho, y exclamó:

—¡Blanca! ¡Blanca! ¡yo no puedo vivir separado de ti! ¿Por qué no llegas? ¿Por qué me dejas abandonado de lo que más amo en el mundo? ¿Has olvidado ya que eres mi vida, mi ilusión, mi presente, mi porvenir? ¿Que en ti residen mis placeres, mi dicha, mi ventura? Que sin ti me es todo enojoso, incómodo, molesto? Blanca, ¿es mentira tu valor, tu fama, tu destreza? ¿No eres la Heroína Zegrí? ¿Mintió tu labio? ¿No me amas? ¡Maldición! ¿Qué te he hecho yo, destino injusto, para que me trates así? ¡Ay! ¡Me siento morir y no conozco la enfermedad que me mata! ¡Blanca, ángel mío, en mal hora me separaron de tu lado! ¡Hasta dudo de ti, que eres santa! ¡Tengo el corazón tan lacerado, el alma tan herida!

Y el desgraciado esposo delirante, fuera de sí y en alas de su ardiente pasión, prorrumpió en un llanto tan amargo que hizo estremecer al negro, el que detrás de él y con los ojos húmedos lo contemplaba sin acción ni movimiento.

Los sollozos y ayes del angustioso marido iban en aumento, hasta el extremo de tener alarmados á cuantos caballeros y sirvientes estaban en el palacio; y los que ahora agrupados en el salón contiguo á la alcoba permanecían indecisos sin saber qué hacer y sin atreverse á interrumpir el triste llanto de su señor. Por fin Alí, viendo que su amo seguía cada vez más enloquecido, exclamó para sí:

—Llegó el momento, pues creo que peligra su vida.

Y sacó varios pergaminos que llevaba cuidadosamente escondidos y eligió uno, guardándose los restantes. Después hizo seña á los del salón para que se retirasen, y obedecido que fué, se acercó al lecho y le dijo á Lara:



—Señor, en este momento acaban de traerte este escrito; toma.

El Conde ó no oyó al africano ó no le hizo caso, pues continuó con su delirio. Aquél movió la cabeza con disgusto y le gritó:

—Amo mío, este escrito de Jerusalén.

El Temerario permaneció como anteriormente; sus lastimeros ayes hubieran enternecido el corazón más duro. Allí, llorando tanto como su señor, exclamó, alzando más la voz:

—¡Amo mío, doña Blanca!...

—¿Qué dices, negro?—le preguntó Pedro levantándose y cogiéndolo por un hombro. Aquél respiró, y asomando la alegría á su semblante se apresuró á contestarle:

—Digo señor, que tu amada y leal esposa te manda este pergamino desde la Tierra Santa.

—¿Dónde está, qué ha sido del emisario?

—Tómalo; al que lo trajo lo despedí para que no se enterase de tu estado y...

—Bien hecho; que no sepa ella... ¡Es su letra, sí, su mano de querube la trazó! Generoso estás, Alí; por este pergamino te hubiera yo dado, de exigírmelo tú, mi condado, haciendas y tesoros.

—Lee fuerte, amo mío, que yo sólo necesito tu afecto y el de mi señora.

Lara deslió el pergamino, y estampando un beso ardiente en la firma, leyó lo siguiente con voz ronca y muy conmovido:

«Pedro, mi amado, mi inolvidable Pedro, óyeme: me dejaste en Jerusalén, mas en pos de ti corrió mi corazón; á éste siguieron mis suspiros, pensamientos, afán, alegría, placeres y dicha; sola con mis pesares, tormentos y amarguras, lloro, miro al Cielo, adoro á Dios y velo por ti, que si consigo ganar la voluntad del que todo lo puede, de cerca como de lejos podrá mi voz confundir á tus enemigos y otorgarte una victoria que jamás hasta hora te negó el destino. Tu patria necesita de ti, esposo mío; miles y miles de seres aguardan de tu valor, talento y energía nuevos sacrificios que han de recompensar con aplausos y bendiciones; el padre y el esposo

te esperan para que defiendas el honor de la casta doncella, de la virtuosa casada; el anciano para que hagas respetar sus canas, el joven su falta de brío, el rico sus tesoros, el pobre su tranquilidad; y un pueblo entero, desde el más grande hasta el más pequeño, para que le des pan, sosiego y un bienestar que le arrebató la maldad, el encono y la perversidad de algunos de sus hijos espúreos. Pedro, si la virtud, la inocencia y la castidad te llaman, si la victoria te espera, y la gloria te sonríe, corre al combate y aumenta la inmarcesible corona que adorna ya tu frente, con nuevas hojas de ese inmortal laurel que te alarga tu destino. Arrolla á los malvados. vence, eleva el trono, salva al pueblo y que tu solo nombre sea el emblema de lo grande y sublime que existe en la tierra. Tu nombre, esposo mío, ha de ser un día el hermoso brillante que herede tu hijo, si el cielo se digna concedértelo.»

—¡Blanca! ¡Blanca!—exclamó Lara bañado en llanto y humedeciendo el pergamino con sus besos.—Haré lo que tú quieras; mi voluntad omnipotente para con todos no existe para ti. ¡Qué talento!... ¡Oh! ¿Y he de estar separado de ti? ¿No te podré ver hasta que concluya con mis enemigos? ¡Un año!... ¡Un año! ¡Maldición!

Alí se acercó á su amo, hizo que miraba el escrito y le dijo:

—Señor, todavía no has concluido; aún habla más la huri.

—Lo sé, negro, lo sé; pero me faltaba aliento.

—No te sucede lo mismo en el combate.

—¡Allí mato; aquí muero!

—¿Quién te hiere, amo mío?

—Tu señora, que tiene más talento, más valor, más heroísmo que yo y que todos los míos juntos. ¡El Temerario! ¡el valiente me apellidan! ¡Necios! ¡Qué valgo yo al lado de mi esposa! Allí, ¿no te parece que mi renombre es una usurpación?

—No, que lo adquiristes venciendo ejércitos y batiéndote solo contra cien. Tu lanza es la primera del mundo y tu



talento digno de tu valor. Esto no obstante, vale mi señora más que tú.

—¡Qué hermosa es!

—¿Lees tú ó leo yo?

—¡Ay! Siento continuar, no por temor de dar principio, sí por miedo de concluir.

—¿Y los enemigos de tu patria y de tu rey?

—Tienes razón, africano.

Lara leyó:

—«¡Cuán feliz sería yo si me permitieses que á tu lado partiésemos lo malo y lo poco bueno que tiene la guerra! Tu tienda de campaña guardaría nuestro lecho nupcial y durante la lucha rivalizaríamos, á ser posible igualarse á ti, en el campo de batalla; pero no quieres y me resigno, sin que por eso deje de velar por ti, que Dios está en todas partes y jamás desoye las súplicas de sus hijos.»

—¡Qué buena es!—volvió á exclamar Pedro—¡y deseaba yo tenerte á mi lado! ¡Cerca tú de mis implacables enemigos; de esa horda compuesta de traidores, asesinos y bandoleros! ¡No, Blanca, no, continúa en Jerusalén, que yo daré fin de todos! ¡Tendré paciencia, que mi patria merece este nuevo sacrificio!

El rostro del Conde se iba serenando poco á poco, y la fiebre que no ha mucho enardecía su sangre y extraviaba su razón, desaparecía por momentos; sus ojos estaban ya enjutos y en el pergamino que le dió el sagaz y entendido Alí halló por fin el remedio de una enfermedad que puso en peligro su existencia; el amor que Lara tenía á su bella y varonil esposa era mayor que su talento.

El negro le preguntó.

—¿Acabó ya el escrito, señor?

—No.

—Prosigue, amo mío, que algo dirá para mí.

—Déjame descansar, que me fatiga su lectura.

—Todo el tiempo que pierdas tardarás en verla.

—Tienes razón. Veamos cómo termina.

«No te detengas, que la ausencia me hiere. Nada es imposible á tu valor;

concluye pronto, esposo mío, y abre nuevamente los brazos á tu—Blanca.»

—Más, señor; aún no concluyó.

—Después añade:

«¡Alí, vela por la vida de tu amo que es la mía! Extraña advertencia, ¿no es cierto? Contéplalo día y noche y encárgale de mi parte que no tenga secretos para ti, su más leal y valeroso vasallo; de este modo podrás defenderlo mejor. Liberto, si algo te ocultase, advínalo.»

Pedro concluyó de leer, el negro le dijo.

—Mi señora quiere que yo haga milagros; pero tú que eres bueno y generoso me ahorrarás ese trabajo, ¿te parece mejor?

—Sí. Sal y advierte que deseo descansar cuatro horas; cuando despierte que esté en esa estancia contigua D. Ricardo.

Después se dejó caer sobre un sillón, besó otra vez el escrito, sonrió y cerrando los ojos se quedó dormido.

Algo más tarde volvió el negro, se echó á los pies de su amo y se durmió también. Razón tenían ambos, pues acababan de andar catorce leguas por el más escabroso camino.

### CAPITULO XIII

*Preliminares.—Emisario regio.—Contratiempo.—Salida acelerada*

El conde de Lara descansó únicamente las cuatro horas que deseaba, se hizo vestir con traje de guerra y comenzó á dictar órdenes para que, con la brevedad posible, fuesen armados y equipados todos los montañeses y selvícolas del Saucejo que estaban en disposición de poder marchar al campo de batalla. A los soldados les proveyeron de corazas y cascos de baqueta y á los jefes de armaduras completas de acero, si bien hubo que hacerlas de nuevo para algunos de ellos únicamente, pues la mayor parte las tenían dispuestas desde que terminó la última guerra.

El Conde, con incansable celo é interés, revistó varias veces la fuerza que debía seguirle, reconociendo uno por



uno á todos sus vasallos. En los montes del Saucejo, en Osuna, en sus posesiones limítrofes, á caballo siempre, y descansando lo puramente indispensable, dirigió el armamento, organizó sus huestes, y al cuarto día de llegar allí tenía ya á sus órdenes catorce mil hombres, de gente valerosa y aguerrida. La mayor parte de los nobles de Osuna se ofrecían á formar parte de la brillante escolta que debía rodearle.



—Vuestros semblantes demuestran un verdadero arrepentimiento.

Cuando todo estaba dispuesto para su marcha, se presentó el arrepentido Juan acompañado de Borja, los cuales salían en aquel momento del monasterio de San Pablo. Lara los recibió en uno de los salones de su palacio, los miró atentamente y satisfecho del reconocimiento, les dijo:

—Vuestros semblantes demuestran un verdadero arrepentimiento, y si es así, contad ambos con mi protección y apoyo.

—Gran señor—le contestó Borja,—he jurado vivir para Dios y morir por el conde de Lara; permitidme que forme parte de vuestra escolta, y si esto os pareciese mucho, de vuestros peones.

—Yo, señor—añadió Juan,—estoy ya avecinado en el Saucejo, por lo cual os ruego me permitáis me una á vuestros montañeses, pues aun cuando son muy valientes y yo voy entrando en años, os juro que no he de quedarme atrás.

—Borja —replicó el Temerario,— os llevaría gustoso á la guerra, mas deseo que partáis á Sevilla y en pos de esos conspiradores que día y noche maquinan tramas inicuas, averigüéis cuanto hacen, piensan y pretenden llevar á cabo. La guerra contra los Cerdas será breve, y cuando haya concluído necesito exterminar á los que en tenebrosa conspiración son peores mil veces y causan más males en Castilla que los partidarios del pretendiente. A mi regreso, Borja, si sois hábil, podréis prestarme un servicio que contribuirá á la felicidad del país y hará vuestra suerte.

Borja quedó meditando, luego exclamó:

—Comprendo, señor Conde, lo que deseáis y espero complaceros. ¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo; no perdáis tiempo ni medio alguno para conseguir mi intento. Antes de marchar pedid á mis mayordomos lo que necesitéis. Tú, Juan, puedes seguir á mis montañeses y probar entre ellos ese valor y arrepentimiento de que me has hablado antes.





Ambos se despidieron de Pedro y corrieron con ánimo de cumplir la voluntad de éste.

De cincuenta y cinco terribles bandoleros sólo con dos pudo engrosar Lara las filas de los hombres de bien; éstos, sin embargo, habían cambiado de opinión de un modo tan absoluto que no debía existir la menor duda de su arrepentimiento.

Eran las tres de la tarde y el Conde tenía dispuesta la partida para la mañana siguiente; su ejército quedaba ya acampado, sin que faltase nada para la próxima marcha. Con tal motivo se sentó á la mesa, en unión de D. Ricardo, jefe de su casa y escolta, de algunos caballeros que formaban ésta y de varios nobles de los que debían seguirle á la guerra. Contra su costumbre estaba ahora risueño y aun jovial; efecto sin duda de que iba á dar principio al exterminio de sus contrarios, y teniendo segura la victoria, suponía terminar pronto su difícil empresa.

—Muchas leguas, señores—dijo—nos separan de las huestes del pretendiente; mas nuestros soldados correrán como galgos, y en breve nos hallaremos frente á frente de ellas.

—Dicen todos—replicó un noble de Osuna—que se han corrido desde Albarraén hacia Guadalajara, devastando cuantos pueblos y ciudades encuentran en esa parte de las fronteras de Castilla.

—Sí—contestó Lara;—han llegado ya hasta Madrid, donde, según las últimas noticias piensan permanecer algunos días. Tengo esperanza de verlos correr hasta Zaragoza.

—No lo dudamos—exclamaron todos.

En este instante se acercó Alí á su amo, y le dijo:

—Señor, acaba de entrar en el palacio un caballero que viene acompañado de una numerosa comitiva. Trae el rostro cubierto y no ha dado su nombre.

—Id, Roldán—ordenó Pedro á uno de los individuos de su escolta,—y decid á ese incógnito que tendremos á mucho honor el que se siente á nuestra mesa.

Salió el enviado y regresado que hubo, manifestó á Lara:

—El caballero que os aguarda ostenta las armas de la casa de Guzmán y pertenece al bando del Rey. Continúa ocultando su nombre y rostro y os ruega comáis con tranquilidad, pues tiene que hablaros largamente de un asunto de mucha cuenta. Lo he llevado al salón principal, se sentó y espera con calma y gusto el término de esta comida.

El Conde siguió entre sus convidados, pero abrevió en lo posible; les pidió luego permiso y pasó á la estancia en que se hallaba el recién venido. Este, al verlo, se puso en pie, alzó la celada de su casco y le preguntó:

—¿Me conocéis?

—Sí, á fe mía; sois el fuerte, el leal, el valeroso D. Alonso de Guzmán. Sentaos, que estáis en vuestra casa y á dicha tengo el que así sea.

—Gracias—añadió D. Alonso, cogiendo un sillón é emitando á Lara; luego continuó:—Sentiría en extremo que mi venido os hubiese molestado.

—La honra es recibida siempre con placer por un caballero, y vos, señor de Guzmán, me estáis honrando desde que penetrasteis en este palacio.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Nada puedo negaros; hablad cuando y lo que gustéis.

—¿Sabéis que sirvo á D. Sancho?

—Sí.

—Pues ayer á estas horas, poco más ó menos, me llamó S. A. y me dijo: «Guzmán, el conde de Lara debe hallarse en Osuna preparándose para la campaña que ha de destruir las ilusiones del pretendiente; me ofreció á su regreso traerme la victoria y segura está cuando él la ha prometido; mas es indispensable que corráis en su busca, detengáis su marcha y le digáis: «que mientras su acero extermina á mis enemigos de la frontera, otros más traidores aún, más perversos y de peor índole, intentan asesinar á su Rey. Añadidle, que los malvados piensan llevar á cabo su proyecto durante el torneo que debe efectuarse el domingo próximo. Guzmán, á Lara no es necesario decirle más; pro-



curad que nadie os reconozca, que todos ignoren la noticia y que los conspiradores continúen preparando el lazo que el Temerario destruirá, si con tiempo le participáis la nueva. A D. Alonso de Guzmán no le doy escrito ni firma, que basta y sobra con su palabra y fe.» Esto me dijo el Rey, y tal como lo expresó, sin quitar ni añadir, lo habéis oído; de que es cierto responden mi palabra y fe y espero que lo creáis, y tranquilo en mí, salvéis al monarca que tanto nos estima, honra y considera.

—De no obrar así D. Sancho hubiera dejado de haceros justicia, y creed que si algo os diera en confirmación de vuestra palabra, á ambos ofendería; que aun cuando hay muchos malos, Guzmán y Lara jamás han empañado el ilustre nombre que heredaron de sus mayores.

—Gracias, Conde amigo.

—Casa, comida y descanso os ofrezco, D. Alonso.

—Me holgara poderlo aceptar, más no quiere el Rey que sea conocido por nadie.

—Yo os serviré, que nací noble y sois mi huesped.

—Catorce leguas no fatigan á un soldado; queda solo el Monarca y quisiera acompañarle.

—Como gustéis, Guzmán, que esa razón no puedo combatirla.

—¿Partiréis pronto?

—Sí, á fe.

—¿Cuándo llegaréis?

—Antes que vos.

—¿Por dónde camináis, D. Pedro?

—Por senderos que vos no conocéis, D. Alonso.

—¿Luego veréis al Rey antes que yo?

—Eso no, que mirando yo á S. A. pudieran verme sus enemigos.

—¿Qué le digo entonces?

—Que vaya al torneo y que fije su mirada en el águila de oro de un casco blanco con pluma negra.

—¿Que llevaréis?

—Que llevaré.

—¿Y si antes necesitase de vos?

—Cerca está mi alcázar.

—¿Queréis estrechar mi mano?

—No, Guzmán, deseo vuestros brazos.

—Honrado soy como nunca.

—Honra con honra se oprimen, y no la hay más grande porque las dos son mayores.

—Que el Cielo os guarde, poderoso señor.

—El os guíe y proteja, mi hidalgo amigo. Si vais al torneo ya lo sabéis: águila de oro y pluma negra; que me atormentaría romper lanzas con vos.

—Me alegro saberlo para huir del invencible atleta.

Partió D. Alonso y Lara gritó:

—¡Alí!

—¿Señor?

—Cerca estabas, negro.

—Pegado á ti, como de costumbre.

—¿Oistes?

—Oí.

—¿Y si ordeno que inutilicen tus oídos?

—Mi señora te pediría cuentas, y ya sabes lo que amas á mi señora.

—¿Te manda que escuches?

—¡Si eso sólo fuera!... me encarga, señor, que adivine tus pensamientos.

—Bien recompensa tu lealtad, africano.

—Cree en ella y no me hace favor.

—Si partió Borja coge mi mejor caballo y corre en su busca; si está en el alcázar, que pase inmediatamente.

—Cuenta en estos momentos unos ducados que le da tu mayordomo.

—Que le doblen la suma que haya pedido, pero que suba al momento. Interin yo hablo con él, que le preparen uno de mis caballos; á la vez que nos ensillen dos á nosotros.

—Comprendo y vuelvo al instante.

Cinco minutos después entró Borja; Lara le dijo:

—Acercaos, más todavía. Vuestros antiguos compañeros han decidido, por lo visto, atentar contra D. Sancho.

—No lo extraño, señor; son muchos, perversos hasta lo infinito, y capaces de todo.

—Quisiera saber cómo piensan llevar á cabo su plan, de qué modo, en qué sitio y con qué medios cuentan.



—Creo que podré complaceros.

—¿Estáis seguro?

—Sí, señor.

—Borja, los conspiradores pueden tener espías hasta en Osuna y éstos haberles participado ya vuestro arrepentimiento y...

—No importa.

—¿Cuándo podréis enterarme?

—Todo lo más que necesito son seis días.

—Entonces será ya tarde; esos miserables consumarán su intento mucho antes. Es indispensable que mañana por la noche, ó á lo más en la madrugada del siguiente día, sepa yo lo que deseo.

—¿De qué modo?

—En los patios del alcázar encontraréis un potro ensillado que os pondrá en Sevilla, si lo dejáis correr, al ser de día. Con una hora tenéis suficiente para tomar alimento y estrechar á vuestros hijos, y con diez y seis para averiguar lo que á ambos interesa.

Borja meditó, y luego le preguntó:

—¿Adónde os hallaré al terminar esas horas?

—En mi palacio de Sevilla. En el mismo muro y en la parte Sur veréis una puerta de hierro, la cual se abrirá al primer golpe que deis.

—Procuraré no haceros esperar.

—Partid al momento.

—Ahora mismo.

Y despidiéndose del Conde desapareció. Aquél hizo entrar al jefe é individuos de su comitiva; cuando estuvo rodeado de todos les dijo:

—Señores, un asunto de la mayor importancia me obliga á separarme de vosotros; pero es indispensable que el ejército lo ignore y con él todo el país. A la hora que he dispuesto, marcháis al frente de mis vasallos en dirección de las fronteras de Aragón, siguiendo el itinerario que os señalé antes. Hacéis jornadas cortas y descansáis á menudo, procurando invertir más de ocho días antes de atravesar las empinadas cuestas de Sierra Morena, con el objeto de que pueda yo unirme á vosotros en los límites de Córdoba. Nada más puedo decirlos.

Diez minutos después se cubrió el Conde con su moruno disfraz, y seguido únicamente de Alí montó en un caballo y partió en dirección de Sevilla.

Era Pedro el mejor jinete que existía en Castilla, pues desde la edad de diez años se fué acostumbrando á manejar potros árabes, imitando primero al diestro musulmán y concluyendo por aventajar al más hábil de los nacidos en el desierto de Sahara. Corría ahora en un brioso alazán, delgado, pero de buena sangre, el cual obedecía á su amo de un modo admirable.

—¡Culebra, á Sevilla!—le decía Lara, haciéndole sentir el hierro ó el oro de sus espuelas, y el noble animal comprendía el paso que había de seguir y la dirección que debía llevar.

En esta ocasión oprimió el jinete cuanto pudo los ijares de su caballo, y *Culebra* subía las empinadas cuestas, saltaba y corría, en fin, imitando unas veces á la liebre y otras al corzo, pues el camino que llevaba era el mismo que Pedro acababa de cruzar á pie.

El buen Alí montaba otro caballo parecido al de su amo, siguiendo á éste como lo había hecho por el día.

La noche estaba clara favoreciendo con su luz á los caminantes que, cual mudas fantasmas, acertaban de una manera prodigiosa la distancia que les separaba de la metrópoli.

D. Alonso de Guzmán les aventajaba una hora y Borja media, pero no tardaron en adelantar á ambos, entrando en Sevilla mucho antes que el primero.

Es indispensable que nosotros los dejemos atrás, penetrando, sin detenernos, en el alcázar de D. Sancho IV.

Contra la costumbre establecida por el bravo monarca, se hallaba su palacio rodeado de arqueros y jinetes, que reconocían á todo el que transitaba por aquellos alrededores. Los grandes patios y galerías también estaban cuajados de hombres armados, que defendían á su señor con incansable celo; y á pesar de ser ya la media noche, varios caballeros paseaban por los salones contiguos á la cámara real, custodiando las augustas personas de sus reyes.



En este instante dejaba D. Sancho de escribir para contestar á la pregunta que su esposa la había hecho, relativa á la hora en que pensaba retirarse al lecho.

—María—le dijo—no me voy á descansar hasta que regrese D. Alonso de Guzmán.

—¡Es decir, que vas á pasar en vela el resto de la noche!

—Sí, pues aun cuando mi leal servidor correrá bien, ha de andar veintiocho leguas, y no puede llegar hasta el ser de día.

—Yo creo que arribará antes el conde de Lara.

—Es muy posible, mas sin que uno ú otro penetren en Sevilla, no pienso buscar el lecho. Son tantos nuestros enemigos y tales los medios de que se valen para atentar contra nosotros, que debo permanecer en pie velando por ti, por mis hijos y por mi pueblo.

—No me opongo, esposo mío, pero habrás de permitirme te acompañe el resto de la noche.

—¿Para qué te molestas? Duerme tú, que basta con que yo trabaje; ten confianza en mí.

—Temo, como tú, que te sorprendan nuestros enemigos.

—Desecha ese miedo, bella María; que á encontrarme despierto como ahora, muy cara ha de costarle la acción. ¿Dónde se halla el de la cruz roja?

—Lo ignoro; se encuentra en todas partes y en ninguna; sé que vela por Lara y por nosotros con incansable celo; me consta que se introduce entre los conspiradores, que lleva consigo un río de oro, pero nada más sé. Su genio le inspira, guía y defiende, y en alas de éste corre doquier, sin decir adónde va, de dónde viene ni qué piensa. Su acento varonil me dijo que en el torneo del domingo debíamos perecer; añadió que los traidores pisaban esta cámara; volvió la espalda, montó á caballo y desapareció como un meteoro. Desde mis balcones los ví partir, y anhelando averiguar su ruta, fijé la atención en las voces de mando que daba: ¡Adelante! exclamó sin dignarse añadir una sílaba.

—¿Qué dicen de su brío, de la cruz que ostenta, de los caballeros que le siguen y del dinero que derrama?

—Unos le juzgan rey, venido de Oriente á defender tu causa; otros, un príncipe moro, disfrazado y ganado por ti con el mismo objeto; y algunos, un bastardo de la casa de Lara, hermano de Pedro y al que éste protege con intención desconocida; pero todos lo respetan, admiran su brío y porte, y quisieran ofrecerle su amistad. Ha caído ya dos veces sobre nuestros enemigos, y como una centella, arrasó á cuantos halló á su paso; ni le detuvo el número, ni hizo otra cosa que acuchillarlos, sin pararse un instante ni volver la vista hacia sus despavoridos contrarios que huían confusos y acobardados.

—Cuentan que rara vez desnuda la espada.

—Es verdad; manda, dirige, infunde valor y convierte á los suyos en temerarios é invencibles campeones.

—¿Partirá á la guerra con Lara?

—Ignoro cuándo y cómo, pero estoy segura de que tomará parte en cuantas batallas presente el Conde.

—Quisiera estar á su lado.

—Y yo también; mas Pedro desea que permanezcamos aquí y no debemos disgustarle.

—«El Rey gobierna y sus vasallos pelean» esto dijo y no me atreví á contradecirle, á pesar de mi vehemente deseo de partir con él los azares de la guerra; primero, por la innegable verdad que encerraba su axioma, y segundo, porque no imaginara que desconfiaba de su invencible acero.

De este modo pasaron el resto de la noche los augustos monarcas; los hechos de Lara y del caballero de la cruz roja los entretuvieron hasta que, al amanecer, les entregó un mayordomo de servicio un pergamino lacrado y sellado con el escudo de Pedro el Temerario. El Rey despidió al mensajero, diciéndole á su esposa:

—Sepamos qué nos escribe mi primer caudillo.

Y abriendo el despacho, leyó:

«Gran señor: dormid tranquilo, asis-



tid al torneo, no tomad precaución alguna y nada temed, que vela por vos

EL CONDE DE LARA.»

Los esposos se miraron y sonrieron. Las palabras que acababan de leer les devolvieron el sosiego perdido. Acto continuo llamaron al capitán de guardias, diciéndole el soberano:

—Que se retiren á descansar cuantos caballeros y soldados hacen servicio extraordinario, y que en adelante quede sólo la guardia de ordinario.

—Señor... se atrevió á replicarle el jefe militar; mas el Rey le interrumpió añadiendo:

—Ningún peligro me amenaza ya, capitán; retiraos y cumplid mis órdenes.

Salió aquél, y los esposos, después de cruzar todavía algunas frases, convinieron en descansar hasta las diez de la mañana, pero en el momento de efectuarlo oyeron el ruido de armas y de muchas pisadas de caballos que penetraban en los patios del alcázar y se detuvieron. No tardó mucho en asomar la faz del jefe de la guardia, el cual les dijo:

—D. Alonso de Guzmán espera la honra de que VV. AA. lo reciban.

—Que pase—le contestó Sancho, y volvió á sentarse en unión de Doña María Alfonsa de Molina.

Poco después penetró el recién venido, saludo á sus reyes y esperó á que le preguntasen. El bravo monarca le interrogó:

—¿Qué habéis hecho, Guzmán?

—Cumplir las órdenes que me dió Vuestra Alteza.

—¡Bien habéis corrido!

—Tuve empeño, señor, en llegar antes que el conde de Lara.

—¿Por qué?

—Porque llevándole ventaja no debía adelantarme.

—¿Os lo ofreció?

—Sí, señor.

—Pues entonces cumplió su palabra, Guzmán; el Temerario no ha mentado nunca.

—En esta ocasión me permitirá V. A. le asegure que falta, no á su palabra, pero sí al ofrecimiento que me hizo.

—¿En qué os fundáis?

—En que no es posible correr más de como lo hizo mi caballo. Diez individuos de mi escolta quedaron en el camino por haber reventado sus potros.

—Eso nada me prueba, toda vez que Lara es el primer jinete de Castilla y acaso de Europa. Aprendió de los zegríes y llegó á ser admirado por éstos.

—En Marruecos, gran señor, no hubo caballo que igualase al mío.

—No lo dudo; más así y todo corre mi *Temerario* mucho más que vos.

—¿Mucho más?

—Sí.

—Lo creo, puesto que V. A. lo asegura y es gran perito; ¡mas esta noche!

—Esta noche, D. Alonso, llegó mucho antes que vos. He aquí la prueba: leed este escrito que recibí tiempo ha.

—¡Santa María! —exclamó Guzmán mirando el despacho que Lara mandó á D. Sancho.—Ese hombre ha venido por el aire.

—Por el camino, corriendo como vos; pues no obstante su gigantesca estatura, se convierte en pluma que ayuda á su alazán.

—Ciertos son por lo visto los elogios que de él se hacen.

—Poco se dice para lo que merecen los hechos de ese poderoso caudillo.

—No en balde ama á su rey; las frases de V. A. recompensan al doncel.

—¿Qué os dijo para mí?

—Después de demostrarme que noble nació, usando de afectuosas palabras y fina galantería, «á Sevilla voy—me dijo —llegaré antes que vos y libraré al Rey de sus miserables enemigos.» Por cierto que al Sur de Osuna tiene un campamento donde más que hombres se ven leones sedientos de combate.

—¿No añadió más?

—Sí, «al torneo podrá ir S. A. y que repare si gusta en un casco blanco con águila de oro y pluma negra.»

—El luto de esa insignia lágrimashará verter.

—Y mucha sangre, señor, las garras de los leones acampados al Sur de Osuna.



—Los he visto batirse y sé lo que son.

—Su fiereza no tiene parecido.

—Ovejas, Guzmán, ovejas del rebaño de Lara. ¿No os contó el rey de Fez cómo le fué con ellas?

—No, señor, pero supongo lo que acontecería.

—Mal rato le dieron.

—Con esos hombres todo se puede conseguir.

—Sin ellos vence Lara también, que os iguala en lealtad y no tiene parecido en lo restante.

—¿Cree V. A. que son suficientes las seguridades que os ofrece Pedro el Temerario?

—He dado la orden para que no se tome precaución alguna, y en este instante me retiro en busca del lecho, tranquilo y cierto de que nada me ha de acontecer.

—Señor, hace poco que he venido de Marruecos y extraño á los acontecimientos que han tenido lugar en mi patria. durante estos últimos años, ignoro qué hace ese hombre, qué poder ostenta, qué égida le protege, para que, desde el valeroso monarca de Castilla y de León hasta el último de sus vasallos, digan en coro que Pedro el Temerario es superior á todos los nacidos hasta aquí. Comprendo que lo elogie y admire el vulgo, que todo lo aplaude; pero V. A., los grandes del reino, los primeros adalides de la nación, los más valientes, en fin, de una comarca donde no hay cobardes, no se comprende ni parece tenga una explicación clara y terminante.

—Sí, Guzmán, la tiene; Lara es el mejor jinete, el hombre de más fuerzas, la mejor lanza, el más diestro y hábil, el más intrépido, osado y temerario, y á la vez el más noble, generoso, caritativo, el más aficionado á la justicia y el más virtuoso de los grandes y chicos. Es tan leal como vos, y por mí perdería mil veces su existencia; pero, ¡ay del rey si llegara á ser injusto, cruel ó tirano! Al frente de sus montañeses caería sobre nosotros, y en el campo, en nuestros castillos ó dondequiera que nos escondiésemos, allí daría fin de nosotros. En el Saucejo y comarca de Osu-

na gobernó siempre como monarca, y fué tan justiciero, tan virtuoso, tan afable, tan caritativo, tan noble, tan bueno, en fin, que sus vasallos le llaman padre, lloran sus penas, ríen en sus dichas y más aún que respeto, le profesan un amor tierno, sincero, delirante. Si Lara gritase en Osuna, si su arrogante voz pidiera auxilio, hombres, mujeres, niños y ancianos empuñarían el acero y correrían en pos de él con iracunda saña hasta vengarlo ó perecer todos. Es el primer grande de mis reinos, el más poderoso de mi corte, más rico que yo, y con la mayor tranquilidad hay ocasiones en que duerme sobre el duro suelo, se alimenta con un pedazo de pan y un trozo de carne y anda por su pie veinte leguas en menos de veinticuatro horas. ¿Queréis conocerlo mejor?

—Basta, señor, basta; ante un hombre así se descubrirá Alonso de Guzmán.

—Ocultad su llegada á todo el mundo y retiraos á descansar, que cuando él lo ha dicho, ningún peligro nos amenaza.

Los Reyes se despidieron de Guzmán y éste, abandonando el alcázar partió á su morada, admirando el retrato que acababa de hacerle D. Sancho del invicto conde de Lara.

La ciudad seguía tranquila, si bien triste y como temerosa de presenciar una catástrofe; reinaba ese silencio y pavor que existe en un pueblo durante los ocho días que preceden á la revolución; había ese malestar que nadie explica, pero que se siente y el cual augura la tormenta próxima á estallar. Y era que todos tenían noticia de la gran conspiración que había en la metrópoli, algunos nombres de los conspiradores corrían de boca en boca y eso le bastaba al pueblo sevillano para juzgar cercana una calamidad. En el conde de Lara miraban todos el áncora de salvación, mas eran tan perversos sus enemigos, que temían á la vez por la vida del valiente, pero noble guerrero, que ni reparaba en las emboscadas, ni contemplaba nada capaz de detener su arrogante paso.

Pronto veremos que el miedo de los sevillanos tenía, por desgracia, sobrado fundamento.



# ÍNDICE

---

## Páginas

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| CAPÍTULO I.—La Edad Media.—Sancho IV, el Bravo.—El punto de vista más delicioso de Europa.—Los náufragos.—La muerte.—La mano de Dios.—La galizabra marroquí.—El liberto y su compañero.—Hambre, sed, tristeza, cansancio y congoja.—Sorpresa, juramento y temeridad.—Osuna.—El Saucejo.—Invocación.—Pensamiento atrevido.—Los selvícolas y los montañeses.—Mágico silencio.—Pedro el Temerario..... | 5  |
| II.—Preparativos.—El figonero.—Los habitantes de Osuna.—Sorpresa.—Asalto. Lucha terrible.—Exterminio.—Victoria y perdón.....                                                                                                                                                                                                                                                                        | 17 |
| III.—La maga.—La rebelión.—A Sevilla.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           | 23 |
| IV.—El Conde de Lara, Sancho IV y Doña María Alfonsa de Molina.—Sorpresa.—Misterio.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                             | 28 |
| V.—Historia de Lara.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            | 36 |
| VI.—El incógnito y los reyes de Castilla y de León.—Continúan los misterios.—Lara y su mayordomo.—Escena muda.....                                                                                                                                                                                                                                                                                  | 45 |
| VII.—Incendio.—Lara y los cortesanos de Sancho IV.—Contraste.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                   | 48 |
| VIII.—Ovación. Otro encubierto.—Nuevos misterios.—De Sevilla al monte.—La cueva.—Los bandidos.—Otra vez la maga, los zegríes y el de la cruz roja.....                                                                                                                                                                                                                                              | 58 |
| IX.—Asalto.—Prisión.—Pruebas de lo ofrecido por Ali.—Bandidos nobles y bandidos pecheros.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                       | 68 |
| X.—Sueño de Lara.—La hechicera, el hechizo y la verdad soñada.—Dudas, incredulidad.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                             | 74 |
| XI.—Relato de la batida.—Insultos hijos de la desesperación.—Temeridad de Lara.—Fin de catorce bandidos.....                                                                                                                                                                                                                                                                                        | 77 |
| XII.—Sobriedad de un conde.—A Osuna.—El encubierto.—Llanto de un esposo...                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 81 |
| XIII.—Preliminares.—Emisario regio.—Contratiempo.—Salida acelerada.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                             | 91 |



# LA NOVELA DE AHORA

## Año IV—Publicación semanal—Tercera época

Todas las obras responden al lema: LITERATURA, ARTE, MORALIDAD, AMENIDAD, CULTURA. Tomos en 4.º mayor encuadernados en rústica con elegantes cubiertas; esmeradamente impresos sobre excelente papel y profusamente ilustrados por nuestros más apreciados dibujantes.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

|                 |               |
|-----------------|---------------|
| Un mes .....    | 1.70 pesetas. |
| Trimestre ..... | 5,00 —        |
| Semestre .....  | 10,00 —       |
| Año .....       | 19,00 —       |

Número corriente 40 céntimos.—Los números atrasados tienen diez céntimos de aumento.

Con los números de la tercera época de **La Novela de Ahora** se forman elegantísimos tomos, soberbiamente encuadernados en tela inglesa, con planchas de oro fino inalterable por el tiempo y la humedad y cortes rojos. Estos tomos constituyen la más lujosa y escogida colección de novelas, un espléndido y delicadísimo regalo, y una serie de libros que pueden ser ornato de la más rica biblioteca. Cada tomo contiene cinco, seis ó más números de **La Novela de Ahora** y su precio es **seis pesetas**. Tomando más de diez tomos á **cinco pesetas** cada uno en España, franco de porte. También se han hecho magníficas tapas para que los suscriptores puedan encuadernar su colección. Con las tapas, que son bellísimas, sobrias y elegantes, con planchas de oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo, y su precio es **una peseta** cada tapa. Los suscriptores actuales ó los que en adelante se suscriban y á quienes sirva directamente la Administración obtendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

### OBRAS PUBLICADAS EN LA TERCERA EPOCA

- |                                                                                    |                                                                          |
|------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------|
| 1 A. PALACIO VALDÉS. La aldea perdida.                                             | 37 M. NICHOLSON. La casa de las mil bujías.                              |
| 2 H. RIDER HAGGARD. Aventuras de Allan Quatermain en el Africa central.            | 38 y 39 CH. FOLEY. Kowa la misteriosa. 2 ts.                             |
| 3 al 5 bis R. ORTEGA Y FRÍAS. Honor de esposa y corazón de madre. 4 tomos.         | 40 á 46 F. L. PARREÑO. La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo. 7 tomos. |
| 6 y 7 E. SALGARI. La ciudad del Rey leproso. 2 tomos.                              | 47 á 52 — Los invencibles, el monarca y la hoguera. 6 tomos.             |
| 8 A. CÁNOVAS DEL C.º La campanade Huesca                                           | 53 y 54 M. J. DE LARRA. El Doncel de Don Enrique el Doliente. 2 tomos.   |
| 9 P. MAEL. Sin dote.                                                               | 55 P. ESCAMILLA. El sacristán de las monjas.                             |
| 10 CARLOS FRONTAURA. Brígida.                                                      | 56 á 60 T. TÁRRAGO. El puñal de oro. 5 tomos.                            |
| 11 al 13 bis F. NAVARRO VILLOSLADA. Amaya, ó los vascos en el siglo VIII. 4 tomos. | 61 P. D'IVOI. El corsario invistible.                                    |
| 14 P. MAEL. La Cenicienta.                                                         | 62 — Triplex.                                                            |
| 15 JOSÉ SELGAS. Una madre.                                                         | 63 — La isla de oro.                                                     |
| 16 y 17 E. SALGARI. Los bandidos del Sahara. 2 tomos.                              | 64 á 66 D. LESUEUR. Secreto mortal. 3 tomos.                             |
| 18 á 21 F. LUIS PARREÑO. El héroe y el César. 4 tomos.                             | 67 á 72 R. ORTEGA Y FRÍAS. El Testamento de un Conspirador. 6 tomos.     |
| 22 CONDE DE LAS NAVAS. Chavala.                                                    | 73 y 74 E. SALGARI. En las Fronteras del Far West. 2 tomos.              |
| 23 á 26 C. DICKENS. Aventuras de Mr. Pickwick. 4 tomos.                            | 75 y 76 — La Cazadora de Cabelleras. 2 tomos.                            |
| 27 y 28 E. SALGARI. La montaña de luz. 2 tomos.                                    | 77 y 78 F. DU BOISGOBEY.—La Conspiración del alfiler rojo. 2 tomos.      |
| 29 M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ. La piel de la justicia.                                | 79 y 80 CH. FOLEY. Flor de sombra. 2 tomos.                              |
| 30 CARLOS FRONTAURA. La maldita vanidad.                                           | 81 al 82 bis LEWIS WALLACE. Ben-Hur. 3 tomos.                            |
| 31 y 32 WALTER SCOTT. Ivanhoe. 2 tomos.                                            | 83 ANTONIN RESCHAL. La mujer pájaro.                                     |
| 33 E. BLASCO. Una señora comprometida, y O. FEUILLET, El diario de una mujer.      | 84 á 87 F. L. PARREÑO. Pedro el Temorario. 4 tomos.                      |
| 34 á 36 F. NAVARRO VILLOSLADA. Doña Blanca de Navarra. 3 tomos.                    |                                                                          |

### NUMEROS EXTRAORDINARIOS

PAUL FÉVAL.—Las hijas de la Luna.  
— Diana y Elena.







# LAS MIL Y UNA NOCHES



Muestra de las ilustraciones de *Las mil y una noches*, edición Calleja.

Colección de cuentos árabes selectos, corregidos con el mayor esmero.

Ilustrada con dibujos originales de Angel, Díaz Huertas y Méndez-Bringa, grabados por Carretero, Capuz, Matute, Sampietro y Vela.

Edición Calleja, cómoda, elegante y económica.

Un tomo en 4.º (230 × 150 milímetros), encuadernado en cartón al cromo, **4 pesetas.**

Con encuadernación de tela, planchas y cortes dorados, **6 pesetas.**

Inclúyase el importe con los pedidos, y si suman menos de **cinco pesetas**, aumentense **cincuenta céntimos** para gastos de envío y certificado.

Casa editorial Saturnino Calleja Fernández.

Calle de Valencia, 28.—Madrid.